Barricada comics presenta:

PULPERÍA

Historias desde Finisterre

EDGARD RICE BURROUGHS







Una Princesa De Marte
Edgar Rice Burroughs

AL LECTOR

Creo que sería conveniente hacer algunos comentarios acerca de la interesante personalidad del Capitán Cárter antes de dar a conocer la extraña historia que narra este libro.

El primer recuerdo que tengo de él es el de la época que pasó en la casa de mi padre en Virginia, antes del comienzo de la Guerra Civil. En ese entonces Yo tenía alrededor de cinco años, pero aún recuerdo a aquel hombre alto, morocho, atlético y buen mozo al que llamaba Tío Jack.

Parecía estar siempre sonriente, y tomaba parte en los juegos infantiles con el mismo interés con el que participaba en los pasatiempos de los adultos; o podía estar, sentado horas entreteniendo a mi abuela con historias de sus extrañas y arriesgadas aventuras en distintas partes del mundo. Todos lo queríamos, y nuestros esclavos casi adoraban el suelo que pisaba.

Era mi espléndido exponente del género humano, de casi dos metros de alto, ancho de hombros, delgado de cintura y el porte de los hombres acostumbrados a la lucha. Sus facciones eran regulares y definidas; el cabello oscuro y cortado al ras, y sus ojos de un gris acerado reflejaban pasión, iniciativa y un carácter fuerte y leal. Sus modales eran perfectos y, su educación, la de un típico caballero sureño de la más noble estirpe.

Su habilidad para montar, en especial en las cacerías, era maravillosa aun en aquel país de magníficos jinetes. Varias veces le oí a mi padre amonestarlo por su excesivo arrojo, pero él solía sonreír y responderle que el caballo que le provocara una caída mortal todavía estaba por nacer.

1

Cuando comenzó la guerra, se fue y no lo volvimos a ver durante unos quince o dieciséis años. Cuando regresó lo hizo sin aviso y me sorprendí mucho al notar que no había envejecido ni cambiado nada. En presencia de otros, era el mismo: alegre y ocurrente como siempre; pero lo he visto, cuando se creía solo, quedarse sentado horas y horas mirando el infinito con una expresión anhelante y

desesperanzada. A la noche solía quedarse de la misma forma, escudriñando el cielo, buscando quién sabe qué secretos. Años más tarde, después de leer su manuscrito, descubrí cuáles eran.

Nos contó que había estado explorando en busca de minas en Arizona, después de la guerra. Era evidente que le había ido bien por la ilimitada cantidad de dinero que manejaba. Con respecto a los detalles de la vida que había llevado durante esos años, era muy reservado. Más aún, se negaba a hablar de ellos totalmente.

Permaneció con nosotros aproximadamente un año y luego partió hacia Nueva York, donde compró un pequeño campo sobre el río Hudson. Mi padre y yo teníamos una cadena de negocios que se extendía a lo largo de toda Virginia, de modo que yo solía visitarlo en su finca una vez al año, al hacer mi habitual viaje al mercado de Nueva York. Por aquel entonces el Capitán Cárter tenía una cabaña pequeña pero muy bonita, ubicada en los riscos que daban al río. Durante una de mis últimas visitas, en el invierno de 1885, observé que estaba muy ocupado escribiendo algo. Ahora pienso que era el manuscrito que aquí presento.

Fue entonces cuando me dijo que si algo llegaba a pasarle esperaba que me hiciera cargo de sus bienes, y me dio la llave de un compartimento secreto de la caja de seguridad que tenía en su estudio, diciéndome que podría encontrar allí su testamento y algunas instrucciones, que debía comprometerme a llevar a cabo con toda fidelidad.

Después de haberme retirado a mi habitación, por la noche, lo vi a través de mi ventana, parado a la luz de la luna, al borde del risco que daba al río, con sus brazos extendidos hacia el firmamento, en un gesto de súplica. En ese momento supuse que estaba rezando, a pesar de que nunca hubiera pensado que fuera tan creyente en el estricto sentido de la palabra.

Algunos meses más tarde, cuando ya había regresado a casa de mi última visita, el 10 de marzo de 1886 - creo - recibí un telegrama suyo en el que me pedía que fuera a verlo enseguida. Fui siempre su preferido entre los más jóvenes de los Cárter y por lo tanto no dudé un instante en cumplir sus deseos.

Llegué a la pequeña estación, que quedaba más o menos a dos kilómetros de sus tierras, la mañana del 4 de marzo de 1886, y cuando le pedí al conductor que me llevara a casa del Capitán Cárter me dijo que, si era amigo suyo, tenía malas noticias para mí: el cuidador de la finca lindera había encontrado muerto al Capitán, poco después del amanecer.

Por algún motivo, esta noticia no me sorprendió, pero me apresuré a llegar a su casa para hacerme cargo de su entierro y sus asuntos.

Encontré al cuidador que había descubierto su cadáver, junto con la policía local y varias personas del lugar, reunidos en el pequeño estudio del Capitán. El cuidador estaba relatando los detalles del hallazgo, diciendo que el cuerpo todavía estaba caliente cuando lo encontró. Yacía cuan largo era en la nieve, con los brazos extendidos sobre su cabeza hacia cl borde del risco, y cuando me señaló el sitio donde lo había encontrado recordé que era exactamente cl mismo donde yo lo había visto aquellas noches, con sus brazos tendidos en súplica hacia el cielo.

No había rastros de violencia en su cuerpo, y con la ayuda de un médico local, el médico forense llegó a la conclusión de que había muerto de un síncope cardíaco.

Cuando quedé solo en el estudio, abrí la caja fuerte y retiré el contenido del compartimento donde me había indicado que podría encontrar las instrucciones. Eran por cierto algo extrañas, pero traté de seguirlas lo más precisamente posible.

Me indicaba que su cuerpo debía ser llevado a Virginia sin embalsamar, y debía ser depositado en un ataúd abierto, dentro de una tumba que él había hecho construir previamente y que, como luego comprobé, estaba bien ventilada. En las instrucciones me recalcaba que controlara personalmente el cumplimiento fiel de sus instrucciones, aun en secreto si fuera necesario.

Había dejado su patrimonio de tal forma que yo recibiría la renta íntegra durante veinticinco años. Después de ése lapso, los bienes pasarían a mi poder. Sus últimas instrucciones con respecto al manuscrito eran que debía permanecer lacrado y sin leer por once años y que no debía darse a conocer su contenido hasta veintiún años después de su muerte.

Una característica extraña de su tumba, donde aún yace su cuerpo, es que la puerta está provista de una sola cerradura de resorte, enorme y bañada en oro, que sólo puede abrirse desde adentro.

EDGAR RICE BURROUGHS

* * *

1

En las colinas de Arizona

Soy un hombre de edad muy avanzada, aunque no podría precisar cuántos años tengo. Posiblemente tenga cien, o tal vez más, pero no puedo afirmarlo con exactitud porque no envejecí como los demás hombres ni recuerdo niñez alguna. Hasta donde llega mi memoria, siempre tengo la imagen de un hombre de alrededor de treinta años. Mi apariencia actual es la misma que tenía a los cuarenta, o tal vez antes, y aun así siento que no podré seguir viviendo eternamente, que algún día moriré, como los demás, de esa muerte de la que no se regresa ni se resucita. No sé por qué le temo a la muerte, yo que he muerto dos veces y todavía estoy vivo, pero aún así le tengo el mismo pánico que le tienen los que nunca murieron. Es justamente a causa de ese terror que estoy plenamente convencido de mi mortalidad.

Por esa misma convicción me he decidido a escribir la historia de los momentos interesantes de mi vida y de mi muerte. No me es posible explicar los fenómenos, solamente puedo asentarlos aquí en la forma sencilla que puede hacerlo un simple aventurero. Esta es la crónica de los extraños sucesos que tuvieron lugar durante los diez años en que mi cuerpo permaneció sin ser descubierto en una cueva de Arizona.

Nunca relaté esta historia, ni ningún mortal verá est. manuscrito hasta que yo haya pasado a la eternidad. Sé que ninguna mente humana puede creer lo que no le es posible comprobar, de modo que no es mi intención ser vilipendiado por la prensa,

ni por el clero, ni por el público, ni ser considerado un embustero colosal cuando lo que estoy haciendo no es más que contar aquellas verdades que un día corroborará la ciencia.

Posiblemente las experiencias que recogí en Marte v los conocimientos que pueda exponer en esta crónica lleguen a ser útiles para la futura comprensión de los misterios que rodean nuestro planeta hermano. Misterios que aún subsisten para el lector, aunque ya no más para mí.

Mi nombre es John Cárter, pero soy más conocido como Capitán Jack Cárter, de Virginia. Al finalizar la Guerra Civil era dueño de varios cientos de miles de dólares en dinero confederado sin valor y del rango de Capitán de un ejército de caballería que ya no existía. Era empleado de un Estado que se había desvanecido junto con las esperanzas del Sur. Sin amos ni dinero y sin más razones por las que ejercer el único medio de subsistencia que conocía, que era combatir, decidí abrirme camino hacia el sudoeste y rehacer, buscando oro, la fortuna que había perdido.

Pasé alrededor de un año en la búsqueda junto con otro oficial confederado, el Capitán James K. Powell, de Richmond. Tuvimos mucha suerte, ya que hacia el final del invierno de 1866, después de muchas penurias y privaciones, localizamos la más importante veta de cuarzo, aurífero que jamás hubiésemos podido imaginar.

Powell, que era ingeniero especialista en minas, estableció que habíamos descubierto mineral por un valor superior al millón de dólares en el insignificante lapso de unos tres meses.

Como nuestro material era excesivamente rudimentario. decidimos que uno de nosotros regresara a la civilización, comprara la maquinaria necesaria y volviera con una cantidad suficiente de hombres para trabajar en la mina en forma adecuada.

Como Powell estaba familiarizado con la zona, así como con los requisitos mecánicos para trabajar la mina, decidimos que lo mejor sería que él hiciera el viaje.

El 3 de marzo de 1866 empezamos a cargar las provisiones de Powell en dos de nuestros burros. Después de despedirse montó a caballo y empezó su descenso hacia el valle a través del cual debería realizar la primera etapa del viaje.

La mañana en que Powell partió era diáfana y hermosa como la mayoría de las mañanas en Arizona. Pude verlos a él y a sus animalitos de carga siguiendo su camino hacia el valle. Durante toda la mañana pude verlos ocasionalmente cuando cruzaban una loma o cuando aparecían sobre una meseta plana. La última vez que lo vi a Powell fue alrededor de las tres de la tarde, cuando quedó envuelto en las sombras de las sierras del lado opuesto del valle.

Alrededor de media hora más tarde se me ocurrió mirar a través del valle y me sorprendí mucho al ver tres pequeños puntos en el lugar aproximado donde había visto por última vez a mi amigo y sus dos animales de carga. No acostumbro preocuparme en vano, pero cuanto más trataba de convencerme de que todo le

iba bien a Powell, y que las manchas que había visto en su ruta eran antílopes o caballos salvajes, menos 'seguro me sentía.

Yo sabía que Powell estaba bien armado y, más aún, sabía que era un experimentado cazador de indios; pero yo también había vivido y luchado durante muchos años entre los sioux, en el norte, y sabía que las posibilidades de Powell eran pocas contra un grupo de apaches astutos. Finalmente no pude soportar más la ansiedad, y tomando mis dos revólveres Colt, una carabina y dos cinturones con cartuchos, preparé mi montura y comencé a seguir el camino que Powell había tomado esa mañana.

Apenas llegué a la parte comparativamente llana del valle, comencé a andar al galope, y continué así donde el camino me lo permitía, hasta que comenzó a ponerse el sol. De pronto descubrí el lugar donde otras huellas se unían a las de Powell: eran las de tres potros sin herradura que iban al galope.

Seguí el rastro rápidamente hasta que la oscuridad cada vez más densa me forzó a esperar a que la luz de la luna me diera la oportunidad de calcular si mi rumbo era acertado. Seguramente había imaginado peligros increíbles, como una comadre vieja e histérica, y cuando alcanzara a Powell nos reiríamos de buena gana de mis temores. Sin embargo, no soy propenso a la sensiblería, y el ser fiel al sentimiento del deber, adonde quiera que éste pudiera conducirme, había sido siempre una especie de fetichismo a lo largo de toda mi vida, de lo cual pueden dar cuenta los honores que me otorgaron tres repúblicas y las condecoraciones y amistad con que me honran un viejo y poderoso emperador y varios reyes de menor importancia, a cuyo servicio mi espada se tino en sangre más de una vez.

Alrededor de las nueve de la noche, la luna brillaba ya con suficiente intensidad como para continuar mi camino. No tuve ninguna dificultad en seguir el rastro al galope tendido y, en algunos lugares, al trote largo, hasta cerca de la medianoche En ese momento llegué a un arroyo donde era de prever que Powell acampara. Di con el lugar en forma inesperada, encontrándolo completamente desierto, sin una sola señal que indicara que alguien hubiese acampado allí hacía poco.

Me interesó el hecho de que las huellas de los otros jinetes, que para entonces estaba convencido de que estaban siguiendo a Powell, continuaban nuevamente detrás de éste, con un breve alto en el arroyo para tomar agua, y siempre a la misma velocidad que él.

Ahora estaba completamente seguro de que los que habían dejado esas huellas eran apaches y que querían capturarlo con vida por el mero y satánico placer de torturarlo. Por lo tanto dirigí mi caballo hacia adelante a paso más ligero: con la remota esperanza de alcanzarlo antes que los astutos pieles rojas que lo perseguían lo atacaran.

Mi imaginación no pudo ir más allá, ya que fue abruptamente interrumpida por el débil estampido de dos disparos a la distancia, mucho más adelante de donde yo me encontraba. Sabía que en ese momento Powell me necesitaba más que nunca e instantáneamente apreté el paso al máximo, galopando por la senda angosta y difícil de la montaña.

Avancé una milla o más sin volver a oír ruido alguno. En ese punto el camino desembocaba en una pequeña meseta abierta cerca de la cumbre del risco. Había atravesado por una cañada estrecha y sobresaliente antes de entrar en aquella meseta y lo que vieron mis ojos me llenó de consternación y desaliento.

El pequeño llano estaba cubierto de blancas carpas de indios y había más de quinientos guerreros pieles rojas alrededor de algo que se hallaba cerca del centro del campamento. Su atención estaba hasta tal extremo concentrada en ese punto que no se dieron cuenta de mi presencia, de modo que fácilmente podría haber vuelto al oscuro recoveco del desfiladero para emprender la huida sin riesgo alguno.

El hecho, sin embargo, de que este pensamiento no se me ocurriera hasta el otro día y actuara sin pensar me quita el derecho de aparecer como héroe, ya que lo hubiera sido en caso de haber medido los riesgos que el no ocultarme traía aparejados.

No creo tener pasta de héroe. En toda ocasión en que mi voluntad me puso frente a frente con la muerte, no recuerdo que haya habido ni una sola vez en la que un procedimiento distinto al puesto en práctica se me haya ocurrido en el mismo momento. Es evidente que mi personalidad está moldeada de tal forma que me fuerza subconscientemente al cumplimiento de mi deber, sin recurrir a razonamientos lentos y torpes. Sea como fuere, nunca me he lamentado de no poder recurrir a la cobardía.

En este caso, por supuesto, estaba completamente seguro de que el centro de atracción era Powell; pero aunque no sé si actué o pensé primero, lo cierto es que en un instante había desenfundado mis revólveres y estaba embistiendo contra el ejército entero dé guerreros, disparando sin cesar y gritando a todo pulmón.

Solo como estaba no podía haber usado mejor táctica, ya que los pieles rojas, convencidos por la inesperada sorpresa de que había al menos un regimiento entero cargando contra ellos, se dispersaron en todas direcciones en busca de sus arcos, flechas y rifles.

El espectáculo que me ofreció esa repentina retirada me llenó de recelo y de furia. Bajo los brillantes rayos de la luna de Arizona yacía Powell, su cuerpo totalmente perforado por las flechas de los apaches. No me cabía la menor duda de que estaba muerto, pero aun así habría de salvar su cuerpo de la mutilación a manos de los apaches con la misma premura que salvarlo de la muerte. Al llegar a su lado me incliné y tomándolo de sus cartucheras lo acomodé en las ancas de mi caballo.

Con un simple vistazo hacia atrás me convencí de que regresar por el camino por el que había llegado sería más peligroso que continuar a través de la meseta, de modo que, espoleando a mi pobre caballo, arremetí hacia la entrada del risco que podía distinguir del otro lado de la meseta.

Para ese entonces los indios ya habían descubierto que estaba solo y era perseguido por imprecaciones, flechas y disparos de rifle.

El hecho de que les resultara sumamente difícil hacer puntería con Otra cosa que no fueran imprecaciones - ya que solamente nos iluminaba la luz de la luna -, que hubieran sido sorprendidos por la forma inesperada y rápida de mi aparición y que yo fuera un blanco que se movía rápidamente, me salvó de varios disparos y me permitió llegar a la sombra de las peñas linderas antes que se pudiera organizar una persecución ordenada.

Estaba convencido de que mi caballo sabría orientarse mejor que yo en el camino que llevaba hacia el risco, y por lo tanto dejé que fuera él el que me guiara. De este modo entré en un risco que llevaba hacia la cima de la extensión y no en el paso que, esperaba, podría llevarme a salvo hacia el valle.

Es posible, sin embargo, que sea a esta equivocación a la cual le deba mi vida y las increíbles experiencias y aventuras en las que participé en los diez años siguientes.

La primera noción que tuve de que había tomado por un camino equivocado fue cuando percibí que los gritos de los salvajes que me perseguían se iban desvaneciendo de pronto, a la distancia, hacia mi izquierda.

Me di cuenta, entonces, de que habían pasado por la izquierda de la formación rocosa al borde de la meseta, a la derecha de la cual nos había llevado mi caballo.

Frené mi cabalgadura sobre un pequeño promontorio rocoso que daba sobre el camino y pude observar cómo el grupo de indios que me seguía desaparecía detrás de una colina cercana.

Sabía que los indios descubrirían de un momento a otro que habían equivocado el camino y que reiniciarían mi búsqueda por el camino exacto tan pronto como encontraran mis huellas.

No había hecho más que un pequeño trecho cuando lo que parecía ser un excelente camino se perfiló a la vuelta del frente de un inmenso risco. Era nivelado y bastante ancho y conducía hacia lo alto en la dirección que deseaba tomar. El risco se elevaba varios cientos de metros a mi derecha, y a mi izquierda había una pendiente que caía en la misma forma y casi a pico hacia la quebrada rocosa del pie. Había avanzado más o menos cien metros cuando una curva cerrada me condujo a la entrada de una cueva inmensa. La entrada era de alrededor de un metro y medio de alto y de más o menos el mismo ancho. El camino terminaba allí.

Ya era de mañana, y como una de las características más asombrosas de Arizona es que se hace de día sin un previo amanecer, casi sin darme cuenta me encontré a plena luz del día.

Luego de desmontar coloqué el cuerpo de Powell en el suelo, pero ni el más cuidadoso examen sirvió para revelar la menor chispa de vida. Traté de verter agua de mi cantimplora entre sus labios muertos, le lavé la cara, le froté las manos e hice todo lo posible por salvarlo durante casi una hora, negándome a creer que estaba muerto.

Sentía mucha simpatía por Powell, que era un hombre cabal en todo sentido, un distinguido caballero sureño, un amigo fiel y verdadero. Por eso, no sin sentir una profunda tristeza, concluí por abandonar mis pobres esfuerzos por resucitarlo.

Dejé el cuerpo de Powell donde yacía, en la saliente, y me deslicé dentro de la cueva para hacer un reconocimiento. Encontré un amplio espacio de casi treinta metros de diámetro y diez o quince de alto, con el suelo liso y aplanado y muchas otras evidencias de que 'en algún tiempo remoto había estado habitado. El fondo de la cueva se perdía en una sombra densa, de tal forma que no podía distinguir si había o no entradas a otros recintos.

Mientras proseguía mi reconocimiento comencé a sentir que me invadía una placentera somnolencia que atribuí a la fatiga causada por mi larga y extenuaste cabalgata y al resultado de la excitación de la lucha y la persecución. Me sentía relativamente seguro en mi actual escondite ya que sabía que un hombre solo podría defender el camino a la cueva contra un ejército entero.

De pronto me dominó un sueño tan profundo que apenas podía resistir el fuerte deseo de arrojarme al suelo de la cueva para descansar un rato; pero sabía que no podía hacerlo ni siquiera un instante, ya que eso podía desembocar en mi muerte a manos de mis amigos pieles rojas que podían caer sobre mí en cualquier momento. En un esfuerzo traté de dirigirme hacia la entrada de la cueva, pero sólo logré mantenerme tambaleando como un borracho contra una de las paredes de la cueva, para luego caer pesadamente al suelo.

2

La huida de la muerte

Una deliciosa sensación de modorra me invadió relajando mis músculos, y ya estaba a punto de abandonarme a mis deseos de dormir cuando llegó hasta mí el sonido de caballos que se aproximaban. Intenté incorporarme de un salto, pero con horror descubrí que mis músculos no respondían a mi voluntad.

Ya estaba completamente despabilado, pero tan imposibilitado de mover un músculo como si me hubiera vuelto de piedra. No fue sino en ese momento cuando advertí que un imperceptible vapor estaba llenando la cueva. Era extremada mente tenue y solamente visible a través de la luz que penetraba por la boca de ésta.

También, llegó hasta mí un indefinible olor picante y lo único que pude pensar fue que había sido afectado por algún gas venenoso, pero no podía 'comprender por qué mantenía mis facultades mentales y aun así no podía moverme.

Estaba tendido mirando hacia la entrada de la caverna, desde donde podía observar la pequeña parte de camino que se extendía entre ésta y la curva del risco que conducía a ella. El ruido de caballos que se aproximaban había cesado. Juzgué entonces que los indios se estarían deslizando cautelosamente hacia la cueva a lo largo de la pequeña saliente que conducía a mi tumba en vida. Recuerdo mi esperanza de que terminaran pronto conmigo, ya que no me era

precisamente agradable la idea de las innumerables cosas que podrían hacerme si su espíritu los instigaba a ello.

No tuve que esperar mucho para que un ruido furtivo me avisara de su cercanía. En ese momento apareció detrás del lomo del desfiladero un penacho de guerra y una cara pintada a rayas. Unos ojos salvajes se clavaron en los míos. Estaba seguro de que me había visto ya que el sol de la mañana me daba de lleno a través de la entrada de la cueva.

El indio, en lugar de acercarse, simplemente me contempló desde donde estaba, sus ojos desorbitados y su mandíbula desencajada. Entonces apareció otro rostro de salvaje y luego un tercero y un cuarto y un quinto, estirando sus cuellos sobre el hombro de sus compañeros. Cada rostro era el retrato del temor y del pánico. No sabía por qué ni lo supe hasta diez años más tarde. Era evidente que había más indios detrás de los que podía ver, por el hecho de que estos últimos les susurraban algo a los de atrás.

De pronto brotó un sonido bajo pero peculiarmente lastimero del hueco de la cueva que estaba detrás de mí. No bien los indios lo oyeron, huyeron despavoridos, aguijoneados por el pánico. Tan desesperados eran sus esfuerzos por escapar de lo que no podían ver, que uno de ellos cayó del risco de cabeza contra las 'rocas de abajo. Sus gritos salvajes sonaron en el cañón por un momento y luego todo quedó otra vez en silencio.

El ruido que los había asustado no se repitió, pero había sido suficiente para llevarme a pensar en el posible horror que a mis espaldas acechaba en las sombras. El miedo es algo relativo, por lo tanto solamente puedo comparar mis sentimientos en ese momento con los que había experimentado en otras situaciones de peligro por las que había atravesado, pero sin avergonzarme puedo afirmar que si las sensaciones que soporté en los breves segundos que siguieron fueron de miedo, entonces puede Dios asistir al cobarde, ya que seguramente la cobardía es en sí un castigo.

Encontrarse paralizado con la espalda vuelta hacia algún peligro tan horrible y desconocido cuyo ruido hacía que los feroces guerreros apaches huyeran en violenta estampida, como un rebaño de ovejas huiría despavorido de una jauría de lobos, me parece lo más espantoso en situaciones temibles para un hombre que ha estado siempre acostumbrado a pelear por su vida con toda la energía de su poderoso físico.

Varías veces me pareció oír tenues sonidos detrás de mí, como de alguien que se moviese cautelosamente, pero finalmente también éstos cesaron y fui abandonado a la contemplación de mi propia posición sin ninguna interrupción. No pude más que conjeturar vagamente la razón de mi parálisis y mi único deseo era que pudiera desaparecer con la misma celeridad con que me había atacado.

Avanzada la tarde, mi caballo, que había estado con las riendas sueltas delante de la cueva, comenzó a bajar lentamente por el camino, evidentemente en busca de agua y comida, y yo quedé completamente solo con el misterioso y desconocido acompañante y el cuerpo de mi amigo muerto que yacía en el límite de mi campo visual, en el borde donde esa mañana lo había colocado.

Desde ese momento hasta cerca de la medianoche todo estuvo en silencio, un silencio de muerte. En ese instante, súbitamente, el horrible quejido de la mañana sonó en forma espantosa y volvió a oírse en las oscuras sombras el sonido de algo que se movía y un tenue crujido como de hojas secas. La impresión que recibió mi ya sobreexcitado sistema nervioso fue extremadamente terrible, y con un esfuerzo sobrehumano luché por romper mis invisibles ataduras.

Era un esfuerzo mental, de la voluntad, de los nervios, pero no muscular, ya que no podía mover ni siquiera un dedo.

Entonces algo cedió - fue una sensación momentánea de náuseas, un agudo golpe seco como el chasquido de un alambre de acero - y me vi de pie con la espalda contra la pared de la cueva, enfrentando a mi adversario desconocido.

En ese momento la luz de la luna inundó la cueva y allí, delante de mí, yacía mi propio cuerpo en la misma posición en que había estado tendido todo el tiempo, con los ojos fijos en el borde de la entrada de la cueva y las manos descansando relajadamente sobre el suelo. Miré primero mi figura sin vida tendida en el suelo de la cueva y después me miré yo mismo con total desconcierto, ya que allí yacía vestido y yo estaba completamente desnudo como cuando vine al mundo.

La transición había sido tan rápida y tan inesperada que por un momento me hizo olvidar de todo lo que no fuera mi metamorfosis. Mi primer pensamiento fue: ¡entonces esto es la muerte! ¿Habré pasado entonces para siempre al otro mundo? Sin embargo, no podía convencerme del todo, ya que podía sentir mi corazón golpeando sobre mis costillas por el gran esfuerzo que había realizado para librarme de la inmovilidad que me había invadido. Mi respiración se tornaba entrecortada. De cada poro de mi cuerpo brotaba una transpiración helada, y el conocido experimento del pellizco me reveló que yo era mucho más que un fantasma. De pronto mi atención volvió a ser atraída por la repetición del horripilante quejido de las profundidades de la cueva. Desnudo y desarmado como estaba, no tenía la más mínima intención de enfrentarme a esa fuerza desconocida que me amenazaba.

Mis revólveres estaban en las fundas de mi cadáver y por alguna razón inescrutable no podía acercarme para tomarlos. Mi carabina estaba en su funda, atada a mi montura, y como mi caballo se había ido, me hallaba abandonado sin medios de defensa. La única alternativa que me quedaba parecía ser la fuga, pero mi decisión fue abruptamente cortada por la repetición del sonido chirriante de lo que ahora parecía, en la oscuridad de la cueva y para mi imaginación distorsionada, estar deslizándose cautelosamente hacia mí.

Como ya me era imposible resistir un minuto más la tentación de escapar de ese lugar horrible, salté a través de la entrada con toda rapidez hacia afuera.

El aire vivificante y fresco de la montaña, fuera de la cueva, actuó como un tónico de acción inmediata y sentí que dentro de mí nacían una nueva vida y un nuevo coraje. Parado en el borde de la saliente me eché en cara yo mismo mi actitud por lo que ahora me parecía una aprensión absolutamente injustificable.

Poniéndome a razonar me di cuenta de que había estado tirado totalmente desvalido durante muchas horas dentro de la cueva; es más, nada me había molestado y la mejor conclusión a. la que pude llegar razonando clara y lógicamente fue que los ruidos que había oído habían sido producidos por causas puramente naturales e inofensivas. Probablemente la conformación de la cueva fuese tal que apenas una suave brisa hubiese causado ese extraño ruido.

Decidí investigar, pero primero levanté mi cabeza para llenar mis pulmones con el puro y vigorizante aire nocturno de la montaña. En el momento de hacerlo, vi extenderse muy, pero muy abajo, la hermosa vista de la garganta rocosa, y al mismo nivel, la llanura tachonada de cactos transformada por la luz de la luna en un milagro de delicado esplendor y maravilloso encanto.

Pocas maravillas del Oeste pueden inspirar más que las bellezas de un paisaje de Arizona bañado por la luz de la luna: las montañas plateadas a la distancia, las extrañas sombras alternadas con luces sobre las lomas y arroyos, y los detalles grotescos de las formas tiesas pero aun hermosas de los cactos conforman un cuadro encantador y al mismo tiempo inspirador, como si uno estuviera viendo por primera vez algún mundo muerto y olvidado. Así de diferente es esto del aspecto de cualquier otro lugar de nuestra tierra.

Mientras estaba así meditando, dejé de mirar el paisaje para observar el cielo, donde millares de estrellas formaban una capa suntuosa y digna de los milagros terrestres que cobijaban. Mi atención fue de pronto atraída por una gran estrella roja sobre el lejano horizonte. Cuando fijé mi vista sobre ella me sentí hechizado por una fascinación más que poderosa. Era Marte, el dios de la Guerra, que para mí, que había vivido luchando, siempre había tenido un encanto irresistible. Mientras lo miraba, aquella noche lejana, parecía llamarme a través del misterioso vacío de la oscuridad para inducir me hacia él, para atraerme como un imán atrae una partícula de hierro. Mis ansias eran superiores a mis fuerzas de oposición. Cerré los ojos, alargué mis brazos hacia el dios de mi devoción y me sentí transportado con la rapidez de un pensamiento a través de la insondable inmensidad del espacio.

Hubo un instante de frío extremo y total oscuridad.

3

Mi llegada a Marte

Cuando abrí los ojos me encontré rodeado de un paisaje extraño y sobrenatural. Sabía que estaba en Marte. Ni una sola vez me pregunté si me hallaba despierto y lúcido. No estaba dormido, no necesitaba pellizcarme, mi subconsciente me decía tan sencillamente que estaba en Marte como a cualquiera le dice que está sobre la Tierra. Nadie pone en duda ese hecho. Tampoco yo lo hacía. Me encontré tendido sobre una vegetación amarillenta, semejante al musgo, que se extendía alrededor de mí en todas direcciones, más allá de donde la vista podía llegar. Parecía estar tendido en una depresión circular y profunda, a lo largo de cuyo borde podía distinguir las irregularidades de unas colinas bajas.

Era mediodía, el sol caía a plomo sobre mí y su calor era bastante intenso sobre mi cuerpo desnudo, pero aun así no era más intenso de lo que habría sido realmente en una situación similar en el desierto de Arizona. Aquí y allá había afloramientos de roca silícica que brillaban a la luz del sol, y algo a mi izquierda, tal vez a cien metros, se veía una estructura baja de paredes de unos dos metros de alto. No había agua a la vista ni parecía haber otra vegetación que no fuera el musgo. Como estaba algo sediento decidí hacer una pequeña exploración.

Al incorporarme de un salto recibí mi primera sorpresa marciana, ya que el mismo esfuerzo necesario en la Tierra para pararme, me elevó por los aires, en Marte, hasta una altura de cerca de tres metros. Descendí suavemente sobre el suelo, de todas formas sin choque ni sacudida apreciables. Entonces comenzaron una serie de evoluciones que aún en ese momento me parecieron en extremo ridículas. Descubrí que tenía que aprender a caminar, ya que el esfuerzo muscular que me permitía moverme en la Tierra, me jugaba extrañas travesuras en Marte. En lugar de avanzar en forma digna y cuerda, mis intentos por caminar terminaban en una serie de saltos que me hacían llegar fácilmente a un metro del suelo a cada paso para caer a tierra de narices o de espalda luego del segundo o tercer salto. Mis músculos, perfectamente armónicos y acostumbrados a la fuerza de gravedad de la Tierra, me jugaron una mala pasada en mi primer intento de hacer frente a la menor fuerza de gravedad y presión atmosférica de Marte.

Estaba decidido, sin embargo, a explorar aquella construcción baja que parecía ser la única evidencia de civilización a la vista, y así se me ocurrió el original plan de volver a los primeros principios de la locomoción: el gateo. Lo hice bastante bien y en poco tiempo llegué a la pared baja y circular de la construcción. Parecía no haber puertas ni ventanas del lado más cercano a mí, pero como la pared tenía poco más de un metro de alto, me fui poniendo cuidadosamente de pie y espié sobre la parte de arriba. Entonces descubrí el más extraño espectáculo que haya visto jamás.

El techo de la construcción era de vidrio sólido, de unos diez centímetros de espesor. Debajo había varios cientos de huevos enormes, perfectamente redondos y blancos como la nieve. Los huevos eran más o menos de tamaño uniforme y tenían alrededor de un metro de diámetro.

Cinco o seis ya habían sido empollados y las grotescas figuras que brillaban sentadas a la luz del sol bastaron para hacerme dudar de mi cordura. Parecían pura cabeza, con cuerpos pequeños, cuellos largos y seis piernas o, según me enteré más tarde, dos piernas, dos brazos y un par intermedio de miembros que podían servir tanto de una cosa como de otra. Los ojos estaban en los lados opuestos de la cabeza, un poco más arriba del centro, y sobresalían de tal forma que podían apuntar hacia adelante o hacia atrás y también en forma independiente uno del otro, lo cual le permitía a este extraño animal mirar en cualquier dirección o en dos direcciones al mismo tiempo, sin necesidad de mover la cabeza.

Las orejas, que estaban apenas un poco más arriba de los ojos y muy juntas, eran pequeñas, como antenas en forma de copa, y sobresalían no más de dos

centímetros en esos pequeños especímenes. Sus narices no eran más que fosas longitudinales en el centro de la cara, justo en la mitad, entre la boca y las orejas. No tenían pelo en el cuerpo, que era de un color amarillento verdoso brillante. En los adultos, como iba a descubrir bien pronto, este color se acentúa en un verde oliva y es más oscuro en el macho que en la hembra. Más aún, la cabeza de los adultos no es tan desproporcionada con respecto al resto del cuerpo como en el caso de los jóvenes.

El iris de sus ojos es rojo sangre como el de los albinos, en tanto que la pupila es oscura. El globo del ojo en sí mismo es muy blanco, como los dientes. Estos últimos confieren una apariencia de mayor ferocidad a su aspecto ya de por sí espantoso y terrible: poseen unos colmillos enormes que se curvan hacia arriba y terminan en afiladas puntas a la altura del lugar en que se hallan los ojos de los humanos. La blancura de sus dientes no es la del marfil, sino la de la más nívea y reluciente porcelana. Contra el fondo oscuro de su piel color oliva, sus colmillos se destacan en forma aun más llamativa y dan a estas armas una apariencia singularmente formidable.

La mayoría de estos detalles los descubrí más tarde ya que no tuve tiempo para meditar en lo extraño de mi nuevo descubrimiento. Había visto que los huevos estaban en proceso de incubación y mientras observaba cómo estos espantosos monstruos rompían las cascaras de los huevos no me percaté de una veintena de marcianos adultos que se aproximaban a mis espaldas. Como caminaban sobre ese musgo suave y silencioso que cubría prácticamente toda la superficie de Marte, con excepción de las áreas congeladas de los polos y los aislados espacios cultivados, podrían haberme capturado fácilmente. Sin embargo, sus intenciones eran mucho más siniestras. El ruido de los pertrechos del guerrero más próximo me alertó. Mi vida pendía de un hilo tan delgado que muchas veces me maravillo de haberme escapado tan fácilmente. Si el rifle del jefe de este grupo no se hubiera balanceado sobre la tira que lo sujetaba al costado de su montura de tal forma de chocar contra el extremo de la enorme lanza de metal, hubiera sucumbido sin siquiera imaginar que la muerte estaba tan cerca de mí. Pero ese leve ruido me hizo dar vuelta y allí, a no más de tres metros de mi pecho, estaba la punta de aquella enorme lanza. Una lanza de doce metros de largo, con una punta de metal fulgurante y sostenida por una réplica montada de los pequeños demonios que había estado observando.

¡Qué pequeños y desvalidos parecían ahora al lado de estas terroríficas e inmensas encarnaciones del odio, la venganza y la muerte! El hombre, de algún modo tengo que llamarlo, tenía más de cinco metros de alto y, sobre la Tierra, hubiera pesado más de doscientos kilos. Montaba como nosotros montamos en nuestros caballos, pero asiendo el cuello del animal con sus miembros inferiores, mientras que con las manos de sus dos brazos derechos sujetaba aquella inmensa lanza al costado de su cabalgadura. Extendía sus dos brazos izquierdos para ayudar a mantener el equilibrio, ya que el animal que montaba no tenía ni freno ni riendas de ningún tipo para su guía.

¡Y su montura! ¿Cómo describirla con términos humanos? Medía casi tres metros de alzada. Tenía cuatro patas de cada lado y una cola aplastada y gruesa, más

ancha en la punta que en su nacimiento, que mantenía enhiesta mientras corría. Su boca ancha partía su cabeza desde el hocico hasta el cuello, grueso y largo.

Al igual que su dueño, estaba completamente desprovisto de pelo, pero era de un color apizarrado oscuro y extremadamente suave y brillante. Su panza era blanca y sus patas pasaban del apizarrado de su lomo y ancas a un amarillento fuerte en los pies. Estos eran muy acolchados y sin uñas, hecho que había contribuido a amortiguar su paso al acercarse. La multiplicidad de patas era una de las características comunes que distinguían a la fauna de Marte. El tipo humano más elevado y otro animal, el único mamífero que existía en Marte, eran los únicos que tenían uñas bien formadas, ya que allí no existía ningún animal con pezuñas.

Detrás de este primer demonio seguían otros diecinueve, iguales en todos los aspectos, pero - como más tarde me enteraría - con características individuales peculiares a cada uno de ellos, lo mismo que ocurre con los seres humanos, que nunca pueden ser idénticos a pesar de estar hechos en moldes muy similares.

Debo decir que esta escena, o mejor dicho esta pesadilla hecha carne, que he descrito con todo detalle, me produjo una conmoción en el terrible momento en que me di vuelta y los descubrí.

Desarmado y desnudo como estaba, la primera ley de la naturaleza se manifestó como la única solución posible a mi problema más urgente: alejarme del alcance de la punta de las lanzas enemigas. Por lo tanto, di un salto terrestre a la vez que superhumano para alcanzar la parte superior de la incubadora marciana.

Mi esfuerzo tuvo un éxito que me asombró tanto como a los guerreros marcianos, ya que me elevó más o menos diez metros en el aire y me hizo aterrizar a casi treinta metros de mis perseguidores, del lado opuesto de la construcción.

Caí sobre el suave musgo, fácilmente y sin dificultad alguna. Al darme vuelta, vi a mis enemigos alineados a lo largo de la pared de la construcción. Algunos me investigaban con una expresión que más tarde reconocería como de profundo desconcierto, mientras que otros estaban evidentemente satisfechos de que no hubiera molestado a sus pequeños.

Conversaban entre ellos en tono bajo y gesticulaban señalándome. El descubrimiento de que no había dañado a los pequeños marcianos y que estaba desarmado debió de haber hecho que me miraran con menos ferocidad, pero, como sabría después, lo que más peso tuvo a mi favor fue esa exhibición de salto-

Los marcianos, al mismo tiempo de ser inmensos, tenían huesos muy grandes y su musculatura estaba sólo en proporción a la gravedad que debían soportar. Como resultado de ello, eran infinitamente menos ágiles y menos fuertes, en relación con su peso, que un humano. Dudaba que si alguno se viese transportado súbitamente a la Tierra, pudiera vencer la fuerza de gravedad y elevarse del suelo; por el contrario, estaba convencido de que no lo podría hacer.

Por lo tanto, mi proeza en Marte fue tan maravillosa como lo hubiera sido en la Tierra; y, del deseo de aniquilarme, los marcianos pasaron a observarme como un descubrimiento maravilloso para ser capturado y exhibido ante sus compañeros. La tregua que me había brindado mi inesperada agilidad me permitió formular

planes para el futuro inmediato y estudiar más de cerca a los guerreros, ya que mentalmente no podía disociar a esos seres de aquellos otros guerreros que me habían estado persiguiendo sólo un día antes.

Advertí que todos estaban armados con varias armas, además de aquella inmensa lanza que he descrito. El arma que me convenció de no intentar escapar fue lo que parecía ser un rifle, y el hecho de que creía, por alguna razón extraña, que eran peculiarmente hábiles para las cacerías.

Esos rifles eran de un metal blanco con madera incrustada. Más tarde me enteraría de que esta madera era muy liviana, de cultivo muy difícil, muy valorada en Marte y completamente desconocida por nosotros, los terráqueos. El metal del caño era de una aleación compuesta principalmente por aluminio y acero que habían aprendido a templar con una dureza muy superior a la del acero que nosotros estamos acostumbrados a usar. El peso de estos rifles era relativamente bajo, pero por las balas explosivas de radio, de pequeño calibre, que utilizaban, y la gran longitud del caño, eran extremadamente mortíferos á un alcance que sería increíble en la Tierra. El alcance teórico de efectividad de este rifle es de aproximadamente quinientos kilómetros, pero el mayor rendimiento que alcanzan en la práctica, con sus miras telescópicas y radios, no es de más de trescientos kilómetros.

Esto es más que suficiente para que sienta un gran respeto por las armas de fuego de los marcianos. Alguna fuerza telepática debió de haberme prevenido contra un intento de fuga a la clara luz del día, bajo la mira de veinte de esas máquinas mortíferas.

Los marcianos, después de haber intercambiado tinas pocas palabras, se volvieron y se marcharon en la misma dirección por la que habían llegado, dejando a uno de ellos solo cerca de la construcción. Cuando habían recorrido más o menos doscientos metros, se detuvieron y, dirigiendo sus monturas hacia nosotros, se quedaron mirando al guerrero que estaba cerca de la construcción.

Era uno de los que casi me habían atravesado con su lanza y, evidentemente, el jefe del grupo, ya que me había dado cuenta de que parecían haberse dirigido a su actual ubicación siguiendo sus órdenes.

Cuando su grupo se detuvo, él desmontó y arrojando su lanza y demás armas, dio un rodeo a la incubadora y se dirigió hacia mí, completamente desarmado y desnudo como yo, a excepción de los ornamentos atados a la cabeza, miembros y pecho.

Cuando ya estaba a menos de veinte metros, se desabrochó un gran brazalete de metal y presentándomelo en la palma abierta de su mano, se dirigió hacia mí con voz clara y sonora, pero en un lenguaje que, ocioso es decirlo, no puede entender. Entonces se quedó como esperando mi respuesta, enderezando sus oídos antenas y estirando sus extraños ojos aun más hacia mí.

Como el silencio se hacía terrible, decidí intentar una pequeña alocución, ya que me aventuraba a pensar que había estado haciendo propuestas de paz. El hecho de que arrojara sus armas y que hubiera hecho retirar a sus tropas antes de

avanzar hacia mí, habría significado una misión pacifista en cualquier lugar de la Tierra. Entonces, ¿por qué no podía serlo en Marte?

Con la mano sobre el corazón, saludé al marciano y le explique que aunque no entendía su lenguaje, sus acciones hablaban de la paz y la amistad, que en ese momento eran lo más importante para mí. Por supuesto, mis palabras podrían haber sido el ruido 4e un arroyo sobre las piedras, tan poco era el significado que podían tener para él, pero me entendió la acción que siguió inmediatamente a mis palabras.

Extendiendo mi mano hacia él, avancé y tomé el brazalete de la palma de su mano abierta. Lo abroché en mi brazo por arriba del codo, le sonreí y me quedé esperando. Su ancha boca se abrió en una sonrisa como respuesta y enganchando uno de sus brazos intermedios con el mío nos volvimos y caminamos hacia su montura. Al mismo tiempo indicó a su tropa que avanzara. Esta se encaminó hacia nosotros al galope tendido, pero fueron detenidos por una señal del jefe.

Evidentemente temía que realmente me asustara de nuevo y pudiera saltar desapareciendo por completo de su vista.

Intercambió unas cuantas palabras con sus hombres, me indicó que podía montar detrás de uno de ellos y luego montó su propio animal. El guerrero que había sido designado bajó dos o tres de sus brazos y elevándome me colocó detrás de él en la brillante parte trasera de su montura, donde me colgué lo mejor que puede de los cintos y tiras que sostenían las armas y ornamentos de los marcianos.

Entonces el grupo se volvió y galopó hacia la cadena de colinas que se divisaba a la distancia.

4

Prisionero

Habríamos hecho diez kilómetros cuando el suelo comenzó a elevarse rápidamente. Estábamos acercándonos a lo que más tarde me enteraría que era el borde de uno de los inmensos mares muertos de Marte. En el lecho de este mar seco había tenido lugar mi encuentro con los marcianos.

Llegamos enseguida al pie de la montaña, y luego de atravesar una angosta garganta, aparecimos en un amplio valle, en cuyo extremo opuesto se extendía una meseta baja. Sobre ella pude ver una enorme ciudad, hacia donde galopamos, entrando por lo que parecía ser una ruta abandonada que salía de la ciudad, pero sólo hasta el borde de la meseta, donde terminaba abruptamente en un tramo de escalones anchos.

Al observar más de cerca vi que los edificios que pasábamos estaban desiertos, y aunque no estaban muy arruinados tenían el aspecto de no estar habitados desde hacía años, posiblemente siglos. Hacia el centro de la ciudad había una gran plaza

y tanto en ella como en los edificios vecinos acampaban entre novecientas y mil criaturas de la misma especie de mis captores, pues así los había llegado a considerar, a pesar de la forma apacible en que me habían atrapado.

Con excepción de sus ornamentos, todos estaban desnudos. La apariencia de las mujeres no variaba mucho de la de los hombres, excepto por sus colmillos, que eran más largos en proporción a su altura y que en algunos casos se curvaban casi hasta sus orejas. Sus cuerpos eran más pequeños y de color más claro, y sus manos y pies tenían lo que parecía ser un rudimento de uñas. Las hembras adultas alcanzaban una altura de tres a cuatro metros.

Los niños eran de color claro, aun más claro que el de las mujeres. Todos me parecían iguales, salvo que, como algunos eran más altos que Otros, debían de ser los más crecidos.

No vi signos de edad avanzada entre ellos, ni había ninguna diferencia apreciable en su apariencia entre los cuarenta y dos mil años, edad en que voluntariamente realizaban su último y extraño peregrinaje por las aguas del río Iss, que los conducía a un lugar que ningún marciano viviente conocía, ya que nadie había regresado jamás de su seno. Tampoco se le permitiría hacerlo, si llegaba a reaparecer después de haberse embarcado en sus aguas frías y oscuras.

Solamente alrededor de uno de cada mil marcianos muere de enfermedad y posiblemente cerca de veinte inician el peregrinaje voluntario. Los otros novecientos setenta y nueve mueren violentamente en duelos, cacerías, aviación y guerras. Pero tal vez la edad en la que hay más muertes es la infancia, en la que un gran número de pequeños marcianos son víctimas de los grandes simios blancos de Marte.

El promedio de vida a partir de la edad madura es de alrededor de trescientos años, pero llegaría cerca de las mil si no fuera por la gran cantidad de medios violentos que los llevan a la muerte. Debido a la disminución de recursos del planeta, evidentemente se hacía necesario contrarrestar la creciente longevidad que permitían sus grandes adelantos en materia de terapia y cirugía. Por lo tanto, en Marte, la vida humana había pasado a ser considerada a la ligera, como se evidenciaba por sus deportes peligrosos y la guerrilla casi continua entre las distintas comunidades.

Había otras causas naturales tendientes a la disminución de la población, pero nada contribuía en tan grande medida como el hecho de que ningún hombre o mujer de Marte se encontraba jamás en forma voluntaria sin un arma.

Cuando nos acercamos a la plaza y descubrieron mi presencia fuimos rodeados inmediatamente por cientos de criaturas que parecían ansiosas por arrancarme de mi asiento detrás de mi guardia. Una palabra del jefe acalló su clamar y pudimos seguir al trote a través de la plaza, hacia la entrada de un edificio tan magnífico como ningún otro que jamás se haya visto.

La construcción era baja pero abarcaba una gran extensión. Estaba construido en reluciente mármol blanco incrustado en oro y piedras brillantes que refulgían y centelleaban a la luz del sol. La entrada principal tenía cerca de cuarenta metros

de ancho y se proyectaba del edificio en forma tal que formaba un amplio cobertizo sobre la entrada del vestíbulo.

No había escaleras sino una suave pendiente hacia el primer piso del edificio que se abría en un enorme recinto rodeado de galerías. En el piso de este recinto, que estaba ocupado por escritorios y sillas muy tallados, estaban reunidos cuarenta o cincuenta hombres marcianos alrededor de los peldaños de una tribuna. En la plataforma propiamente dicha estaba en cuclillas un guerrero inmenso sumamente cargado de ornamentos de metal, plumas de colores alegres y hermosos adornos de cuero forjado ingeniosamente, engarzados con piedras preciosas. De sus hombros colgaba tina capa corta de piel blanca, forrada en una brillante seda roja.

Lo que más me impresionó de esa asamblea y de la sala donde estaba reunida, fue el hecho de que las criaturas estaban en completa desproporción con los escritorios, sillas y otros muebles, que eran de un tamaño adaptado a los humanos como yo, mientras que las inmensas moles de los marcianos apenas podían entrar apretadamente en las sillas, así como debajo de los escritorios no había espacio suficiente para sus largas piernas. Evidentemente, había entonces otros habitantes en Marte, además de las criaturas grotescas y salvajes en cuyas manos había caído; pero los signos de extrema antigüedad que mostraba todo lo que me rodeada indicaba que esos edificios podían haber pertenecido a alguna raza extinguida tiempo atrás y olvidada en la oscura antigüedad de Marte.

Nuestro grupo se había detenido a la entrada del edificio y a una señal de su jefe me bajaron al suelo. Otra vez aferrándose a mi brazo, entramos en el recinto de la audiencia. Se observaban pocas formalidades en el trato de los marcianos con el caudillo. Mi captor simplemente se dirigió hacia la tribuna y los demás le cedieron el paso mientras avanzaba. El caudillo se puso de pie y nombró a mi escolta quien, en respuesta, se detuvo y repitió el nombre del soberano seguido de su título.

En aquel momento, esa ceremonia y las palabras que pronunciaban no significaban nada para mí, pero más tarde llegaría a saber que ése era el saludo corriente entre los marcianos verdes. Si los hombres eran extranjeros y, por lo tanto, no les era posible intercambiar los nombres, intercambiaban sus ornamentos en silencio, si sus misiones eran pacíficas; de otra forma habrían intercambiado disparos, o se habrían presentado peleando con alguna otra de sus variadas armas.

Mi captor, cuyo nombre era Tars Tarkas, era prácticamente el segundo jefe de la comunidad y un hombre de gran habilidad como estadista y guerrero. Evidentemente explicó en forma ve los incidentes relacionados con la expedición, incluyendo captura, y cuando hubo terminado, el caudillo se dirigió a y me habló largamente.

Le contesté en mis mejores términos terrestres, simplemente para convencerlo de que ninguno de los dos podía entender otro, pero me di cuenta de que cuando esbocé una sonrisa terminar, él hizo lo mismo. Este hecho y la similitud con ocurrido durante mi primer encuentro con Tars Tarkas convencieron de que al menos teníamos algo en común: habilidad de sonreír y, en consecuencia, de reír,

o sea de expresar el sentido del humor. Pero ya me enteraría de que sonrisa de los marcianos es meramente superficial y que risa es algo que haría palidecer de horror a los hombres fuertes.

La idea del humor entre los hombres verdes de Marte completamente opuesta a nuestra concepción de estímulo de diversión. Las agonías de un ser viviente son, para estas ex ñas criaturas, motivo de la más grotesca hilaridad, en tanto la forma principal de entretenimiento es ocasionar la muerte de sus prisioneros de guerra de varias formas ingeniosas horribles.

Los guerreros reunidos y los caudillos me examinaron de cerca, palpando mis músculos y la textura de mi piel. El caudillo principal evidenció entonces su deseo de verme actuar e indicándome que lo siguiera se encaminó junto con Tars Tarkas hacia la plaza abierta.

Debo señalar que no había intentado caminar desde mi primer fracaso ya señalado, excepto cuando había estado firmemente prendido del brazo de Tars Tarkas, y por lo tanto en ese momento fui saltando y brincando entre los escritorios y sillas como un saltamontes monstruoso. Después de golpearme bastante, para gran diversión de los marcianos, recurrí de nuevo al gateo, pero no les gustó y entonces me puso de pie violentamente un tipo imponente que era el que se había reído con ganas de mis infortunios.

Cuando me lanzó sobre mis pies, su cara quedó cerca de mía y entonces hice lo único que un caballero podía hacer frente a esa brutalidad, grosería y falta de consideración hacia los derechos de un extranjero: dirigí mi puño en directo a su mandíbula y cayó como una piedra. Cuando se derrumbó en el suelo volví mi espalda contra el escritorio más cercano, esperando ser aplastado por la venganza de sus compañeros, pero con la firme determinación de presentar toda la resistencia que me fuera posible antes de abandonar mi vida.

Sin embargo, mis temores fueron infundados, ya que los otros marcianos primero quedaron pasmados de espanto y finalmente rompieron en carcajadas y aplausos. No reconocí los aplausos como tales, pero más tarde, cuando ya estaba familiarizado con sus costumbres, supe que había ganado lo que raras veces concedían: una manifestación de aprobación.

El tipo que había golpeado yacía donde había caído, tampoco se le acercó ninguno de sus compañeros. Tars Tarkas avanzó hacia mí, extendiendo uno de sus brazos, y así seguimos hacia la plaza sin ningún otro tipo de incidente. Por supuesto, no conocía la razón por la que habíamos salido al aire libre, pero no iba a tardar en entenderlo. Primero repitieron la palabra "sak" un número de veces y luego Tars Tarkas realizó varios saltos repitiendo la misma palabra después de cada salto. Entonces dándose vuelta hacia mi dijo: "sak".

Descubrí qué era lo que estaban buscando y uniéndome al grupo "saké" con un éxito tal que alcancé por lo menos treinta metros de altura, sin siquiera perder el equilibrio en esa ocasión, y aterricé de pleno sobre mis pies. Luego regresé con saltos fáciles de 9 a 10 metros al pequeño grupo de guerreros.

Mi exhibición había sido presenciada por varios cientos de marcianos que inmediatamente empezaron a pedir una repetición, que el caudillo me ordenó realizar, pero yo estaba hambriento y sediento, y fue en ese momento cuando determiné que el único método de salvación era pedir consideración de parte de aquellas criaturas, que evidentemente no me la brindarían voluntariamente. Por lo tanto ignoré los repetidos pedidos de "sak" y cada vez que lo hacían me señalaba la boca y frotaba el estómago.

Tars Tarkas y el jefe intercambiaron unas pocas palabras, y el primero, llamando a una joven hembra de entre la multitud le dio algunas instrucciones y luego me indicó que la siguiera. Me aferré del brazo que aquélla me ofrecía y cruzamos la plaza hacia un edificio inmenso que se encontraba en el lado opuesto.

Mi *cortés* acompañante tenía cerca de dos metros de alto había alcanzado la madurez recientemente, pero sin haber alcanzado su pleno crecimiento. Era de un color oliva claro y piel lustrosa y suave. Su nombre, como después sabría, era Sola y pertenecía al séquito de Tars Tarkas. Me condujo hacia amplio recinto en uno de los edificios que daban a la plaza el que, a juzgar por los bultos de seda y pieles que había el suelo, era, el dormitorio de varios de los nativos.

La habitación estaba bien iluminada por una serie de amplias ventanas y estaba decorada hermosamente con murales pintados y mosaicos, pero sobre todo ello parecía cernirse el aire indefinido de la antigüedad, lo que me convenció de que los arquitectos y constructores de esas creaciones maravillosas no tenían en común con los salvajes semibrutos que ahora habitaban edificios.

Sola me indicó que me sentara sobre una pila de sedas había en el cuarto, y, dándose vuelta, emitió un silbido muy peculiar, como una señal dirigida a alguien que se encontrara en la habitación contigua. En respuesta a su llamado obtuvo mi primera impresión de otra maravilla marciana. Aquello s bamboleaba sobre sus diez pequeñas patas y se agachó ante chica como una mascota obediente. Ese ser era del tamaño de un *pony* de Shetland, pero su cabeza era más parecida a la de una rana, excepto por las mandíbulas, que estaban provistas de tres hileras de largos y afilados colmillos.

5

Woola

Sola fijó sus ojos en los de mirada malvada de la bestia, susurró una o dos órdenes, me señaló y abandonó el recinto. No podía menos que preguntarme qué podría hacer esa monstruosidad de apariencia feroz cuando la dejaron sola tan cerca de un manjar tan tierno. Pero mis temores eran infundados, ya que la bestia, después de inspeccionarme atentamente un momento, cruzó la habitación hacia la única puerta que conducía, a la calle y se echó atravesada en el umbral.

Esa fue mi primera experiencia con un perro guardián marciano, pero estaba escrito que no iba a ser la última, ya que este compañero me cuidaría fielmente

durante el tiempo que permaneciera cautivo entre las criaturas verdes, y me salvaría la vida dos veces sin apartarse jamás de mi lado por su voluntad. Mientras Sola estuvo ausente tuve la oportunidad de examinar más minuciosamente la habitación en la cual me hallaba cautivo. El mural pintado representaba escenas de rara y cautivante belleza: montañas, ríos, océanos praderas, árboles y flores, carreteras sinuosas, jardines soleados, escenas todas que podrían haber representado paisajes de la Tierra de no ser por la diferencia en los colores de la vegetación. El trabajo había sido elaborado evidentemente por manos maestras, tan sutil era la atmósfera, tan perfecta la técnica, a pesar de que en ningún lado había representación alguna de seres vivientes, fueran humanos o no, por medio de los cuales pudiera conjeturar la apariencia de aquellos otros habitantes de Marte, tal vez extinguidos.

Mientras dejaba que mi fantasía volara tumultuosamente en alocadas conjeturas sobre la posible explicación de las anomalías que había encontrado en Marte, Sola regresó trayendo comida y bebida. Colocó las cosas sobre el piso, a mi lado, y sentándose a poca distancia me observó atentamente. La comida consistía en alrededor de medio kilo de cierta sustancia sólida de la consistencia del queso y casi insípida, mientras que la bebida era aparentemente leche de algún animal. No era desagradable al paladar, aunque bastante ácida y ya aprendería en poco tiempo a valorarla altamente. Esta no procedía, según descubrí más tarde, de un animal - ya que solamente había un mamífero en Marte y era por demás raro -, sino de una gran planta que crecía prácticamente sin agua, pero parecía destilar la totalidad de su provisión de leche a partir de los productos del terreno, la mezcla del aire y los rayos del sol. Una sola planta de ese tipo podía dar de ocho a diez litros de leche por día.

Después de haber comido me sentí muy repuesto, pero con necesidad de descansar. Me tendí sobre las sedas y pronto me quedé dormido. Debí de haber dormido varias horas, ya que estaba oscuro cuando me desperté y sentía mucho frío. Descubrí que alguien había arrojado una piel sobre mi cuerpo, pero me había destapado en parte y en la oscuridad no podía ver para colocarla de nuevo en su lugar. De pronto apareció una mano que echó una piel sobre mí y al rato arrojó otra más para que no tuviera frío.

Pensé que mi guardián era Sola y no estaba equivocado, muchacha, la única entre los marcianos verdes con los que había puesto en contacto, revelaba características de simpatía, amabilidad y afecto. Sus solícitos cuidados hacia mis necesidades corporales eran inagotables y me salvaron de muchos sufrimientos y penurias.

Ya me iba a enterar de que las noches en Marte eran extremadamente frías, y como prácticamente no existía atardecer los cambios de temperatura eran repentinos y por demás incómodos, lo mismo que la transición de la brillante luz a la oscuridad. Las noches podían ser ya muy iluminadas, ya de la más cerrada oscuridad, pues si ninguna de las dos lunas de Marte aparecía en el cielo, el resultado era una oscuridad casi total. La falta de atmósfera o la escasez de ésta impedía en gran parte la difusión de la luz de las estrellas. Por el contrario, si ambas lunas aparecían en el cielo nocturno, la superficie de Marte quedaba

brillantemente iluminada. Las dos lunas de Marte están mucho más cerca del planeta de lo que está la nuestra de la Tierra. La más cercana está a casi 8.000 kilómetros, mientras que la más lejana se halla a poco más de 22.000 en tanto que hay una distancia de casi 350.000 kilómetros entre la Tierra y nuestra Luna. La luna más cercana a Marte recorre una órbita completa alrededor del planeta en poco más de siete horas y media. Por lo tanto se la puede ver surcar el cielo como un meteoro enorme dos o tres veces por noche, y mostrar todas sus fases durante cada uno de sus tránsitos por el firmamento.

La luna más lejana recorre una órbita completa alrededor del planeta en poco más de treinta horas y cuarto formando su satélite hermano una escena nocturna de grandiosidad espléndida y sobrenatural. La naturaleza hace bien en iluminar a Marte en forma tan generosa y abundante, ya que las criaturas verdes, siendo una raza nómada sin un alto desarrollo intelectual, no tienen más que medios rudimentarios de iluminación artificial, consistentes principalmente en antorchas, una especie de vela y una peculiar lámpara de aceite que genera un gas y arde sin mecha.

Este último invento produce una luz blanca muy brillante y de gran alcance. Pero como el combustible natural que se necesita sólo puede obtenerse de la explotación de minas situadas en localidades aisladas y remotas, es muy poco usado por estas criaturas, que solamente piensan en el presente y aborrecen el trabajo manual de tal forma que han permanecido en un estado de semibarbarie durante infinidad de años.

Después que Sola hubo acomodado mis mantas volví a quedarme dormido y no me desperté hasta el otro día. Los otros ocupantes de la habitación Cinco en total-eran todas mujeres y todavía estaban durmiendo, bien cubiertas con una variada colección de sedas y pieles. Atravesada en el umbral estaba tendida la bestia que me cuidaba, exactamente como la había visto por última vez el día anterior. Aparentemente no había movido ni un músculo. Sus ojos estaban clavados en mí y me puse a pensar qué podría sucederme si llegaba a intentar una fuga.

Siempre he tendido a buscar aventuras y a investigar y examinar cosas que hombres más sensatos hubieran dejado pasar por alto. En consecuencia se me ocurrió que la única forma de averiguar la actitud concreta de esta bestia hacia mí sería el intentar abandonar la habitación. Me sentía completamente seguro en mi creencia de que, una vez que estuviera fuera del edificio, podría escapar si llegaba a perseguirme, ya que había comenzado a tomar gran confianza en mi habilidad para saltar. Más aún, por sus cortas patas podía darme cuenta de que probablemente no tuviera gran habilidad para saltar y correr.

Por lo tanto, despacio y cuidadosamente, me puse de pie al tiempo que mi guardián hacía lo mismo. Avancé hacia él con toda cautela y advertí que, moviéndome con paso pesado, podía mantener mi equilibrio tan bien como para marchar bastante rápido. Cuando me acerqué a la bestia, ésta se apartó cautelosamente y, cuando llegué a la calle, se hizo a un lado para dejarme pasar. Entonces se colocó detrás de mí y me siguió a una distancia de diez pasos aproximadamente mientras yo caminaba por la calle desierta.

Evidentemente, su misión era sólo la de protegerme, pensé; pero cuando llegamos a los límites de la ciudad, de pronto saltó delante de mí emitiendo extraños sonidos y enseñando sus feroces y horribles colmillos. Pensando que podía divertirme un poco a sus expensas, me abalancé hacia él y cuando prácticamente estaba a su lado salté en el aire y fui a bajar mucho más allá de donde él estaba, fuera de la ciudad.

Inmediatamente giró y se abalanzó hacia mí con la más espantosa velocidad que jamás haya visto. Yo pensaba que sus patas cortas podían ser un obstáculo para su rapidez, pero de haber tenido que competir con un galgo, éste habría parecido estar durmiendo sobre el felpudo de una puerta. Como más tarde me iba a enterar, éste era el animal más veloz de Marte, y debido a su inteligencia, lealtad y ferocidad, lo usan en cacerías, en la guerra y como protector de los marcianos.

Pronto me di cuenta de que tendría dificultades para escapar de los colmillos de la bestia en forma inmediata, por lo cual enfrenté sus ataques volviendo sobre mis pasos y brincando sobre él cuando estaba casi sobre mí. Esta maniobra me dio una considerable ventaja y tuve la posibilidad de alcanzar la ciudad bastante antes que él. Cuando apareció corriendo detrás de mí salté a una ventana que estaba a una altura aproximada de diez metros del suelo, en el frente de uno de los edificios que daban al valle.

Me aferré del marco y me mantuve sentado sin observar el edificio, espiando al contrariado animal que estaba allí abajo. Sin embargo, este triunfo tuvo corta vida, ya que apenas había ganado un lugar seguro en el marco cuando una enorme mano me aferró del cuello desde atrás y me arrojó violentamente dentro de la habitación. Como había caído de espaldas pude observar que sobre mí se elevaba una criatura colosal, semejante a un mono blanco y sin pelo, con excepción de unas enormes greñas erizadas sobre su cabeza.

6

Una lucha en la que gano amigos

Este ser, que se asemejaba más a nuestra raza humana que a los marcianos que había visto hasta ahora, me mantenía contra el suelo con uno de sus inmensos pies, mientras charlaba y gesticulaba con su interlocutor que estaba detrás de mí. Esa otra criatura, que parecía ser su compañero, no tardó en acercársenos con un inmenso garrote de piedra con el que evidentemente pretendía romperme la cabeza.

Las criaturas tenían entre tres y cinco metros de alto. Se paraban muy erguidas y al igual que los marcianos tenían un juego intermedio de brazos o piernas entre sus miembros superiores e inferiores. Sus ojos estaban muy juntos y no eran sobresalientes, y sus orejas estaban implantadas en la parte alta de la cabeza, pero más al costado que las de los marcianos, mientras que el hocico y los dientes eran sorprendentemente semejantes a los de los gorilas africanos. En conjunto no desmerecían tanto, comparados con los marcianos verdes.

El garrote se balanceaba en un arco que terminaba justo sobre mi cara vuelta hacia arriba, cuando un rayo de furia, con un millón de piernas, se lanzó a través de la puerta justamente sobre el pecho de mi ejecutor. Con un grito de terror, el simio que me sujetaba saltó por la ventana abierta, pero su compañero se trabó en una terrorífica lucha a muerte con mi salvador, que no era ni más ni menos que mi leal guardián - no puedo decidirme a calificar de perro a tan horrenda criatura -.

Me puse de pie con la mayor rapidez que pude, y recostándome contra la pared tuve la oportunida4 de presenciar una batalla como creo que a pocos humanos les ha sido concedido observar. La fuerza, agilidad y ciega ferocidad de aquellas dos criaturas no tenía ninguna semejanza con lo conocido en la Tierra. Mi bestia había conseguido ventaja al principio, ya que había hundido sus enormes colmillos profundamente en el pecho de su adversario, pero las inmensas patas y brazos del simio, reforzados por músculos mucho más fuertes que los de los marcianos que había visto, se habían cerrado en la garganta de mi guardián y lentamente estaban sofocando su vida, tratando de doblarle la cabeza y el cuello hacia atrás. Yo esperaba que mi guardián cayera al suelo con el cuello roto en cualquier momento.

Para lograr eso, el simio estaba desgarrando la parte de su propio pecho que mi guardián Sostenía entre sus mandíbulas fuertemente cerradas. Rodaban por el suelo de aquí para allá, sin que ninguno de los dos emitiera un solo sonido de miedo o dolor. En ese momento vi los grandes ojos de mi bestia salirse de sus órbitas y observé cómo la sangre chorreaba de su nariz. Era evidente que se estaba debilitando, pero también las arremetidas del simio estaban menguando visiblemente. De pronto volví en mí, con ese extraño instinto que siempre parecía impulsarme a cumplir con mi deber, empuñé el garrote que había caído al suelo al principio de la pelea y balanceándolo con toda la fuerza que poseían mis brazos humanos, golpeé con él de pleno en la cabeza del simio, aplastando su cráneo como si fuera la cáscara de un huevo.

Apenas me había sobrepuesto del contratiempo, cuando tuve que enfrentarme con un nuevo peligro: el compañero del simio, recobrado de su primer *shock* de terror, había regresado a la escena de la pelea por el interior del edificio. Lo pude ver justo antes que alcanzara la puerta, y al advertir que bramaba ante el espectáculo de su compañero sin vida, tendido sobre el suelo, y que echaba espuma por la boca en un ataque de furia, me asaltaron malos presentimientos, debo confesarlo.

En el momento en que esos pensamientos pasaban por mi mente, ya había girado yo para saltar por la ventana; pero mis ojos fueron a dar con la forma de mi antiguo guardián y todos mis pensamientos se dispersaron a los cuatro vientos. Este yacía jadeante en el suelo, en el umbral, con sus grandes ojos fijos en mí en lo que parecía una patética súplica de protección. No podía soportar esa mirada ni abandonar a mi salvador sin antes dar tanto de mi parte en su defensa como él había dado en la mía.

Sin más alharaca, por lo tanto, giré para enfrentar el ataque del enfurecido simio que más parecía un toro. Estaba en ese momento demasiado cerca de mí como para probar un intento de salvación con el garrote; por lo tanto, simplemente lo

arrojé tan fuerte como pude contra él. Le di justo debajo de las rodillas, provocándole un aullido de dolor y de rabia, y haciendo que perdiese el equilibrio de tal forma que se echó sobre mí con los brazos bien extendidos para facilitar la caída. De nuevo recurrí, como el día anterior, a instintos terráqueos, y dirigiendo mi puño derecho sobre su mentón, seguí con un golpe de izquierda en la boca del estomago. El efecto fue maravilloso, ya que al correrme ligeramente después de descargar el segundo golpe, el simio se tambaleó y cayó al suelo jadeando y retorciéndose de dolor. Entonces salté sobre el cuerpo derrumbado, tome el garrote y terminé con el monstruo antes que pudiera ponerse de pie.

En el momento de descargar el golpe, oí una risotada sonora a mis espaldas. Me di vuelta y pude ver a Tars Tarkas. Sola y tres o cuatro guerreros más en la puerta de la habitación. Cuando mis ojos se encontraron con los suyos, fui por segunda vez el destinatario de su poco común aplauso.

Mi ausencia había sido advertida por Sola al despertarse y rápidamente había informado a Tars Tarkas, el que de inmediato había partido con un grupo de guerreros en mi búsqueda. Al acercarse a los limites de la ciudad habían sido testigos de las acciones del enorme simio, que había entrado en el edificio echando espuma por la boca de rabia.

Habían salido inmediatamente detrás de mí, creyendo apenas en la posibilidad de que los actos del simio pudieran dar una pista sobre mi paradero, y habían sido testigos de mi corta pero decisiva batalla con aquél. Ese encuentro, junto con la lucha que había tenido con el guerrero marciano el día anterior y mis proezas de saltarín, me ubicaban en una especie de cúspide en su aprecio. Evidentemente, carentes de los más refinados sentimientos de amistad, amor o afecto, esas personas profesaban más el culto a la valentía y a la destreza física, y nada era mejor para el objeto de su adoración que el mantener su posición en todo lo posible por medio de repetidas muestras de habilidad, fuerza y coraje.

Sola, que había acompañado al grupo de búsqueda por propia voluntad, era la única de los marcianos cuyo rostro no se había transformado por una mueca de risa mientras peleaba por mi vida. Ella, por el contrario, estaba serena, y tan pronto como terminé con el monstruo se precipitó hacia mí y examinó cuidadosamente mi cuerpo para comprobar si estaba herido. Satisfecha de que hubiera salido ileso, sonrió serenamente y tomándome de la mano me condujo hacia la puerta del recinto.

Tars Tarkas y los otros guerreros habían entrado y estaban alrededor de la bestia, que después de haberme salvado se estaba reanimando rápidamente y cuya vida había salvado yo, a mi vez, como agradecimiento.

Parecían tener profundas discusiones y finalmente uno de ellos se dirigió a mí, pero al recordar mi desconocimiento de su lenguaje se volvió hacia Tars Tarkas que con un gesto y una palabra dio alguna orden al compañero. Luego se dio vuelta para seguirnos.

Como parecía haber algo amenazador en su actitud hacia mi bestia, dudé en abandonarla antes de saber qué iba a ocurrir.

Por suerte no lo hice, ya que el guerrero desenfundó una pistola de apariencia diabólica y ya estaba a punto de poner fin a la vida de la criatura cuando salté y le golpeé el brazo. La bala dio contra el marco de la ventana y estalló dejando un orificio en la madera y la mampostería.

Me arrodillé entonces al lado de ese animal de apariencia terrorífica y levantándolo le indiqué que me siguiera. Las miradas de sorpresa que mis actos despertaron en los marcianos fueron cómicas. No podían entender más que en forma rudimentaria e infantil las muestras de gratitud y compasión. El guerrero cuya arma había derribado miró inquisitivamente a Tars Tarkas, pero éste le indicó que me dejara en paz y fue así como volvimos a la plaza con la enorme bestia pisándome los talones y Sola amarrándome fuertemente del brazo.

Al menos tenía dos amigos en Marte: una joven mujer que me había vigilado con solicitud de madre y una bestia silenciosa que, como luego sabría, guardaba debajo de su pobre y horrible apariencia más amor, lealtad y gratitud de la que podría haber encontrado en los cinco millones de marcianos que vagabundeaban por las ciudades desiertas y los lechos de los mares muertos de Marte.

7

Los niños de Marte

Luego de un desayuno que era la réplica exacta de la comida del día anterior y un indicio de lo que serían prácticamente todas las que tendría mientras estuviera con los marcianos, Sola me acompañó hasta la plaza, donde encontré a la comunidad entera ocupada en observar y ayudar a enganchar inmensos mastodontes a unos grandes carros de tres ruedas. Había alrededor de doscientos cincuenta de esos vehículos, cada uno tirado por un solo animal que, por su apariencia, podría haber tirado fácilmente de una caravana completa cargada hasta el tope.

Los carros en sí eran grandes y cómodos y estaban suntuosamente decorados. En cada uno estaba sentada una mujer marciana cargada de ornamentos de metal, con joyas, sedas y pieles, y sobre el lomo de los animales de tiro iba montado un joven conductor marciano. Al igual que los animales que montaban los guerreros, los de carga, más pesados, no tenían bridas ni freno, sino que eran conducidos por medios totalmente telepáticos.

Esa facultad está maravillosamente desarrollada en todos los marcianos y explica ampliamente la simplicidad de su lenguaje y las relativamente escasas palabras que intercambiaban al hablar, aun en conversaciones largas. Ese es el lenguaje universal de Marte, por cuyo medio los seres superiores e inferiores de este mundo de paradojas tienen la posibilidad de comunicarse en mayor o menor grado, según la esfera intelectual de cada especie y el desarrollo de cada individuo.

Cuando la caravana se ordenó en formación de marcha en una sola fila, Sola me condujo a un carro vacío y seguimos a la procesión hacia el punto por el cual yo

había entrado en la ciudad el día anterior. A la cabeza de la caravana montaban alrededor de doscientos guerreros, en fila de cinco, y un número similar iba a la retaguardia, mientras que veinticinco o treinta marchaban a ambos lados.

Todos, excepto yo - hombres, mujeres y niños -, estaban sumamente armados, y detrás de cada carro trotaba un sabueso marciano. Mi propia bestia nos seguía de cerca. Dicho sea de paso, la leal criatura nunca me abandonaría voluntariamente durante los diez años enteros que pasé en Marte. Nuestra ruta se internaba en el pequeño valle que había delante de la ciudad, atravesaba las montañas y descendía hacia el lecho muerto del mar que había surcado en mi viaje desde la incubadora a la plaza. La incubadora, como pude advertir, era el punto terminal de aquella jornada, y como la cabalgata se transformó en desenfrenado galope tan pronto como alcanzamos el nivel del lecho del mar, pronto tuvimos a la vista nuestra meta.

Al llegar, los carros estacionaron con precisión matemática en los cuatro costados de la construcción. La mitad de los guerreros, encabezados por un enorme caudillo, y entre ellos Tars Tarkas y otros jefes de menor importancia desmontaron y se dirigieron hacia aquélla. Pude ver a Tars Tarkas explicando algo al caudillo principal, cuyo nombre dicho sea de paso era - según la traducción más aproximada a nuestro idioma - Lorcuas Ptomel, Jed (este último es el título)

Pronto pude apreciar el motivo de su conversación. Entonces, llamando a Sola, Tars Tarkas le indicó que me condujera a él.

Para ese entonces yo dominaba ya los problemas para caminar en las condiciones imperantes en Marte, de suerte que respondí rápidamente a sus órdenes y avancé hacia el costado de la incubadora, donde se encontraban los guerreros.

Cuando llegué allí, una mirada me bastó para ver que, salvo unos pocos, casi todos los huevos habían empollado y que en la incubadora pululaban aquellos pequeños demonios horribles. Tenían alrededor de un metro de alto y se movían sin descanso dentro de la incubadora, como si estuvieran buscando comida. Cuando estuve a su lado Tars Tarkas señaló hacia la incubadora y dijo "sak". Comprendí que quería que repitiera mi función' del día anterior para regocijo de Lorcuas Ptomel y, como debo confesar que mi hazaña no me brindaba poca satisfacción, respondí con presteza y salté limpiamente sobre los carros estacionados, del lado opuesto de la incubadora. Cuando regresé, Lorcuas Ptomel me refunfuñó algo y, girando hacia donde estaban los guerreros, emitió algunas órdenes relativas a la incubadora. No me prestaron demasiada atención y de esta forma se me permitió permanecer cerca y observar sus operaciones, que consistían en romper y abrir la pared de la construcción para permitir la salida de los pequeños marcianos.

A cada lado de la abertura, las mujeres y los jóvenes de ambos sexos, formaban dos filas compactas que se extendían más allá de los carros y bastante lejos hacia la llanura. Entre estas hileras corretearon los pequeños marcianos, salvajes como ciervos, extendiéndose a lo largo de todo el corredor y allí fueron capturados tino por tino por las mujeres y los jóvenes mayores: el último de la fila capturaba al primer pequeño que llegaba al fin del corredor, el que estaba en la fila frente a

aquél atrapaba al segundo, y así hasta que todos los pequeños hubiesen salido de la construcción **y** hubieran sido tomados por alguna mujer o algún joven. Al tomar las mujeres a los niños salían de la fila y regresaban a sus respectivos carros mientras que los que caían en manos de los jóvenes eran transferidos más tarde a alguna de las mujeres.

Vi que la ceremonia - si se la puede llamar así – terminaba, y buscando a Sola la encontré en nuestro carro con una horrible criatura pequeña aferrada fuertemente entre sus brazos.

El trabajo de crianza de los jóvenes consistía solamente en enseñarles a hablar y a usar las armas para la guerra, las que cargaban desde los primeros años de vida. Provenientes de huevos en los que habían estado, durante cinco años, el período de incubación, se enfrentaban al mundo, perfectamente desarrollados, excepto por su tamaño. Desconocían por completo a sus propias madres, quienes a su vez no podían decir con certeza quiénes eran los padres. Eran hijos de la comunidad y su educación recaía sobre las mujeres que tenían oportunidad de atraparlos cuando abandonaban la incubadora.

Las madres adoptivas podían no haber puesto siquiera un huevo en la incubadora, como era el caso de Sola, quien había empezado a ovar menos de un año antes de convertirse en madre de un vástago de otra mujer.

Pero eso tenía poca importancia entre los marcianos verdes, ya que el cariño paterno y filial era desconocido para ellos, así como es común entre nosotros. Creo que ese horrible sistema, que se sigue desde hace años, es el resultado directo de la pérdida de todo sentimiento elevado y toda sensibilidad e instinto humanitario entre esas pobres criaturas. Desde el nacimiento no conocían amor de madre ni de padre, ni conocían el significado de la palabra hogar. Se les enseñaba que solamente era permitido vivir mientras demostraran por su físico y ferocidad que eran aptos para ello. En caso de tener alguna deformación o defecto eran exterminados de inmediato; y tampoco podían derramar una lágrima, ni siquiera por una de las muchas crueles penurias que tenían que soportar desde la infancia.

No quiero significar que los marcianos adultos fuesen innecesaria e intencionalmente crueles con los jóvenes, pero la suya es una lucha dura y penosa por la subsistencia, sobre un planeta que se está muriendo. Sus recursos naturales han mermado hasta tal punto que el sostener cada nueva vida significa un gravamen más para la comunidad en la que han sido arrojados.

Por medio de una cuidadosa selección, educan solamente a los especímenes más fuertes de cada especie, y con una previsión casi sobrenatural regulan el promedio de nacimientos simplemente para compensar las pérdidas por muerte.

Cada mujer marciana adulta produce alrededor de trece huevos por año, y aquellos que llenan las exigencias de tamaño y peso específico son escondidos en el hueco de alguna cueva subterránea donde la temperatura es demasiado baja para la incubación. Cada año estos huevos son cuidadosamente examinados por un consejo de veinte jefes, y todos, salvo cien de los más perfectos, son destruidos de cada reserva anual. Al fin de cinco años, cerca de quinientos huevos

casi perfectos han sido seleccionados de entre los miles producidos. Estos son entonces colocados en las incubadoras casi herméticas para que empollen con los rayos solares después de un período de otros cinco años. La empolladura que habíamos presenciado ese día era un proceso bastante representativo de los de este tipo. Salvo el tino por ciento de estos huevos, todos rompían en dos días. Si los restantes huevos rompieron, en algún momento no supimos nada del destino de los pequeños marcianos. No los querían, ya que sus vástagos podrían heredar y transmitir la tendencia a prolongar la incubación y de ese modo echar a perder el sistema que se había mantenido durante siglos y que permitía a los marcianos adultos calcular el tiempo exacto para volver a las incubadoras con un error de más o menos una hora.

Las incubadoras estaban construidas en antiguas fortalezas donde había poca o nula probabilidad de que fueran descubiertas por otras tribus. El resultado de tal catástrofe podía significar la ausencia de niños en la comunidad durante otros cinco años. Más tarde iba a ser testigo de los resultados del descubrimiento de una incubadora ajena.

La comunidad de la cual formaban parte los marcianos con quienes estaba echada mi suerte, estaba compuesta por cerca de treinta mil almas, distribuidas en una enorme región de tierra árida y semiárida entre los 40 y 80 grados de latitud Sur, y se congregaba al este y Oeste en dos vastas comarcas fértiles. Sus cuarteles generales estaban situados en el ángulo sudoeste de este distrito, cerca del cruce de dos de los llamados canales marcianos.

Como la incubadora había sido colocada muy al norte del territorio, en un área supuestamente inhabitada y no frecuentada, teníamos por delante un tremendo viaje, acerca del cual, por supuesto, no tenía la menor idea.

Después de nuestro regreso a la ciudad muerta pasé varios días de relativo ocio. Al día siguiente de nuestro regreso todos los guerreros habían montado y habían partido temprano por la mañana, para regresar poco antes de que oscureciera. Como sabría más tarde, habían ido a las cuevas subterráneas en las que se mantenían los huevos y los habían transportado a las incubadoras que habían cerrado por otros cinco años y las cuales casi seguramente no volverían a ser visitadas durante ese período.

Las cuevas que escondían los huevos hasta que estuvieran listos para ser incubados estaban situadas a muchas millas al sur de las incubadoras y eran visitadas anualmente por un consejo de veinte jefes. Las razones por las cuales no habían tratado de construir sus cuevas e incubadoras más cerca de sus hogares serían siempre un misterio para mí y, como tantas otras costumbres marcianas, inexplicable por medio de razonamientos y costumbres humanas.

Las ocupaciones de Sola eran ahora dobles, ya que estaba obligada a cuidar tanto del pequeño marciano como de mí, pero ninguno de los dos necesitaba demasiada atención, y como ambos estábamos parejos en el avance de la educación marciana. Sola había tomado a su cargo la enseñanza de los dos juntos.

Su presa consistía en un varoncito de alrededor de dos metros de alto, muy fuerte y físicamente perfecto. También él aprendía enseguida y nos divertíamos bastante, o al menos yo, por la sutil rivalidad que poníamos de manifiesto. El lenguaje marciano, como ya dije, es extremadamente simple, de modo que en una semana pude lograr que todas mis necesidades se conocieran y entender casi todo lo que se me decía. Asimismo, bajo la tutela de Sola desarrollé mis fuerzas telepáticas y así, en poco tiempo, pude captar prácticamente todo lo que ocurría alrededor de mí.

Lo que más le sorprendió a Sola fue que, mientras yo podía captar con facilidad mensajes telepáticos de los demás y. casi siempre, cuando no estaban dirigidos a mí, nadie podía leer ni jota de mi mente en ninguna circunstancia. Al principio esto me molestó, pero después me sentí muy feliz porque eso ya me daba una indudable ventaja sobre los marcianos.

8

Una hermosa cautiva

Al tercer día de la ceremonia de la incubadora nos pusimos en marcha hacia casa, pero apenas la cabeza de la caravana salió a campo abierto delante de la ciudad se impartieron órdenes de regresar de inmediato. Como si hubieran sido adiestrados durante años en esa particular maniobra, los marcianos se disgregaron como bruma dentro de las amplias entradas de los edificios vecinos. En menos de tres minutos la caravana de carros en su totalidad, junto con los mastodontes y los guerreros que los montaban, se perdieron de vista.

Sola y yo habíamos entrado en un edificio del frente de la ciudad - el mismo, para más datos, en el que había tenido mi encuentro con el simio -, y esperando descubrir qué era lo que había causado tan repentina retirada, subí hasta uno de los pisos superiores y desde la ventana miré el valle y las colinas más lejanas. Allí encontré la causa de nuestra rápida retirada en busca de protección: una enorme nave larga, baja y pintada de gris se mecía lentamente sobre la cresta del cerro más próximo, detrás de ella apareció otra y luego otra y otra, hasta que llegaron a sumar una veintena, meciéndose muy cerca del suelo en tanto se dirigían lenta y majestuosamente hacía nosotros.

Todas llevaban una extraña bandera que flameaba de proa a popa sobre la superestructura, y en la proa de cada una había pintada una divisa particular que brillaba a la luz del sol y se distinguía completamente aun a la distancia que estábamos de las naves.

Pude distinguir figuras que abarcaban por completo la cubierta delantera y las partes superiores de la nave. No podía precisar si nos habían descubierto o si simplemente estaban investigando la ciudad desierta; pero, fuera cual fuere su intención, recibieron una ruda recepción, ya que los marcianos, de pronto y sin previo aviso, dispararon una tremenda descarga desde las ventanas de los

edificios que daban al pequeño valle a través del cual las enormes naves estaban avanzando tan pacíficamente.

La escena cambió instantáneamente como por arte de magia: la nave delantera se deslizó hacia nosotros y, apuntando sus cañones, respondió al ataque. Al mismo tiempo se movió paralelamente a nuestro frente, a poca distancia, con la evidente intención de describir un gran círculo que la colocase una vez más en posición opuesta a nuestra línea de fuego. Las otras naves la siguieron inmediatamente detrás, y todas dispararon sobre nosotros y luego volvieron a ponerse en posición. Nuestro propio fuego no disminuyó y dudo que un veinticinco por ciento de nuestros disparos hayan errado. Nunca jamás había visto tal exactitud de puntería y parecía como si cada bala derribara una pequeña figura en una de las naves, mientras las banderas y la superestructura se desvanecían en llamaradas al pasar las certeras balas de nuestros guerreros a través de ellas.

El fuego de las naves era menos efectivo debido - como más tarde sabría - a la inesperada brusquedad del primer ataque, que tomó a la tripulación de las naves completamente de sorpresa, y a la falta de defensa de los aparatos de mira de sus armas frente a la puntería mortal de los guerreros.

Parecía como si cada guerrero verde tuviera un objetivo que abatir, bajo circunstancias relativamente similares. Por ejemplo, una proporción de ellos, siempre los mejores tiradores, dirigían sus disparos directamente sobre los aparatos de puntería de los enormes cañones de todos los tipos de las naves atacantes. Otro grupo se encargaba del armamento más pequeño de la misma forma. Otros iban eliminando a los artilleros mientras que otros hacían lo mismo con los oficiales, al tiempo que otro grupo centraba su atención sobre los otros miembros de la tripulación, la superestructura, el timón y los propulsores.

Veinte minutos después de la primera descarga, la gran escuadra se retiró en la misma dirección por la que había aparecido. Varias de las naves estaban perceptiblemente averiadas y parecían estar apenas bajo el control de su agotada tripulación. Sus disparos habían cesado por completo y todas sus energías parecían estar centradas en su intento de fuga. Nuestros guerreros se abalanzaron entonces hacia los techos de los edificios que ocupábamos y siguieron a la escuadra en retirada con tina descarga continua de fuego mortífero.

Sin embargo, una por una las naves lograron desaparecer tras las crestas de las montañas, hasta qué sólo una de las naves averiadas quedó a la vista. Había recibido el grueso de nuestro fuego y parecía estar completamente desguarnecida ya que no se podía ver una sola figura sobre su cubierta. Lentamente se desvió de su curso y giró alrededor de nosotros en forma errática y penosa. Los guerreros cesaron el fuego instantáneamente, ya que era por demás evidente que la nave estaba completamente indefensa y no podía causarnos daño alguno. Ni siquiera era capaz de controlarse a sí misma lo suficiente como para escapar.

Cuando estaba cerca de la ciudad, los guerreros se abalanzaron sobre ella, pero era evidente que todavía estaba demasiado alto para intentar alcanzar su cubierta. Desde mi ubicación privilegiada en la ventana puede ver los cuerpos de la tripulación esparcidos en ella, aunque no puede descifrar qué tipo de criaturas

eran. No había señal alguna de vida sobre la nave, mientras se elevaba lentamente bajo el impulso de la suave brisa en dirección sudeste.

Se encontraba a una altura de veinte metros, seguida por casi todos los guerreros, exceptuando unos cien, a los que se les había ordenado volver a los techos a cubrir la posibilidad de un regreso de la escuadra o de refuerzos. De pronto se hizo evidente que la nave podría chocar contra el frente de los edificios situados a un kilómetro, más o menos, al sur de nuestra posición. Mientras observaba el desarrollo de la cacería vi que un número de guerreros se adelantaba al galope, desmontaban y entraban en el edificio que parecía que la nave, iba a tocar.

Mientras ésta se acercaba al edificio, y poco antes que chocara, los guerreros marcianos se encaramaron en ella desde las ventanas, y con sus enormes lanzas atenuaron el impacto de la colisión. En poco tiempo la sujetaron con garfios y la enorme nave fue arrastrada hacia el suelo por los que se hallaban debajo. Después de amarraría, treparon por los costados y la inspeccionaron de proa a popa. Puede ver cómo examinaban a los tripulantes muertos, evidentemente buscando algún signo de vida. Luego una partida surgió desde el interior, arrastrando una pequeña figura entre ellos. La criatura era menos de la mitad de alta que los guerreros marcianos y desde mi ventana pude ver que caminaba erguida. Supuse que debía de ser alguna nueva y extraña monstruosidad marciana con la cual no había tenido la oportunidad de enfrentarme todavía.

Bajaron al prisionero al suelo y realizaron el pillaje sistemático de la nave. Esta operación requirió varias horas, durante cuyo lapso hubo que recurrir a un número de carros para transportar el botín que consistía en armas, municiones, sedas, pieles, joyas, jarras de piedra extrañamente labradas y una cantidad de comida sólida y bebidas, incluso varios barriles de agua, los primeros que veía desde mi llegada a Marte.

Después que la última carga hubo sido transportada, los guerreros formaron rápidamente filas hacia la nave y la remolcaron hacia el fondo del valle en dirección sudoeste. Algunos la abandonaron y estaban muy ocupados en lo que parecía el vaciamiento del contenido de varias damajuanas sobre los cadáveres de los tripulantes, cubierta y superestructura.

Cuando terminaron esta operación, descendieron rápidamente por sus costados dejando caer las sogas de amarre al suelo. El último en abandonar la cubierta se volvió y arrojó algo hacia atrás sobre la nave, esperando un instante para comprobar el resultado de su acción.

Cuando una tenue ráfaga de fuego se elevó del punto donde había golpeado el proyectil, saltó por la borda y rápidamente llegó al suelo. Simultáneamente soltaron las cuerdas de amarre y la gran nave de guerra, aligerada por el pillaje, se remontó majestuosamente en el aire, con sus cubiertas y superestructura envueltas en llamas.

Lentamente se dirigió hacia el Sudeste, elevándose cada vez más alto a medida que las llamas iban devorando sus partes de madera e iban menguando su peso sobre ella. Entonces subí al techo del edificio y la pude observar durante horas hasta que finalmente se perdió a la distancia. El espectáculo era imponente al

máximo, como si estuviera contemplando una pira funeraria flotando a la deriva y sin defensas a través de las solitarias extensiones de los cielos marcianos. Una nave de muerte y destrucción que tipificaba el modo de vida de esas criaturas extrañas y feroces, a cuyas manos poco amistosas el destino la había conducido.

Muy deprimido, sin saber bien las razones, bajé lentamente hacia la calle. La escena que había presenciado parecía sugerir el aniquilamiento de gente que me era afín, más que la derrota por nuestros guerreros de una horda de criaturas enemigas, pero similares a ellos. No podía desentrañar esta aparente alucinación, ni liberarme de ella, pero en lo más recóndito de mi alma sentí una extraña simpatía por esos enemigos desconocidos, y nació en mi una posible esperanza de que la escuadra regresara y pidiera cuentas a los marcianos verdes que tan ruda y desenfrenadamente la habían atacado.

Pegado a mis talones, como ahora era habitual en él, me seguía Woola, el sabueso, y en el instante que aparecí en la calle, Sola se abalanzó hacia mí como si hubiera sido objeto de su búsqueda. La caravana estaba regresando a la plaza, pues la marcha de regreso había quedado suspendida por ese día. En realidad no se reanudó hasta pasada más de una semana, debido al temor de un nuevo ataque de parte de las naves aéreas.

Lorcuas Ptomel era un viejo guerrero demasiado astuto para ser sorprendido en un lugar abierto con una caravana de carros y niños, y así permanecimos en la ciudad desierta hasta que el peligro pareció haber pasado.

Cuando Sola y yo entramos en la plaza, mis ojos sé encontraron con algo que llenó todo mi ser de una gran oleada de sentimientos confusos de esperanza, miedo, regocijo y depresión, y un sentimiento subconsciente, más dominante aún, de volver a la vida y a la felicidad, ya que al acercarnos a la muchedumbre pude atisbar a la criatura capturada en la batalla con la nave. La llevaba rudamente, hacia el interior de un edificio cercano, una pareja de mujeres marcianas. Lo que mis ojos vieron fue una figura femenina y esbelta, similar en todo a las mujeres humanas de mi vida anterior. Ella al principio no me vio, pero justo al desaparecer a través del portal del edificio que iba a ser su prisión se volvió y sus ojos se encontraron con los míos. Su rostro era ovalado y extremadamente bello: cada facción estaba finamente cincelada y era exquisita. Sus ojos eran grandes y brillantes y su cabeza estaba coronada por una cabellera ondulada de color negro azabache, sujeta en un extraño peinado. Su piel era algo cobriza, en contraste con la cual el rubor carmesí de sus mejillas y el rojo de sus labios hermosamente formados brillaban con un extraño efecto de realce,

Estaba tan desprovista de ropa como los marcianos que la acompañaban; es más, salvo sus ornamentos extremadamente labrados, estaba completamente desnuda y ningún tipo de ropa hubiera podido realzar la belleza de su cuerpo perfecto y simétrico.

Al encontrarse conmigo, sus ojos se abrieron desmesuradamente por la sorpresa e hizo una leve seña con su mano libre, seña que, por supuesto, no entendí. Nuestras miradas se cruzaron un segundo y luego la chispa de esperanza y renovado valor que se había encendido en su rostro al descubrirme, se

desvaneció en un total desaliento, mezcla de repulsión y desdén. Me di cuenta de que no había contestado a su seña, e ignorante como era de las costumbres marcianas, intuitivamente sentí que me había hecho una señal de súplica, de socorro y protección, que mi desafortunado desconocimiento no me había permitido contestar. En ese momento ella fue arrastrada fuera de mi vista hacia las profundidades del edificio abandonado.

9

Aprendiendo a hablar

Cuando recobré mi presencia de ánimo miré a Sola, que había sido testigo de ese encuentro, y me sorprendí al notar una extraña expresión en su rostro generalmente inexpresivo. No sabía cuáles eran sus pensamientos, ya que apenas conocía la lengua marciana lo suficiente como para mis necesidades diarias.

Al llegar a la puerta de nuestro edificio me esperaba una extraña sorpresa: se me acercó un guerrero con los ornamentos, armas y atavíos completos de su raza, y me los ofreció con unas pocas palabras ininteligibles y con gesto respetuoso y al mismo tiempo amenazador.

Más tarde, Sola, con ayuda de varias mujeres, arregló los ornamentos para que se adaptaran a mis proporciones menores y luego de terminado el trabajo salí a pasear ataviado con un equipo de guerra completo.

De ahí en adelante Sola me inició en los misterios de las diferentes armas y pasé varias horas practicando con los marcianos más jóvenes todos los días. Todavía no era experto con todas las armas, pero mi gran familiaridad con armas terráqueas similares me convirtió en un alumno singularmente apto y progresé en forma muy satisfactoria.

Mi entrenamiento y el de los jóvenes marcianos era conducido exclusivamente por las mujeres, quienes no solamente se dedicaban a la educación de los jóvenes en el arte de la defensa y ofensiva individual, sino que también eran las artesanas que manufacturaban todos los productos de elaboración marciana. Fabricaban la pólvora, los cartuchos, las armas de fuego. En una palabra, todo lo de valor era producido por las mujeres.

En épocas de guerra formaban parte de las tropas de reserva y, cuando la necesidad así lo exigía, luchaban aun con mayor inteligencia y ferocidad que los hombres.

A los hombres se les impartía instrucción en las ramas más elevadas de la guerra, en estrategia y en el manejo de grandes unidades de tropas. Elaboraban sus leyes de acuerdo con las necesidades: una ley nueva para cada emergencia. No tenían en cuenta los precedentes judiciales. Las costumbres se habían transmitido a través de los siglos, pero el castigo por ignorar una costumbre era objeto de tratamiento particular, en cada caso, por un juzgado de pares del reo, y puedo decir que la justicia rara vez fallaba. Parecía tener vigencia en relación inversa con

la importancia de la ley establecida. En un sentido, al menos, los marcianos eran gente feliz: no tenían abogados.

No volví a ver a la prisionera hasta varios días después de nuestro primer encuentro. Cuando la vi fue solamente de manera fugaz, mientras la conducían al recinto de la gran audiencia donde había tenido mi primer encuentro con Lorcuas Ptomel. No pude menos que notar la innecesaria brutalidad y dureza con que sus guardias la trataban, tan diferente de la gentileza casi maternal que Sola me manifestaba y la respetuosa actitud de los pocos marcianos que se dignaban reparar en mi existencia.

Había observado, en las dos oportunidades que tuve de verla, que la prisionera intercambiaba unas palabras con sus guardias, y esto me convenció de que hablaban, o al menos podían hacerse entender, por medio de un lenguaje común.

Con este incentivo adicional, prácticamente enloquecí a Sola con mis caprichos para acelerar mi educación, de Suerte que en el lapso de unos pocos días ya dominaba la lengua marciana lo suficientemente bien como para permitirme sostener una conversación común y para comprender completamente todo lo que ola.

Para ese entonces nuestros dormitorios estaban ocupados por tres o cuatro mujeres y un par de jóvenes recién salidos del cascarón, además de Sola, el joven a su cuidado, yo, y Woola, el sabueso. Después de recogerse por la noche, era costumbre de los adultos conversar durante un breve lapso antes de irse a dormir, y ahora que podía entender su lenguaje era siempre un oyente ansioso, a pesar de que nunca hacía ninguna acotación.

A la noche siguiente de la visita de la prisionera al recinto de la audiencia, la conversación terminó por desembocar en este tema, y en ese momento yo era todo oídos. Había temido preguntarle a Sola acerca de la bella cautiva, ya que no dejaba de recordar la extraña expresión que había notado en su rostro después de mi primer encuentro con la prisionera. No podía asegurar que ésta denotara celos: pero como aún juzgaba todas las cosas por medio de patrones terráqueos, sentía más seguridad fingiendo indiferencia en el asunto hasta que supiera con mayor certeza cuál era la actitud de Sola hacia el objeto de mi preocupación.

Sarkoja, una de las mujeres más ancianas que compartía nuestra vivienda, había estado presente en la audiencia como ama de las guardias de la cautiva y fue hacia ella que se dirigieron las preguntas.

-¿Cuándo podremos disfrutar de la agonía de muerte de la colorada? ¿O el Jed Lorcuas Ptomel piensa mantenerla como rehén? - preguntó una de las mujeres.

- Han decidido llevarla con nosotros hasta Thark y exhibir su última agonía en los grandes juegos ante Tal Hajus - contestó Sarkoja.

-¿Cuál va a ser el método que usarán para matarla? - preguntó Sola -. Es muy pequeña y muy hermosa y tenía esperanzas de que la retuviesen como rehén.

Sarkoja y las otras mujeres refunfuñaron con enojo ante esa manifestación de debilidad de Sola.

- Es una desgracia, Sola, que no hayas nacido hace un millón de años - interrumpió Sarkoja -, cuando los huecos de la tierra estaban llenos de agua y la gente era tan débil como la sustancia sobre la que navegaban. Actualmente hemos progresado hasta tal punto que esos sentimientos son indicio de debilidad y atavismo. No sería conveniente para ti que permitieses que Tars Tarkas se enterase de que tienes tales sentimientos de degeneración, pues dudo que pueda agradarle confiar a alguien como tú la importante responsabilidad de la maternidad.

No veo nada de malo en mi expresión de interés hacia la mujer roja - contestó Sola -. No nos ha hecho ningún daño ni nos lo haría si llegáramos a caer en sus manos. Es el hombre de su raza el que pelea con nosotros y siempre he pensado que su actitud hacia nosotros no es más que el reflejo de la nuestra hacia ellos. Viven pacíficamente con todos sus compañeros, excepto cuando las circunstancias los llevan a la guerra, mientras nosotros no estamos en paz con nadie. Siempre luchando tanto con los de nuestra propia especie como con los rojos. Hasta en nuestras propias comunidades los individuos luchan entre sí.

Es un continuo y horrible derramamiento de sangre desde que rompemos la cáscara de nuestro huevo hasta que felizmente tomamos el seno del río del misterio, el oscuro y antiguo Iss que nos lleva a una existencia desconocida pero al menos no tan horrible y tremenda como ésta. Es afortunado aquel que encuentra el fin de sus días en una muerte temprana. Dile lo que quieras a Tars Tarkas. No me puede proporcionar peor destino que el de continuar con la horrible existencia que estamos forzados a sobrellevar en esta vida.

Este violento estallido de parte de Sola sorprendió y conmovió tanto a las otras mujeres que todas quedaron en silencio y pronto se durmieron.

El episodio había verificado algo, y ese algo era la seguridad de que Sola sentía amistad hacia la pobre chica. Además me convencía de que había sido extremadamente afortunado en caer en sus manos en lugar de haberlo hecho en las de alguna de las otras mujeres. Presentía que yo le agradaba y ahora que sabía que ella odiaba la crueldad y la barbarie tenía la seguridad de que podía confiar en ella para que nos ayudara a la chica cautiva y a mí a huir, siempre, por supuesto, que tal cosa fuera posible.

Ni siquiera sabía si había un lugar mejor hacia el cual huir, pero estaba dispuesto a correr mi suerte entre gente más parecida a mí antes que permanecer entre los horribles y sanguinarios hombres verdes de Marte. Dónde ir y cómo era un enigma para mí, del mismo modo que la búsqueda de la juventud eterna lo había sido para los terráqueos desde que el mundo es mundo.

Decidí que en la primera oportunidad me confiaría a Sola y abiertamente le pediría que me ayudara. Con esta firme decisión me di vuelta entre mis sedas y dormí el sueño más tranquilo y reparador que tuve en Marte.

10

Campeón y jefe

A la mañana siguiente me puse en movimiento desde temprano. Se me había concedido una libertad considerable, ya que Sola me había dicho que mientras no intentara abandonar la ciudad era libre de ir y venir como quisiera. Me había advertido, sin embargo, contra el riesgo de salir desarmado, ya que esta ciudad, como otras metrópolis desiertas de una antigua civilización marciana, estaba poblada de aquellos inmensos simios blancos con los que me había encontrado al segundo día de mi llegada a Marte.

Al avisarme que no debía pasar la frontera de la ciudad, Sola me había explicado que Woola lo evitaría, fuera cual fuere la forma en que lo intentara; y me advirtió con más fuerza aún, que no despertara su ferocidad ignorándolo y aventurándome demasiado cerca del territorio prohibido.

Su naturaleza era tal, según me dijo, que me devolvería a la ciudad vivo o muerto si llegaba a persistir en contrariarlo. "Y preferentemente muerto", agregó.

Esa mañana había elegido una calle nueva para explorar cuando de pronto me encontré en los límites de la ciudad. Delante de mí había pequeñas colinas surcadas por estrechas e incitantes barrancas.

Tenía muchos deseos de explorar el territorio que se encontraba ante mí, y - como el linaje de exploradores del que descendía me incitaba a hacerlo- de ver qué podía descubrir más allá de las colinas que me rodeaban.

También se me ocurrió que ésa podría ser una excelente oportunidad para probar las cualidades de Woola. Estaba convencido de que la bestia me quería. Había tenido más evidencias de afecto de su parte que de cualquier otro ser marciano, humano o animal. Estaba seguro de que esa gratitud por las acciones que habían salvado su vida dos veces pesarían más sobre su lealtad que las obligaciones impuestas por un dueño cruel y desamorado.

Al acercarme a la línea de la frontera, Woola corrió ansiosamente delante de mí y con su cuerpo embistió contra mis piernas. Su expresión era más suplicante que feroz. Ni descubrió sus inmensos colmillos, ni articuló sus terroríficas advertencias guturales.

Alejado de la amistad y de la compañía de mi propia especie, había llegado a profesar un cariño considerable a Woola y Sola, ya que un ser humano normal debe tener un escape para sus afectos naturales. Decidí apelar, entonces, a un sentimiento similar en esa bestia enorme, seguro de que no me defraudaría.

Nunca le había hecho fiestas ni lo había acariciado, pero en ese momento me senté en el suelo y, poniendo mis manos sobre su grueso cuello, lo acaricié y le hablé en mi lengua marciana recientemente adquirida, como lo hubiera hecho con mi sabueso en mi casa, como le podría haber hablado a cualquier otro amigo entre los animales inferiores. Su respuesta a mis manifestaciones de afecto fue altamente positiva: abrió su boca inmensa todo lo que pudo, dejando al descubierto la totalidad de sus colmillos superiores, y frunció el hocico hasta quedar sus inmensos ojos casi escondidos detrás de sus arrugas.

Si alguno de los lectores vio alguna vez sonreír a un ovejero, podrá tener alguna idea de la transformación del rostro de Woola.

Se echó sobre el lomo y comenzó a revolcarse a mis pies, saltó y se abalanzó sobre mí y me hizo rodar por el suelo con su tremendo peso, retozando y moviendo la cola alrededor de mí como una mascota juguetona. Me presentó su lomo deseando que lo acariciara. No pude resistir la ridiculez del espectáculo y sin poderme contener me reí por primera vez desde la mañana en que Powell había abandonado el campamento y su caballo, extremadamente desacostumbrado, lo había arrojado precipitada e inesperadamente de cabeza dentro de una olla de frijoles.

Mi risa asustó a Woola. Sus travesuras cesaron y se arrastró penosamente hacia mí, apoyando su horrible cabeza sobre mis piernas. Fue entonces cuando recordé lo que significaba la risa en Marte: tortura, sufrimientos, muerte.

Tranquilizándome, acaricié la cabeza y el lomo de la pobre bestia, le hablé por unos instantes y luego en tono autoritario le ordené que me siguiera. Nos levantamos y emprendimos nuestro camino hacia las cimas.

No hubo más problemas en cuanto a quién era el amo cutre nosotros. Woola había pasado desde ese momento a ser mi devoto esclavo para siempre, y yo su indiscutible y único amo. La caminata hacia las montañas llevó poco tiempo y no encontré nada de particular que me gratificara Abundantes flores salvajes de colores brillantes y extrañamente formadas brotaban en la cañada, y desde la cima de la primera colina vi otras elevaciones que se extendían hacia el norte. Una cordillera se elevaba detrás de otra, aunque luego descubriría que sólo unas pocas cimas en todo Marte sobrepasaban los 1.300 metros de altura. La impresión de magnificencia era meramente relativa.

La caminata de la mañana había sido de gran importancia para mí, ya que había terminado en un perfecto entendimiento con Woola, a quien Tars Tarkas había asignado mi vigilancia. Ahora sabía que a pesar de estar prisionero era virtualmente libre, y me apresuré a volver a los límites de la cuidad antes que la deserción de Woola fuera descubierta por sus antiguos dueños. La aventura me había determinado a no volver a abandonar los limites prescritos de tierra que se me habían marcado hasta que estuviera listo para arriesgarme de una vez por todas, ya que eso podía terminar en una reducción de mis libertades así como en la posible muerte de Woola, si llegaban a descubrirnos.

Al regresar a la plaza tuve la tercera oportunidad de ver a la chica cautiva. Estaba parada con sus guardias delante de la entrada del recinto de audiencias, y al acercarme me dirigió una mirada arrogante y me volvió la espalda. Esa actitud era tan femenina, que a pesar de haber herido mi orgullo llenó mi corazón de un cálido sentimiento de compañerismo. Era bueno saber que alguien en Marte, además de mí, tenía instintos humanos de tipo civilizado, aun cuando su manifestación fuera tan dolorosa como mortificante.

Si alguna mujer marciana hubiera deseado demostrar disgusto o desprecio en cualquier caso, lo hubiera hecho atacando con su espada o gatillando alguna de sus armas; pero como sus sentimientos estaban, completamente atrofiados tendría que existir una seria injuria para suscitar en ella tal apasionamiento. Sola, debo agregar, era una excepción. Nunca la había visto llevar a cabo una acción

cruel o tosca, ni abandonar su constante amabilidad y buena naturaleza. Ella era exactamente como sus compañeras la habían descrito: un atavismo, un precioso y querido retroceso a un tipo originario de antepasados amantes y amados.

Observando que la prisionera parecía ser el centro de la atención, me detuve para observar qué pasaba. No tuve que esperar mucho, ya que en ese momento Lorcuas Ptomel y su séquito de caudillos se acercaron al edificio, e indicándoles a los guardias que los siguieran junto con la prisionera, todos entraron en el recinto de audiencia. Me había dado cuenta de que era en cierta forma una persona privilegiada y estaba convencido de que los guerreros no sabían de mis adelantos en el aprendizaje de su lengua, ya que le había pedido a Sola que lo guardara en secreto, aduciendo que no quería ser forzado a hablar con la gente hasta que dominara perfectamente su lenguaje.

Entonces tuve la oportunidad de entrar en el recinto de audiencia y escuchar el proceso.

El Consejo estaba sentado sobre los escalones de la tribuna, al tiempo que, debajo de ellos, estaba de pie la prisionera con sus dos guardias. Puede ver que una de las mujeres era Sarkoja. De esta forma pude entender cómo había estado presente el día anterior y había informado sobre los resultados a las ocupantes de nuestro dormitorio la noche anterior. Su actitud hacia la cautiva era excesivamente dura y brutal. Cuando la sostenía, clavaba sus uñas rudimentarias en la carne de la pobre muchacha o le sacudía el brazo en la forma más dolorosa. Cuando era necesario moverla de un lugar a otro, la sacudía rudamente o la empujaba de cabeza hacia adelante. Parecía descargar sobre la pobre e indefensa criatura todo el odio, la crueldad y el rencor de sus novecientos años, respaldados por incalculables generaciones de antepasados tan feroces y brutales como ella.

La otra mujer era menos cruel porque era completamente indiferente. Si la prisionera le hubiera sido confiada sólo a ella - y por fortuna estaba a su cargo de noche - no habría recibido ningún tipo de mal trato, pero tampoco ninguna atención.

Cuando Lorcuas Ptomel levantó la vista para dirigirse a la prisionera se encontró conmigo. Se volvió hacia Tars Tarkas con una palabra y un gesto de impaciencia. Tars Tarkas le contestó algo que no puede captar, pero que hizo sonreír a Lorcuas Ptomel. Después de esto, no me prestó más atención.

-¿Cuál es su nombre? - preguntó Lorcuas Ptomel, dirigiéndose a la prisionera.

- Dejah Thoris, hija de Mors Kajak de Helium.

-¿Y la naturaleza de tu expedición?

- Era meramente un grupo de investigación científica enviada por mi abuelo, el Jeddak de Helium, para radiagramar las corrientes de aire y hacer mediciones de la densidad atmosférica - contestó la hermosa prisionera en voz baja y bien modulada -. No estábamos preparados para una batalla – continuó -, ya que estábamos en una misión pacífica como lo indicaban nuestras banderas y el color de nuestras naves. El trabajo que estábamos llevando a cabo era tanto para nuestro beneficio como para el vuestro, ya que bien saben que si no fuera por

nuestros trabajos y por el fruto de nuestras operaciones científicas, no habría aire ni agua suficiente en Marte para permitir una sola vida. Durante años hemos mantenido la provisión de aire y agua prácticamente en el mismo nivel, sin pérdidas apreciables, y lo hemos hecho enfrentando la interferencia brutal e ignorante de vuestros hombres verdes. ¿Por qué no aprenden a vivir en armonía con sus compañeros, por qué se empeñan en seguir el camino de su extinción final con tan poca superioridad sobre las mismas bestias idiotas que los sirven? Un pueblo sin lenguaje escrito, sin arte, sin hogares, sin amor, víctimas de siglos de comunitarismo aberrante. Y al tener todo en común, aun sus mujeres y niños, han llegado al resultado de no tener nada en común. Odian a los demás como odian todo lo que no se refiera a ustedes mismos. Regresen a las costumbres de nuestros antecesores comunes, regresen a la luz de la armonía y el compañerismo. El camino les está abierto. Encontrarán las manos de los hombres rojos extendidas para ayudarlos. Juntos podremos lograr mucho más para regenerar nuestro planeta en vías de extinción. La nieta del más grande y poderoso de los Jeddaks rojos os lo propone. ¿Vendrán?

Lorcuas Ptomel y los guerreros permanecieron sentados observando silenciosa y atentamente a la joven por algunos minutos, después que ésta dejó de hablar. Ningún hombre habría podido saber qué pasaba por sus mentes, pero creo sinceramente que estaban conmovidos, y que si hubiera habido entre ellos un hombre inteligente con la suficiente fuerza como para dejar a un lado las costumbres, aquel momento hubiera marcado el comienzo de una nueva y pujante era para Marte.

Vi cómo Tars Tarkas se puso de pie para hablar y su rostro era el más expresivo que había visto en un guerrero de Marte. Reflejaba una poderosa batalla interna consigo mismo, con la herencia, con las costumbres seguidas durante años. Al abrir la boca para hablar una mirada casi de bondad y amabilidad iluminó momentáneamente su semblante feroz y terrible.

Las palabras que en ese momento debieron de haber salido de sus labios nunca llegó a pronunciarlas, ya que, justo en ese instante un joven guerrero - que evidentemente presentía el giro de los pensamientos de los más viejos - saltó de las graderías y, descargando tan soberbia bofetada en la mejilla de la frágil cautiva hasta el extremo de hacerla rodar por tierra, puso su pie sobre el cuerpo caído y volviéndose hacia el Consejo de la asamblea rompió en horribles y tristes carcajadas.

Por un instante pensé que Tars Tarkas lo mataría y que el semblante de Lorcuas Ptomel tampoco auguraba nada demasiado favorable para ese ser brutal, pero el momento pasó, sus viejas personalidades reafirmaron su ascendencia, y sonrieron. Esa era mala señal, aunque no reían fuerte, ya que la acción del guerrero constituía un chiste ingenioso de acuerdo con la moral por la que se regía el humor de los marcianos.

El que me haya detenido a describir qué ocurrió en el momento del golpe no significa que permaneciera inactivo por mucho tiempo. Creo que debo de haber presentido algo de lo que iba a ocurrir, ya que ahora me doy cuenta de que estaba

agazapado como para saltar cuando vi que el golpe se dirigía hacia su hermoso, orgulloso y suplicante rostro. Antes que la mano descendiera ya estaba a mitad de camino a través de la sala. Su horrible risa sonó escasamente una vez, cuando ya estaba sobre él.

El bruto medía cerca de cuatro metros de alto y estaba armado hasta los dientes, pero creo que podría haberme hecho cargo de todos los ocupantes del recinto en la terrible intensidad de mi ira. Saltando hacia arriba lo golpeé de pleno en la cara cuando se volvió ante mi grito de aviso. Luego sacó su espada corta y yo saqué la mía. Salté de nuevo sobre su pecho, enganchando una pierna en el extremo de su pistola y aferrando uno de sus inmensos colmillos con mi mano izquierda, mientras descargaba un golpe tras otro sobre su enorme pecho.

No podía usar su espada para tomar ventaja porque yo estaba muy cerca de él, ni podía sacar su pistola, que intentó usar en oposición a las costumbres marcianas - que dicen que no se puede luchar con un compañero guerrero, en combate privado, con otro tipo de arma que no sea el que usa el atacante -. En todo caso, no podía hacer nada más que realizar un salvaje y vano intento de desprenderse de mí. Con todo su inmenso cuerpo era muy poco más fuerte que yo, y sólo me llevó uno o dos minutos hacer que cayera al suelo sangrante y sin vida.

Dejah Thoris se había erguido apoyada sobre su codo, y observaba la batalla con ojos brillantes e inmensamente abiertos.

Cuando me puse de pie la levanté en mis brazos y la llevé hacia uno de los bancos que había al costado de la sala.

Ningún marciano intervino. Arranqué un pedazo de seda de mi capa y traté de cortar la sangre que le salía de la nariz. Tuve éxito, ya que sus lesiones se limitaban a una hemorragia nasal. Entonces, cuando pudo hablar, puso su mano sobre mi brazo y mirándome a los ojos dijo:

-¿Por qué lo hiciste? ¡Tú que me negaste hasta un saludo amistoso en el primer momento de mi trance! Y ahora arriesgas tu vida y matas a uno de tus compañeros para salvarme. No puedo comprenderlo. ¿Qué clase de hombre extraño eres, que te asocias con los hombres verdes a pesar de que tu forma es la de la gente de mi raza y tu color es apenas más oscuro que el del simio blanco? Dime, ¿eres un humano o más que humano?

- Es una historia extraña - le contesté -, demasiado larga para contarla ahora, y de la que yo mismo dudo tanto que desisto de tratar que otros lleguen a creerla. Baste decir, por ahora, que soy tu amigo, y que mientras nuestros captores nos lo permitan, seré tu protector y tu servidor.

- Entonces ¿tú también eres prisionero? Pero entonces ¿por qué esas armas y el atuendo de un caudillo Tharkiano? ¿Cuál es tu nombre? ¿Dónde queda tu país?

- Sí, Dejah Thoris, yo también soy un prisionero. Mi nombre es John Cárter y considero a Virginia, uno de los Estados Unidos de América, en la Tierra, como mi hogar. Sin embargo, no sé por qué me permiten portar armas ni estaba enterado de que mi atuendo fuese el de un caudillo.

En esta circunstancia fuimos interrumpidos por la proximidad de uno de los guerreros, portando armas, pertrechos y ornamentos. En ese instante una de las preguntas de la muchacha tuvo su respuesta y me esclareció un enigma. Vi que el cuerpo de mi enemigo muerto había sido desvestido y en la actitud a la vez amenazante y respetuosa del guerrero que me había traído estos trofeos del muerto, pude leer la misma expresión de aquel otro que me había traído mi equipo original. En ese momento, por primera vez, me di cuenta de que mi golpe - en ocasión de mi primera batalla en el recinto de audiencia- había sido mortal para mi adversario.

La razón de toda la actitud puesta de manifiesto estaba ahora en claro. Había ganado mis espolones, por así decirlo, y la cruda justicia que siempre marcaba la conducta de los marcianos y la que entre otras cosas había hecho que llamara a éste el planeta de las paradojas - me había concedido el honor propio de un conquistador. Yo era un caudillo marciano, y más tarde comprendería que ésa era la causa de mi gran libertad y de ni admisión en el recinto de audiencias.

AL darme vuelta para recibir los bienes del guerrero muerto, noté que Tars Tarkas y varios guerreros se abrían paso hacia nosotros y los ojos del primero se posaban sobre mí con una expresión sumamente extraña. Finalmente se dirigió a mí:

- Hablas la lengua de Barsoom demasiado bien para alguien que era sordo y mudo para nosotros hasta hace poco tiempo. ¿Dónde la aprendiste, John Cárter?

- Tú mismo eres responsable, Tars Tarkas – contesté -, al haberme asignado una institutriz de tanta habilidad. Debo agradecer mis conocimientos a Sola.

- Se ha desempeñado bien – contestó -, pero tu educación necesita considerable pulido en otros aspectos. ¿Sabes lo que tu temeridad sin precedentes podría haberte costado si hubieras fracasado en tu lucha a muerte con cualquiera de los dos caudillos cuyas armas ahora llevas?

- Presumo que aquel que me derrotara me hubiera matado a mí - respondí sonriendo.

- No, estás equivocado, solamente como último recurso de autodefensa un marciano mata a un prisionero. Nos gusta mantenerlos para otros propósitos - y su rostro denotó posibilidades que no eran placenteras de imaginar -. Pero una cosa te puede salvar ahora –continuó -. Si en reconocimiento de tu gran valor, ferocidad y valentía fueras considerado por Tal Hajus digno de sus servicios, podrás ser integrado a la comunidad y convertirte en un Tharkiano completo. Hasta que lleguemos a los cuarteles de Tal Hajus es la voluntad de Lorcuas Ptomel que te sea concedido el respeto al que por tus proezas te has hecho acreedor. Serás tratado por nosotros como un caudillo Tharkiano, pero no debes olvidar que cada jefe que tenga un grado mayor que el tuyo es responsable de entregarte a salvo a nuestro poderoso y feroz gobernante. He dicho.

- Te he escuchado, Tars Tarkas – contesté -. Como sabes, no soy de Barsoom. Sus costumbres no son las mías y solamente puedo actuar en el futuro como lo hice en el pasado, de acuerdo con los dictados de mi conciencia y guiado por los

hábitos de mi propia gente. Si me dejaras solo me iría en paz, pero si no, sabrás que cada Barsoomíano con el cual deba tratar respetará mis derechos como extranjero o soportará cualquier consecuencia que pueda sobrevenir. Quiero poner en claro una cosa: cualesquiera que sean vuestros designios finales para con esta desafortunada joven, si alguien la lastima o insulta en el futuro, deben saber que tendrá que rendirme cuentas a mí. Sé que desprecian todo sentimiento de generosidad o amabilidad, pero yo no, y puedo convencer al más valeroso de sus guerreros de que estas características no son incompatibles con la habilidad para luchar.

Por lo general no me permito discursos tan largos, ni nunca había recurrido hasta entonces a tal ampulosidad de términos; pero había acertado con un discurso de apertura que podía tocar el punto débil en el pecho de los marcianos. No estaba equivocado, ya que mi perorata evidentemente los impresionó profundamente y su actitud hacia mí, de allí en adelante, se hizo aun mucho más respetuosa.

El mismo Tars Tarkas parecía complacido por mi respuesta, pero su único comentario fue más o menos enigmático.

- Creo que conozco a Tal Hajus, Jeddak de Thark.

Volví mi atención hacia Dejah Thoris, y ayudándola a ponerse de pie nos volvimos hacia la salida, ignorando el revuelo de arpías que vigilaban a la muchacha así como las miradas inquisidoras de los caudillos. ¿Acaso yo no era ahora un caudillo, también? Pues bien, entonces podía asumir las responsabilidades de ellos. No nos molestaron y, así, Dejah Thoris, princesa de Helium, y John Cárter, caballero de Virginia, seguidos por el leal Woola, salimos en total silencio del recinto de audiencia del Jed Lorcuas Ptomel entre los Tharkianos de Barsoom.

11

Dejah Thoris

Al llegar a la puerta, las dos mujeres guardianas a las que se había ordenado que vigilaran a Dejah Thoris se apresuraron e hicieron como si asumieran su custodia una vez más. La pobre muchacha sé, acurrucó contra mí y sentí que sus dos pequeñas manos se aferraban a mis brazos. Aparté a las mujeres y les informé que en lo sucesivo Sola atendería a la cautiva, y después le advertí a Sarkoja que si infería algún daño con sus crueles actitudes a Dejah Thoris, acabaría con una muerte repentina y dolorosa.

Mi amenaza fue desafortunada y resultó más hiriente que buena para Dejah Thoris, ya que después sabría que los hombres no matan a las mujeres en Marte, ni las mujeres a los hombres. Por lo tanto, Sarkoja meramente nos dirigió una horrible mirada y partió a tramar maldades contra nosotros.

Pronto encontré a Sola y le expliqué que deseaba que cuidara a Dejah Thoris como me había cuidado a mí, y que le encontrara otra vivienda donde no fuera molestada por Sarkoja. Por último le informé que yo mismo tomaría mi cuarto entre los hombres.

Sola miró los pertrechos que llevaba en mi mano y que pendían de mi hombro.

- Eres un gran caudillo ahora, John Cárter - me dijo -. Debo cumplir tus órdenes, aunque me siento sumamente feliz de hacerlo bajo cualquier circunstancia. El hombre cuyas armas llevas era joven, pero un gran guerrero, y había ganado por sus adelantos y muertes un rango cercano al de Tars Tarkas quien, como sabes, es el que le sigue a Lorcuas Ptomel. Tú eres el undécimo, y no hay más que diez caudillos que te superan en valentía.

-¿Y si matara a Lorcuas Ptomel? - pregunté.

- Serías el primero, John Cárter, pero solamente podrías ganar el honor de que Lorcuas Ptomel te presentara combate si ésa fuera la voluntad del Consejo entero o si te llegara a atacar él. Le puedes matar en defensa propia y así ganar el primer lugar.

Me reí y cambié de tema. No tenía ningún deseo en especial de matar a Lorcuas Ptomel y menos aún de ser un Jed entre los Tharkianos.

Acompañé a Sola y Dejah Thoris en su búsqueda de nueva vivienda, que encontramos en un edificio cercano al recinto de audiencia y de arquitectura más suntuosa que nuestra primera habitación. También encontramos en ese edificio verdaderos dormitorios con camas antiguas, de metal muy labrado y suspendidas de enormes cadenas de oro que pendían del techo de mármol.

Los decorados de las paredes eran más elaborados y. a diferencia de los frescos que había visto en los otros edificios, había muchas figuras humanas en su composición. Esas figuras eran de personas iguales que yo y de un color mucho más claro que el de Dejah Thoris. Estaban vestidas con túnicas graciosas y livianas y excesivamente adornadas con metales y joyas. Su cabello era de un hermoso dorado y rojo cobrizo. Los hombres eran lampiños y sólo unos pocos llevaban armas. La mayoría de las escenas representaban las diversiones de un pueblo rubio y de tez clara.

Dejah Thoris aplaudió con una exclamación de arrobamiento mientras observaba esas magníficas obras de arte, realizadas por pueblos extinguidos mucho tiempo atrás. Sola en cambio, parecía no haberlas visto. Decidimos destinar esa habitación del segundo piso, que daba a la plaza, para Dejah Thoris y Sola. y otra habitación lindera, en la parte de atrás, para la cocina y las provisiones. Luego envié a Sola para que trajera la ropa de cama y toda la comida y utensilios que fueran necesarios, diciéndole que cuidaría de Dejah Thoris hasta su regreso.

Cuando Sola partió, Dejah Thoris se volvió hacia mí con tina tenue sonrisa.

-¿Y para qué habría de escapar tu prisionera si la dejaras sola, si no fuera para seguirte y pedirte humildemente tu protección y tu perdón por los crueles pensamientos que ha abrigado contra ti estos días pasados?

- Tienes razón - le contesté -. No hay escapatoria para ninguno de nosotros, a menos que lo hagamos juntos.

- Escuché tu desafío a esa criatura que llamas Tars Tarkas y creo comprender tu posición entre esta gente, pero lo que no pude desentrañar es tu afirmación de que no eres de Barsoom. En nombre de mi primer antecesor, entonces, ¿de

dónde puedes ser? Eres como mi gente y, a pesar de ello, ¡tan diferente! Hablas mi idioma, pero escuché que le decías a Tars Tarkas que lo habías aprendido recientemente. Todos los Barsoomianos hablamos la misma lengua desde el polo sur al polo norte, aunque nuestro lenguaje escrito sea diferente. Solamente en el valle Dor, donde el río Iss vierte sus aguas en el mar perdido de Korus; se supone que se habla un lenguaje diferente, y. excepto en las leyendas de nuestros antecesores, no hay testimonios de un Barsoomiano que regresara del río Iss, de las riberas del Korus en el valle de Dor. ¡No me digas que has regresado! ¡Te matarían de la manera más horrible en cualquier parte de la superficie de Barsoom si eso fuera cierto! ¡Dime que no! ¡Dime que no lo es!

Sus ojos brillaban con una luz extraña y misteriosa; su voz suplicante y sus pequeñas manos se posaron sobre mi pecho y lo oprimían como queriendo arrancar una negación de lo más profundo de mi corazón.

- No conozco tus costumbres, Dejah Thoris, pero en Virginia, mi tierra, un caballero no miente para salvarse a sí mismo. No soy de Dor. Nunca he visto el misterioso Iss, y el mar perdido de Korus permanece aún perdido, al menos para mí. ¿Me crees?

En ese momento, repentinamente se me ocurrió que mostraba demasiada ansiedad en mi deseo de que me creyera. No es que temiera qué pudiera resultar si se llegaba a creer que había regresado del paraíso o del infierno Barsoomiano, o lo que fuera. ¿Por qué era así, entonces? ¿Por qué me importaría tanto lo que pensara? La observé, su hermoso rostro elevado hacia mi y sus maravillosos ojos descubriéndome las profundidades de su alma. Cuando mis ojos encontraron los suyos descubrí el porqué y me estremecí.

Una oleada de sentimientos similares parecía agitarla. Se apartó de mí con un suspiro y susurro:

- Te creo, John Carter. No sé qué significa "caballero", ni nunca había oído hablar de Virginia; pero en Barsoom, ningún hombre miente si no quiere decir la verdad, simplemente guarda silencio. ¿Dónde queda ese país tuyo, Virginia, John Carter? - me preguntó. Me pareció que el hermoso nombre de mi bella tierra jamás había sonado tan bonito como al salir de esos labios perfectos.

- Soy de otro mundo - le contesté -. Del gran planeta Tierra, que gira alrededor de nuestro Sol común y está cercano a la órbita de tu Barsoom, que nosotros conocemos como Marte.

No puedo decirte cómo llegué hasta aquí porque no lo sé; pero aquí estoy, y desde el momento en que esto me permite servir a Dejah Thoris, soy feliz de estar aquí.

Me miró largamente, con ojos confundidos e interrogantes. Sabía perfectamente que era difícil de creer mi afirmación y no podía esperar que la creyera a pesar de lo mucho que anhelaba su confianza y respeto. Hubiera sido mejor que no le contara nada de mis antecedentes, pero ningún hombre podría mirar en la profundidad de esos ojos y rehusar al más mínimo deseo de su dueña. Por último sonrió y levantándose dijo:

- Tendré que creerte aun cuando no pueda entender. Puedo darme cuenta fácilmente de que no perteneces a los actuales Barsoomianos; eres como nosotros, aunque diferente. Pero ¿por qué habría de romper mi pobre cabeza con tal problema, cuando mi corazón me dice que creo porque quiero creer?

Era un buen razonamiento, basado en una buena lógica femenina humana, y si a ella le satisfacía, por cierto que no podía dejar de sentirme yo también satisfecho. Para el caso, era el único tipo de lógica que podía ayudar a dominar mi problema. Luego caímos en una conversación sobre diversos asuntos, preguntándonos y contestándonos muchas cosas el uno al otro.

Ella tenía curiosidad por saber las costumbres de mi gente y mostró un gran conocimiento sobre las cosas de la Tierra.

Cuando le pregunté acerca de esa evidente familiaridad, se rió y exclamó:

- Bueno, todo estudiante en Barsoom conoce la geografía, la fauna y la flora así como la historia de tu planeta como la del propio. ¿No podemos ver todo lo que sucede en la Tierra, como tú la llamas? ¿No está suspendida aquí, en el cielo, a plena vista?

Debo confesar que eso me desconcertó tan completamente como mis argumentos la habían confundido a ella. Así se lo dije. Entonces me habló en general de los instrumentos que su gente había usado y perfeccionado durante mucho tiempo. Eran instrumentos que les permitían proyectar sobre una pantalla una imagen perfecta de lo que estaba sucediendo sobre cualquier planeta y sobre la mayoría de las estrellas. Esas películas eran tan perfectas en sus detalles que, al ampliarlas, hasta los objetos no mayores que una hoja de pasto podían distinguirse con toda facilidad. Más tarde, en Helium, vi muchas de esas películas, así como los instrumentos que las producían.

- Si estás entonces tan familiarizada con las cosas de la Tierra – pregunté -, ¿por qué no me reconociste como idéntico a los habitantes de mi planeta?

De nuevo sonrió como uno podría hacerlo indulgentemente ante una pregunta de un niño

Porque. John Carter, casi todos los planetas v estrellas tienen condiciones atmosféricas parecidas a las de Barsoom y manifiestan normas de vida animal casi idénticas a la tuya y a la más aún, los terráqueos, casi sin excepción, cubren sus cuerpos con extrañas y horribles prendas de vestir y sus cabezas con tremendos artefactos cuyo propósito no hemos sido capaces de entender. Cuando fuiste encontrado por los guerreros Tharkianos, estabas completamente desnudo y sin adornos. El hecho de que no llevaras ornamentos es una prueba indiscutible de tu origen no Barsoomiano, al tiempo que la ausencia de una vestimenta grotesca podría suscitar dudas acerca de que procedieras de la Tierra.

Entonces le conté los detalles de mi partida de la Tierra, explicándole que allí mi cuerpo yacía completamente vestido con lo que, para ella, eran extraños adornos de los terráqueos. En ese momento Sola regresó con nuestras escasas pertenencias y su joven protegido marciano, quien por supuesto tendría que compartir las habitaciones con ellas.

Sola nos preguntó si habíamos tenido alguna visita su ausencia y pareció muy sorprendida cuando le contesté que no. Al parecer cuando ella iba subiendo hacia los superiores, donde se encontraban nuestros cuartos, se había encontrado con Sarkoja, quien iba descendiendo. Supusimos había estado escuchando detrás de la puerta, pero como no creíamos que nada de importancia había pasado entre nosotros, descartamos el problema, pero comprometiéndonos a ser precavidos en el futuro.

Luego Dejah Thoris y yo nos pusimos a observar la pintura y los decorados de los hermosos recintos de los aposentos que ocupábamos. Ella me explicó que esas personas habían vivido hacía más de cien mil años. Eran los fundadores de su raza pero se habían mezclado con otra gran raza de los primeros marcianos, que eran muy oscuros, casi negros, y también los amarillos rojizos que habían vivido en esa época.

Esas tres grandes divisiones de los marcianos superiores habían formado una alianza poderosa, cuando, al secarse los mares de Marte, se habían visto forzados a buscar las áreas fértiles relativamente escasas y siempre en disminución, y a defenderse bajo nuevas condiciones de vida, contra las hordas salvajes los hombres verdes.

Años de amistad y de uniones entre ellos habían dado como resultado la raza roja de la que Dejah Thoris era una bella y delicada exponente. Durante los años de privaciones e incesantes guerras entre sus propias razas, así como con los hombres verdes, y antes que se adaptaran a las nuevas condiciones, muchas de las altas civilizaciones *y* muchas de las obras de los marcianos de cabellos rubios se habían perdido. Pero la actual raza roja había llegado a un punto en el que sentía que se había compensado con nuevos descubrimientos y una nueva civilización más práctica, por todo lo que yacía irrecuperablemente enterrado con los antiguos Barsoomianos debajo de las incontables centurias intermedias.

Aquellos antiguos marcianos habían sido una raza de elevada cultura e ilustración, Pero durante las vicisitudes de los años en que habían tratado de adaptarse a las nuevas condiciones, no solamente cesó por completo su avance y producción, sino que prácticamente todos sus archivos, testimonios y literatura se perdieron.

Dejah Thoris contó cosas interesantes y leyendas concernientes a esta raza perdida de gente noble y amable. Dijo que la ciudad en la que estábamos acampando parecía haber sido un centro de comercio y cultura conocido como Korad. Había sido construida sobre un hermoso puerto natural, cercado por magníficas montañas. El pequeño valle del lado oeste de la ciudad, según me explicó, era todo lo que quedaba del puerto, mientras que el paso entre las montañas, que conducía hacia el viejo seno del mar, había sido el canal a través del cual la navegación llegaba a las entradas de la ciudad. Las riberas de los antiguos mares estaban ocupadas por tales ciudades y se encontraban Otras menores, en número decreciente más hacia el centro de los océanos, ya que la gente se vio en la necesidad de seguir el cauce de las aguas, hasta que la necesidad los llevó a su última posibilidad de salvación: los llamados canales marcianos.

Habíamos estado tan absortos en la exploración del edificio Y en nuestra conversación que no fue hasta muy avanzada la tarde cuando nos dimos cuenta de ello.

Nos volvió a la realidad un mensajero, portador de una citación de Lorcuas Ptomel, con el pedido de que me presentara ante él inmediatamente. Me despedí, pues, de Dejah Thoris y de Sola, y ordenando a Woola que se quedara cuidándolas, me apresuré a dirigirme hacia el recinto de audiencias, donde encontré a Lorcuas Ptomel y Tars Tarkas sentados en la tribuna.

12

Un prisionero poderoso

Al entrar y saludar, Lorcuas Ptomel me indicó que avanzara, y clavando sus inmensos y horribles ojos en mi, me habló de este modo:

Estás con nosotros desde hace unos días y no obstante, durante ese tiempo has ganado por tu valentía una alta posición entre nosotros, hagamos las cosas como es debido- No eres uno de nosotros y por ende no nos debes ninguna lealtad. Lo tuyo es una posición peculiar. Eres un prisionero y aun así das órdenes que deben ser obedecidas. Eres un extraño y aun así eres un caudillo Tharkiano. Eres un hombre menudo y aun así puedes matar a un poderoso guerrero de un puñetazo. Y ahora se nos informa que estás planeando escapar con una prisionera de otra raza. Una prisionera que, según dice, cree en parte que has regresado del valle Dor. Cualquiera de esas dos acusaciones, si son probadas, podrían ser suficientes para tu ejecución, pero somos personas justas y tendrás un juicio a nuestro regreso a Thark, si Tal Hajus así lo ordena. Pero continuó con un tono gutural y feroz - si te escapas con la muchacha roja, soy yo el que tendrá que rendirle cuentas a Tal Hajus. Soy yo el que tendrá que enfrentar a Tars Tarkas Y demostrarle mi capacidad para el mando. Si no, las armas de mi cuerpo muerto pasarán a manos de un hombre mejor, esa es la costumbre de los Tharkianos. Nunca he peleado con Tars Tarkas. Juntos ejercemos el gobierno de la más grande de las comunidades menores de los hombres verdes. No vamos luchar entre nosotros mismos, y por lo tanto seria feliz, estuvieras muerto. John Carter. Sin embargo, solamente bajo dos condiciones, te podemos matar sin las órdenes de Tal Hajus: combate personal, en defensa propia, si nos atacaras, o si llegaras a ser sorprendido en un intento de fuga. En honor a la justicia debo advertirte que solamente esperamos una de esas dos causas para deshacernos de tan enorme re$_5$ponsabilidad. Es importante que llevemos a salvo a Dejah Thoris ante Tal Hajus. Hace más de cien años que los Tharkianos no tienen una cautiva de tanta importancia. Ella es la nieta del más importante Jeddak de la raza roja, que es también nuestro más encarnizado enemigo. He dicho. La muchacha roja nos dijo que estamos desprovistos de los más sutiles sentimientos de humanidad, pero somos una raza justa y realista. Te puedes ir.

Volviéndome, abandoné el recinto de audiencias. ¡Entonces éste era el principio de la persecución de Sarkoja! Sabía que nadie más podía ser responsable de ese informe que había llegado a oídos de Lorcuas Ptomel con tanta rapidez. En ese

momento recordé la parte de nuestra conversación en la que habíamos hablado sobre la fuga y mi origen.

Sarkoja era en ese momento la mujer más vieja y de mayor confianza de Tars Tarkas. Como tal, era un poder detrás del trono, ya que ningún guerrero gozaba de la confianza de Lorcuas Ptomel en la misma medida que su habilísimo lugarteniente Tars Tarkas. Sin embargo, en lugar de alejar de mi mente los pensamientos de una posible fuga, esa audiencia con Lorcuas Ptomel sólo sirvió para centrar todas mis facultades en tal asunto. Ahora, más que antes, la imperiosa necesidad de escapar, al menos en cuanto a Dejah Thoris se refería, estaba grabada en mí, ya que tenía la convicción de que le esperaba un destino horrible en los cuarteles de Tal Hajus. Como Sola había dicho, ese monstruo era la personificación máxima de todas las épocas de crueldad, ferocidad y 4'rutalidad de las que descendía. Frío, astuto, calculador, también era, en marcado contraste con 1a mayoría de sus congéneres, esclavo de una pasión lujuriosa que las menguantes necesidades de procreación de su planeta moribundo casi habían apagado en el pecho de los marcianos.

La sola idea de que la divina Dejah Thoris pudiera caer en las garras de tan insondable atavismo, hizo que me empezara a correr una fría transpiración por el cuerpo. Sería mejor que guardáramos unas balas para nosotros, en última instancia, como lo hacían aquellas bravías mujeres de las fronteras de mi tierra querida, quienes se quitaban la vida antes de caer en manos de los salvajes pieles rojas.

Mientras vagaba por la plaza, perdido en mis sombríos pensamientos, se me acercó Tars Tarkas, camino del recinto de la audiencia. Su conducta hacia mí no había cambiado v me saludó corno si no nos hubiéramos separado unos minutos antes.

¿Dónde están tus habitaciones, John Carter? - me preguntó. Todavía no lo he decidido - le contesté -. No sé si tomar mi propio cuarto o uno entre los guerreros. Estaba esperando una oportunidad para pedirte consejo. Como sabes - dije sonriendo - aún no estoy familiarizado con todas las costumbres de los Tharkianos.

Ven conmigo - me indicó, y juntos nos acercamos, cruzando la plaza, a un edificio. Me complací al verificar que era el lindero que ocupaban Sola y las personas a su cargo.

- Mis habitaciones están en el primer piso de este edificio - me dijo- y el segundo está también completamente ocupado por guerreros, pero el tercer piso y los de más arriba están vacíos - puedes elegir entre ellos. Entiendo que has dejado a tu mujer a la prisionera roja. Bien -, como has dicho, tus costumbres no son las nuestras, y peleas lo suficientemente bien como para hacer lo que te plazca. Por lo tanto, dar tu mujer a una cautiva es asunto tuyo; pero como caudillo que eres deberías tener algunas para que te sirvan. De acuerdo con nuestras costumbres puedes elegir una o todas las mujeres de las reservas de los caudillos cuyas armas ahora llevas.

Le agradecí y le aseguré que podría desenvolverme muy bien sin asistencia, salvo en lo tocante a la cocina. Entonces me prometió enviarme mujeres con este propósito y también para el cuidado de mis armas y la producción de mis municiones que, según dijo, podrían ser necesarias. Le sugerí que también podrían traer algunas de las sedas y pieles de cama, que me pertenecían como botín de mi combate, ya que las noches eran frías y no tenía ninguna de mi propiedad.

Me prometió hacerlo y se marchó. Al quedar solo, subí por el sinuoso corredor hacia los pisos superiores en busca de cuartos convenientes. Las bellezas de los otros edificios se repetían en éste, y, como era común, pronto me perdí en una expedición de investigación y descubrimientos.

Por último elegí un cuarto en la parte de adelante del tercer piso, ya que así estaría más cerca de Dejah Thoris, cuyas habitaciones estaban en el segundo piso del edificio lindero, y porque se me ocurrió que podría idear algún medio de comunicación por el cual ella pudiera avisarme en caso de necesitar mis servicios o mi protección.

Al lado de mi dormitorio había baños, cuartos de vestir y salas de estar; en total había unas diez habitaciones en el piso Las ventanas de las piezas traseras daban a un patio enorme que ocupaba el centro del cuadrado delimitado por los edificios que daban a las cuatro calles contiguas. Este patio había sido destinado a las casillas de los varios animales pertenecientes a los guerreros que ocupaban los edificios linderos.

Si bien el patio estaba completamente cubierto por la vegetación amarilla; semejante al musgo, que cubría casi toda la superficie de Marte, numerosas fuentes, estatuas, bancos y pérgolas testimoniaban aún la belleza que el patio debió de haber presentado en épocas pasadas, cuando pertenecía a aquella gente rubia y sonriente a quienes las inalterables y severas leyes cósmicas habían alejado no solamente de sus hogares, sino de todo lo que no fuera las leyendas de sus descendientes.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por la llegada de varias mujeres jóvenes que llevaban cantidades de armas, sedas, pieles, joyas, utensilios de cocina y toneles de comida y bebida, además de gran parte del botín de la nave espacial. Todo esto, según parecía, había sido de propiedad de los dos caudillos que había matado, y ahora, según las costumbres de los Tharkianos, habían pasado a mi poder. Les ordené que colocaran las cosas en una de las habitaciones traseras y luego se fueron, pero para regresar con una segunda carga, que según me advirtieron, constituía el resto de mis bienes. En el segundo viaje vinieron acompañadas por otras diez o quince mujeres y jóvenes, quienes al parecer formaban las reservas de los dos caudillos.

No eran sus familias, ni sus esposas, ni sus sirvientes: la relación era tan peculiar y tan diferente de toda relación conocida por nosotros, que es muy difícil de describir. Todos los bienes, entre los marcianos verdes, eran de propiedad común de la colectividad, excepto las armas personales, los ornamentos y las sedas y pieles para dormir. Solamente sobre eso, uno puede reclamar derechos

indiscutibles, y no se puede acumular más de lo requerido para las necesidades reales. El exceso se retenía simplemente en custodia y se le pasaba a los miembros más jóvenes de la comunidad de acuerdo con sus necesidades.

La mujer y los niños de la reserva de un hombre se pueden comparar, con una unidad militar de la cual se es responsable en varios sentidos, como por ejemplo en asuntos de instrucción, disciplina, sustento y exigencias de su permanente deambular y de sus interminables luchas con otras comunidades y con los marcianos rojos. Sus mujeres no son de ninguna forma sus esposas. Los marcianos verdes no usan una palabra correspondiente en significado a esa palabra humana. Su apareamiento es solamente una cuestión de interés comunitario y se organiza sin tener en cuenta la selección natural. El consejo de caudillos de cada comunidad controla el asunto con la misma precisión que el dueño de un *stud* de caballos de carrera de Kentucky dirige la crianza científica de su raza para el mejoramiento del conjunto.

En teoría puede sonar bien, como por lo general sucede con las teorías.- pero los resultados de los años de esta práctica antinatural - adecuada a los intereses de la comunidad en la descendencia, que se consideran superiores a los de la madre- se evidencian en esas frías y crueles criaturas y en sus sombrías existencias, tristes y sin amor.

Es verdad que los marcianos son absolutamente virtuosos, ya sean hombres o mujeres, con la excepción de algunos degenerados como Tal Hajus, pero es muy preferible el más delicado equilibrio de las características humanas, aun a expensas de una leve y ocasional pérdida de la castidad.

Dándome cuenta de que debía asumir la responsabilidad de estas criaturas, lo quisiera o no, lo hice lo mejor que pude y les indiqué que buscaran cuartos en los pisos superiores, pero que me dejaran el tercero a mí. A una de las muchachas le encargué el trabajo de mi simple cocina e indiqué a las otras que se hicieran cargo de las demás actividades que antes constituían su ocupación. De allí en adelante las volví a ver poco y tampoco me preocupé por verlas.

13

Galanteo en Marte

Después de la batalla con las naves espaciales, la comunidad permaneció dentro de los límites de la ciudad durante varios días, postergando el regreso a casa hasta sentirse razonablemente seguros de que aquéllas no regresarían, ya que el hecho de ser atacados en un espacio abierto, con una caravana de carros y niños, estaba lejos, incluso, de los deseos de personas tan aficionadas a la guerra como los marcianos verdes.

Durante nuestro período de inactividad Tars Tarkas me había instruido en varias de las costumbres y artes de la guerra propias de los Tharkianos, sin omitir las lecciones de hipismo y conducción de las bestias que llevaban los guerreros. Estas criaturas, que son conocidas como *doats,* eran tan malignas y peligrosas como sus dueños, pero una vez domadas eran lo suficientemente tratables para

los propósitos de los marcianos verdes. Había heredado dos de esos animales de los guerreros cuyas armas llevaba, y en poco tiempo los pude dominar bastante, tanto como los guerreros nativos. El método no era en absoluto complicado. Si los *doats* no respondían con suficiente celeridad a las instrucciones telepáticas de sus jinetes, se les asestaba un terrible golpe entre las orejas con la culata de una pistola; y si oponían pelea, se seguía con ese tratamiento hasta que las bestias eran domadas o arrojaban de la montura a sus jinetes.

En el segundo de los casos la cuestión se convertía en un problema de vida o muerte para el hombre y la bestia. Si el hombre era lo suficientemente rápido con su pistola podía vivir para montar de nuevo, aunque sobre otra bestia; si no, su cuerpo desgarrado y mutilado era recogido por sus mujeres e incinerado de acuerdo con las costumbres Tharkianas.

Mi experiencia con Woola me determinó á intentar el experimento de la amabilidad en mi trato con los *doats.* Primero les demostré que no me podían desmontar y luego les di un golpe seco entre sus orejas para dejar sentada mi autoridad y poderío. Entonces, gradualmente gané su confianza en forma muy similar a la que había adoptado incontables veces con mis monturas terrestres. Siempre tuve buena mano con los animales, y tanto por inclinación como por los resultados satisfactorios y duraderos que traía aparejados, siempre era gentil y humano para tratarlos. Podía terminar con una vida humana, de ser necesario, con mucho menos remordimiento que si se tratara de una pobre bestia, irracional e irresponsable:

Al cabo de unos días, mis *doats* eran la maravilla de toda la comunidad: me seguían como perros, frotando sus enormes hocicos contra mi cuerpo en torpe demostración de afecto, y obedecían todas mis órdenes con una presteza y docilidad que causó que los guerreros marcianos me atribuyeran la posesión de alguna fuerza humana desconocida en Marte.

-¿Cómo has hecho para hechizarlos? me preguntó Tars Tarkas una tarde, al ver que introducía una mano entre las inmensas mandíbulas de uno de mis *doats* que se había atravesado una piedra entre los dientes mientras comía

- Con bondad - le contesté -. Como ves, Tars Tarkas, los más delicados sentimientos tienen su valor, aun para un guerrero. Tanto en plena batalla como en las cabalgatas, sé que mis *doats* obedecerán cada orden mía. Por ende, mi capacidad de lucha es mayor, porque soy un amo bondadoso. Sería más conveniente para todos tus guerreros y para la comunidad sí se adoptaran mis métodos en este aspecto. Hace pocos días tú mismo me dijiste que estas enormes bestias, por la inestabilidad de su temperamento, solían ser la razón de que las victorias se trocaran en fracasos, ya que, en el momento crucial, podían desmontar y hacer pedazos a sus jinetes.

- Enséñame cómo llegas a estos resultados – fue la única respuesta de Tars Tarkas.

Entonces le expliqué, tan cuidadosamente como pude, el método completo de adiestramiento que había adoptado con mis bestias, y más tarde hizo que lo repitiera ante Lorcuas Ptomel y los guerreros reunidos en asamblea Ese momento

marcó el comienzo de una nueva existencia para lo. Pobres *doats,* antes de abandonar la comunidad de Lorcuas Ptomel tuve la satisfacción de observar un regimiento de monturas dóciles y manejables. Los efectos sobre la precisión y celeridad de los movimientos militares fueron tan considerables que Lorcuas Ptomel me obsequió con una ajorca de oro macizo que se quitó de la pierna, en señal de reconocimiento por los servicios prestados a la horda.

Al séptimo día de la batalla con la escuadrilla aérea empezamos de nuevo la marcha hacia Thark, pues Lorcuas Ptomel consideraba remota toda posibilidad de ataque. Durante los días anteriores a nuestra partida vi poco a Dejah Thoris, ya que estaba muy ocupado con las lecciones de Tars Tarkas sobre el arte de la guerra de los marcianos y en el entrenamiento de mis *doats.* Las pocas veces que visité sus habitaciones ella estaba ausente, caminando por las calles con Sola u observando los edificios en las vecindades de la plaza. Les había advertido acerca del peligro que corrían si se alejaban de ésta, por temor a los enormes simios blancos a cuya ferocidad estaba bastante acostumbrado. Sin embargo, como Woola las acompañaba en todas sus excursiones y Sola estaba bien armada, había relativamente pocas razones para temer.

La noche anterior a nuestra partida las vi acercarse desde el Este por la gran avenida que conducía a la plaza. Me adelanté hacia ellas, y luego de decirle a Sola que tomaría bajo mi responsabilidad la seguridad de Dejah Thoris hice que regresara a sus habitaciones so pretexto de una diligencia trivial. Me gustaba Sola y confiaba en ella; pero por alguna razón deseaba estar a solas con Dejah Thoris, quien representaba para mí todo lo que había dejado atrás en la Tierra, en cuanto a un compañerismo agradable y de mutuas coincidencias. Entre nosotros existían vínculos tan firmes de interés recíproco, que parecía que habíamos nacido bajo el mismo techo en lugar de haber visto la luz en planetas diferentes, suspendidos en el espacio a casi 78.000.000 de kilómetros de distancia.

Estaba seguro de que, en ese sentido, ella compartía mis sentimientos, ya que con mi llegada la mirada de triste desesperanza desapareció de su hermoso semblante para dar lugar a una sonrisa de alegre bienvenida, cuando colocó su pequeña mano derecha sobre mi hombro izquierdo en un sincero saludo a la manera de los marcianos rojos.

- Sarkoja le dijo a Sola que te has convertido en un verdadero Tharkiano - me comentó y que ahora no podré verte más de lo que veo a los otros guerreros.

- Sarkoja es una mentirosa número uno, aun cuando los Tharkianos sostengan con orgullo que siempre dicen la verdad absoluta.

Dejah Thoris sonrió.

- Sabía que aunque llegaras a incorporarte a la comunidad no dejarías de ser mi amigo. "Un guerrero puede cambiar sus armas, pero no su corazón" como se dice en Barsoom. Creo que han tratado de mantenernos separados, porque cada vez que has estado franco de servicio, alguna de las mujeres más viejas de la reserva de Tars Tarkas se las ha arreglado siempre para maquinar una excusa para mantenernos a Sola y a mí fuera de tu alcance. Me han tenido en la fosa, debajo de los edificios, ayudándoles a mezclar sus horribles polvos radiactivos y elaborar

sus terribles proyectiles. Ya sabes que éstos se deben hacer con luz artificial, ya que la exposición a la luz solar siempre provoca una explosión. ¿Te has dado cuenta de que sus balas explotan cuando chocan contra objetos? Su cubierta exterior opaca se rompe por el impacto y deja al descubierto un cilindro de vidrio, casi siempre sólido, en cuyo extremo anterior hay tina diminuta partícula de polvo radiactivo. En el momento en que la luz solar, aunque sea leve, golpea contra el polvo, éste explota con una violencia enorme. Si alguna vez eres testigo de una batalla nocturna, podrás notar que no se producen esas explosiones, mientras que a la mañana siguiente, al alba, se oyen fuertes detonaciones a causa de los proyectiles explosivos disparados por la noche. Sin embargo, es regla no utilizar proyectiles explosivos de noche.

- ¿Has sido alguna vez objeto de crueldad y vejaciones de parte de ellos, Dejah Thoris? - le pregunté, sintiendo que la sangre de mis antepasados guerreros corría hirviendo por mis venas mientras esperaba su respuesta.

- Sólo en cosas pequeñas, John Carter - me contestó -. Nada que hiriera mi orgullo. Saben que soy descendiente de los diez mil Jeddaks, que a lo largo de todo mi árbol genealógico no hay un solo hueco desde sus primeras fuentes. Ellos, que no saben siquiera quiénes son sus propias madres, tienen celos de mí. En el fondo, odian sus horribles destinos y por lo tanto descargan sus mezquinos rencores en mí, que represento todo lo que no tienen y lo que más ansían y nunca podrán poseer. Tengámosles lástima, mi caudillo; y que aun cuando muramos a manos de ellos, seamos capaces de tenerles lástima, desde el momento que son los superiores a ellos, como ellos saben.

De haber sabido cl significado de las palabras - mi caudillo - expresadas por una mujer roja de Marte a un hombre, me hubiera llevado la sorpresa de mi vida, pero en ese momento no lo sabía, ni lo sabría en muchos meses. Aun tenía mucho que aprender en Barsoom.

- Creo que lo más sabio sería soportar nuestra suerte con el mejor ánimo posible, Dejah Thoris. Pero a pesar de todo espero estar presente la próxima vez que cualquier marciano verde, rojo, rosa o violeta tenga la valentía siquiera de mirarte mal, mi princesa.

Dejah Thoris contuvo el aliento cuando pronuncié las ultimas palabras y me miró con los ojos dilatados y el corazón palpitante. Luego, con una extraña sonrisa que formó pícaros hoyuelos en los extremos de su boca, movió la cabeza y exclamó:

- ¡Qué niño! Un gran guerrero y aun así un niño que todavía no sabe caminar.

-¿Qué he hecho ahora? - exclamé perplejo.

- Algún día lo sabrás, John Carter, si vivimos. Pero ahora no te lo puedo decir. Y yo, la hija de Mors Kajak, hijo de Tardos Mors, he escuchado sin enojo - concluyó.

Luego volvió a su estado de ánimo alegre, feliz y sonriente, y me hizo bromas sobre mi valentía de guerrero Tharkiano que contrastaba con mi blando corazón y mi gentileza natural.

- Creo que si accidentalmente llegaras a herir a un enemigo, lo llevarías contigo a tu casa y le harías de enfermero hasta que se curara - sonrió.

- Eso es precisamente lo que hacemos en la Tierra - contesté -, al menos entre personas civilizadas.

Esto la hizo reír de nuevo. No lo podía entender, ya que a pesar de toda su ternura y dulzura femeninas, aún era una marciana, y para los marcianos el único enemigo bueno era el enemigo muerto, pues cada enemigo muerto significaba mucho más para repartir entre los que quedaban vivos.

Yo tenía mucha curiosidad por saber qué le había dicho o hecho para causarle tal perturbación unos momentos antes, de modo que seguí insistiendo para que me lo dijera.

- No - exclamó -; es suficiente conque lo hayas dicho y lo haya escuchado. Y cuando lo sepas, y si yo llego a estar muerta - como es muy probable que esté antes que la luna más lejana haya girado en torno de Barsoom Otras 12 veces, recuerda que lo escuché y que sonreí

Me parecía que estaba hablando en chino, pero cuanto más le pedía que me explicara, más se negaba a contestarme. De manera que, con mucho desaliento, desistí de mi intento.

Se había hecho de noche mientras vagábamos por la gran avenida iluminada por las dos lunas de Barsoom y por la Tierra que nos contemplaba con su gran ojo verde y encendido. Parecía que estábamos solos en todo el universo y yo, al menos, estaba complacido de que así fuera.

Como el frío de la noche marciana caía sobre nosotros, me quité mis sedas y 1a5 eché sobre los hombros de Dejah Thoris.

Cuando mi brazo descansó por un instante sobre ella sentí que se estremecían todas las fibras de mi ser de un modo que ningún contacto con otro mortal había suscitado jamás. Me pareció que ella se había apoyado en mí suavemente, pero no podía estar seguro de ello. Solamente supe que cuando mi brazo se posó allí, sobre sus hombros, un instante más del tiempo necesario para colocarle las sedas, no se alejó ni habló Así, en silencio, caminamos sobre la superficie de un mundo que se moría, pero en el corazón de uno de los dos, al menos, había nacido lo que a pesar de ser siempre lo más antiguo es nuevo.

Me había enamorado de Dejah Thoris. El contacto de mi brazo con sus hombros desnudos me había hablado con palabras que no podían engañarme, y supe que la había amado desde el primer momento en que sus ojos y los míos se habían encontrado en la plaza de la ciudad muerta de Korad.

14

Una lucha a muerte

Mi primer impulso fue el de declararle mi amor, pero enseguida pensé en su estado de impotencia, en que sólo yo podía aliviar el peso de su cautiverio y protegerla, con lo poco que tenía, contra los miles de enemigos hereditarios que

debería enfrentar cuando llegáramos a Thark. No podía arriesgarme a provocarle un nuevo dolor o pesadumbre declarándole un amor que con toda seguridad ella no correspondería. De ser yo tan indiscreto, su situación sería todavía más insostenible que en ese momento. El pensamiento de que ella pudiera creer que yo me aprovechaba de su debilidad para influir sobre su decisión, fue el último argumento que selló mis labios.

-¿Por qué estás tan callada, Dejah Thoris? - pregunté -. Posiblemente prefieras regresar con Sola a tus habitaciones.

- No –musitó -. Soy feliz aquí. No sé por qué, John Carter, siempre que estás conmigo, aunque eres un extraño, estoy feliz y contenta. En esos momentos me parece que estoy a salvo y que, contigo regresaré pronto a la corte de mi padre y sentiré sus fuertes brazos estrecharme y las lágrimas y besos de mi madre en mi mejilla.

- Entonces, ¿la gente se besa aquí, en Barsoom? - le pregunte- cuando me hubo explicado la palabra que había usado, después de preguntarle yo su significado.

- Padres y hermanos, sí; y amantes - añadió en tono bajo y dubitativo.

- Y tú, Dejah Thoris, ¿tienes padres y hermanos?

- Sí.

-¿Y un ... amante?

Se quedó callada y por lo tanto no me atreví a repetir la pregunta.

- El hombre de Barsoom - dijo finalmente - no hace preguntas personales a las mujeres, excepto a su madre y a la mujer por la que ha luchado y cuyo corazón ha ganado.

- Pero yo he peleado comencé, y en ese mismo momento deseé que me hubieran arrancado la lengua, ya que cuando me di cuenta y dejé de hablar se dio vuelta y sacándose las sedas de sus hombros me las devolvió y sin una palabra y con la cabeza erguida se alejó con el porte de una reina hacia la plaza y la entrada de sus habitaciones.

No intenté seguirla. Simplemente verifiqué que llegara a salvo al edificio, e indicándole a Woola que la acompañara, me volví desconsoladamente y entré en mi propia casa. Estuve horas sentado cruzado de piernas y malhumorado sobre mis sedas, pensando en los extraños caprichos que el destino nos juega a esos pobres diablos que somos los mortales.

¡Eso era el amor! Le había escapado durante todos los años en que había viajado por los cinco continentes y sus mares, a pesar de las mujeres hermosas y los instintos, a pesar del deseo a medias de amar y la constante búsqueda de mi ideal. ¡Y ni sino era enamorarme con todas mis fuerzas y sin esperanzas de una criatura de otro mundo, de una especie muy similar, pero no igual a la mía! Una mujer que había salido de un huevo y cuyo promedio de vida podía pasar los mil años y cuyo pueblo tenía costumbres e ideas extrañas. Una mujer cuyos deseos,

placeres, conceptos de la virtud y del bien y del mal podían diferir tanto de los míos como los de los marcianos verdes.

La mañana que partimos hacia Thark amaneció clara y cálida, como sucede todas las mañanas en Marte, excepto en los seis meses en que la nieve se derrite en los polos.

Busqué a Dejah Thoris en la multitud de carros que partían, pero me volvió la espalda y puede ver que la sangre le subía a las mejillas. Con la tonta contradicción del amor, me mantuve callado cuando podría haber alegado desconocer la naturaleza de mi ofensa, o al menos su gravedad, y haber intentado, en el peor de los casos, una reconciliación a medias.

Mi deber me dictaba que tenía que verificar que estuviera cómoda y, por lo tanto, inspeccioné su carro y ordené sus pieles y sedas. Al hacerlo me di cuenta con horror de que estaba fuertemente encadenada de un tobillo al costado del carro.

-¿Qué significa esto? - grité volviéndome hacia Sola.

- Sarkoja pensó que sería mejor - me contestó, haciéndome notar con su expresión que no aprobaba el procedimiento.

Examiné los grillos y vi que tenían una cerradura de resorte.

-¿Dónde está la llave, Sola? Dámela.

- La tiene Sarkoja, John Carter - me contestó.

Me volví sin decir palabra y busqué a Tars Tarkas a quien recriminé vehementemente las innecesarias humillaciones y crueldades - como las veían mis ajos de amante- a las cuales se sometía a Dejah Thoris.

- John Carter - me contestó -: si en algún momento tú y Dejah Thoris escapan de los Tharkianos será durante este viaje. Sabemos que no te iras sin ella. Has demostrado ser un luchador poderoso y no queremos encadenarte, por lo tanto los retendremos a ambos de la forma más fácil que nos dé seguridad. He dicho.

Al instante advertí la firmeza de su razonamiento v me di cuenta de que sería inútil apelar de su decisión pero pedí que le fuera retirada la llave a Sarkoja y que se le ordenara que en lo futuro no se ocupara más de la prisionera.

- Esto, Tars Tarkas, lo puedes hacer por mí en recompensa de la amistad que, debo confesar, siento por ti.

- ¿Amistad? – contestó -. No existe tal cosa. John Carter, pero si es tu voluntad, le ordenaré a Sarkoja que deje de molestar a la muchacha y yo mismo custodiaré la llave.

- A menos que quieras que yo mismo asuma la responsabilidad - dije sonriendo.

Me miró larga y seriamente antes de contestar.

- Si me das tu palabra de que ni tú ni Dejah Thoris intentaran escapar hasta que hayamos llegado a la corte de Tal Hajus a salvo, puedes tener la llave y arrojar las cadenas al río Iss.

- Será mejor que tengas tú las llaves, Tars Tarkas - le contesté.

Sonrió y no dijo nada más, - pero esa noche, cuando estábamos acampando, lo vi desprender las cadenas que sujetaban los pies de Dejah Thoris él mismo.

Con toda su cruel ferocidad y frialdad, había una tendencia oculta en Tars Tarkas que él parecía estar siempre luchando por acallar. Podía ser un vestigio de algún instinto humano que regresaba para obsesionarlo con el horror de las costumbres de su pueblo.

Mientras me acercaba al carro de Dejah Thoris, me crucé con Sarkoja. La negra y venenosa mirada que me dirigió fue el bálsamo más dulce que sentía desde hacía mucho tiempo. ¡Dios, cómo me odiaba! Brotaba de ella en forma tan palpable que se podía cortar con una navaja. Poco después la vi conversando muy interesada con un guerrero llamado Zad, una bestia enorme, toruna y poderosa, pero que nunca había dado muerte a nadie entre sus propios caudillos y que, por lo tanto, aún era un *o mad,* u hombre de un solo nombre. Solamente podría ganar su segundo nombre con las armas de algún caudillo. Era ésta una costumbre que me había dado el título de los nombres de los caudillos a los cuales había dado muerte. Algunos de los guerreros se dirigían a mí como Dotar Sojat, combinación de los apellidos de los dos caudillos guerreros cuyas armas había tomado o, en otras palabras, a los que había eliminado en pelea limpia.

Mientras Sarkoja hablaba, miraba de soslayo en mi dirección, y al parecer estaba esforzándose por inducir a Zad a hacer algo. No le presté mucha atención en ese momento, pero al día siguiente tuve buenas razones para recordar los hechos y, al mismo tiempo, vislumbrar claramente las oscuras profundidades del odio de Sarkoja y hasta dónde era capaz de llegar para descargar su horrible venganza.

Dejah Thoris me ignoró de nuevo esa tarde, y aunque la llamé no me contestó ni me concedió siquiera una mirada que me diera a entender que notaba mi presencia. En la emergencia hice lo que la mayoría de los amantes hacía: intenté saber algo de ella a través de un amigo. En este caso, fue a Sola a quien intercepté en otra parte del campamento.

- ¿Qué le pasa a Dejah Thoris? - le grité sin consideración -. ¿Por qué no quiere hablarme?

Sola pareció confundida, como si tal actitud de parte de dos humanos estuviera fuera de su alcance, como de seguro lo estaba para la pobre.

- Ella dice que la has hecho enojar y que eso es todo lo que dirá, excepto que es hija de un Jed y nieta de un Jeddak y que ha sido humillada por una criatura que no podría siquiera limpiar los dientes del *sorak* de su abuela.

Reflexioné acerca de esta afirmación por un momento y finalmente pregunté:

-¿Qué diablos es un *sorak,* Sola?

- Un pequeño animal, del tamaño de la mano, que los marcianos rojos tienen para jugar con ellos - me explicó.

Levantamos campamento al día siguiente, a hora temprana, y comenzamos la marcha deteniéndonos solamente una vez antes del anochecer. Dos incidentes rompieron la rutina de la marcha. Cerca del anochecer vimos a nuestra derecha, a la distancia, lo que evidentemente era una incubadora. Lorcuas Ptomel le indicó a Tars Tarkas que investigara. Este eligió una docena de guerreros, incluyéndome a mí, y juntos nos dirigimos a la carrera a través de la alfombra aterciopelada del musgo, hacia la pequeña construcción.

Por cierto era una incubadora, pero los huevos eran muy pequeños en comparación con los que había visto romper en el momento de mi llegada a Marte.

Tars Tarkas desmontó y examinó la construcción minuciosamente, indicando por último que procedía de, los hombres verdes de Warhoon y que el cemento estaba aún húmedo en el punto de cierre.

- No pueden llevarnos más de un día de ventaja – exclamó, con el fulgor de la pelea brillando en su rostro feroz.

El trabajo en la incubadora fue breve en extremo: los guerreros despedazaron la puerta y dos de ellos entraron arrastrándose y rápidamente rompieron todos los huevos con sus espadas cortas. Luego volvimos a montar y regresamos a la caravana. Durante la cabalgata tuve la ocasión de preguntarle a Tars Tarkas si los Warhoonianos, cuyos huevos habíamos destruido, eran personas más pequeñas que los Tharkianos.

- Me di cuenta de que sus huevos eran mucho más pequeños que los que se empollaban en nuestra incubadora - agregué.

Me explicó que los huevos acababan de ser colocados allí, pero que como los huevos de todos los marcianos verdes, crecían durante el período de cinco años de incubación, hasta alcanzar el tamaño de los que yo había visto el día de mi llegada a Barsoom. Esta era por cierto una información muy interesante, ya que siempre me había parecido notable que las mujeres verdes, grandes como eran, pudieran cargar huevos tan enormes como aquellos de los que había visto salir los infantes de un metro y medio de estatura. En realidad, los nuev9s huevos que habían sido colocados no eran mucho más grandes que los de un ganso común, y como no comenzaban a crecer hasta que la luz solar actuaba sobre ellos, los jefes tenían pocas dificultades para transportar varios cientos por vez desde las cuevas de almacenaje hasta la incubadora.

Poco después del incidente de los huevos Warhoonianos nos detuvimos para que los animales descansaran. Fue durante este alto cuando ocurrió el segundo incidente interesante del día. Estaba ocupado cambiando mi montura de uno de mis *doats* a otro, ya que habla dividido el trabajo diario entre ellos, cuando Zad se me acercó y, sin decir palabra, le asestó un terrible golpe a mi animal con su espada larga.

No necesité un manual de ¿tica marciana para saber cómo contestarle, ya que, en realidad estaba tan furioso que apenas pude contenerme de desenfundar la pistola y dispararle por su brutalidad. Pero' se quedó parado, esperando con su espada desenvainada. La única alternativa que tenía era la de sacar la mía y trabarme en

una lucha limpia, es decir con el mismo tipo de arma que él había elegido o con una menor, posibilidad esta última que está siempre permitida. Por lo tanto podía haber usado mi espada corta, mi daga, un hacha o mis puños, si lo hubiera deseado, y estar completamente dentro de mis derechos. Pero no podía usar armas de fuego o una lanza, cuando él solamente portaba una espada larga.

Elegí la misma arma que él había elegido ya que sabía que estaba orgulloso de su habilidad con ella y porque yo deseaba, en caso de vencerlo, hacerlo con su propia arma. La lucha que siguió fue larga y retrasó la reanudación de la marcha por una hora.

La comunidad nos cercó, dejando un amplio espacio de alrededor de treinta metros de diámetro para que lucháramos.

Lo primero que hizo Zad fue tratar de embestirme como un toro a un lobo, pero yo era demasiado rápido para él, y cada vez que esquivaba sus arremetidas, pasaba de largo a mi lado, sólo para recibir una estocada en el brazo o la espalda. A poco ya le manaba sangre de media docena de heridas menores, pero no encontraba la oportunidad de darle una estocada efectiva. Entonces cambió su táctica, y peleando cautelosamente y con extremada habilidad, trató de hacer por medio de la inteligencia lo que no era capaz de hacer por medio de la fuerza bruta. Debo admitir que era un excelente espadachín y que de no haber sido por mi gran resistencia y la notable agilidad que la fuerza de gravedad inferior de Marte me otorgaba, no hubiera sido capaz de ofrecer la honrosa lucha que ofrecí contra él.

Al principio dimos vueltas sin herirnos mucho, las espadas largas como agujas brillando a la luz del sol y haciendo sonar los aceros cuando se encontraban en medio del silencio. Finalmente Zad, dándose cuenta de que se estaba cansando más que yo, decidió atacar y concluir la lucha con un toque final glorioso para él. Justo cuando me embestía, un cegador destello de luz me dio de lleno en los ojos y por lo tanto no pude; verlo al acercarse. Sólo pude saltar a ciegas hacia un costado, en un esfuerzo por escapar de la poderosa espada que ya parecía sentir en mi cuerpo. Obtuve un éxito parcial, como lo evidenciaba un dolor agudo en mi hombro izquierdo; pero, de una ojeada, y al tratar de localizar de nuevo a mi adversario, mis ojos atónitos se encontraron con un cuadro que me recompensó por la herida que había recibido a causa de mi momentánea ceguera. Allí, sobre el carro de Dejah Thoris, había tres figuras que procuraban presenciar la lucha por encima de las cabezas de los Tharkianos que estaban en medio. Allí estaban Dejah Thoris. Sola y Sarkoja. Cuando mi fugaz mirada pasó sobre ellas, asistí a un cuadro que permanecerá grabado en mi memoria hasta el día que muera.

Cuando miré, Dejah Thoris se abalanzaba sobre Sarkoja con la furia de una joven tigresa y hacía que de su mano levantada cayese a tierra algo que brilló a la luz del sol. Entonces supe qué era lo que me había cegado en el momento crucial de Ja lucha y cómo Sarkoja había encontrado la forma de matarme sin darme ella misma la estocada final. Otra cosa que también vi - y que casi me cuesta la vida, ya que distrajo por completo mi mente de mi antagonista por una fracción de segundo -, fue que, mientras Dejah Thoris arrancaba el minúsculo espejo de su mano, Sarkoja, con el rostro lívido por el odio y la rabia contenida, extraía su daga

para asestar un terrible golpe a Dejah Thoris. Entonces, Sola, nuestra querida y leal Sola, saltó entre las dos. Lo último que vi, fue el gran cuchillo que descendía hacia su pecho.

Mi enemigo se había recobrado de su estocada y estaba extremadamente amenazante. Por lo tanto, de mala gana, dirigí mi atención a lo que tenía entre manos, a pesar de que mi mente no estaba en la batalla.

Nos embestimos furiosamente, una vez tras otra, hasta que de pronto, sintiendo la punta de su aguda espada en mi pecho en tina estocada que no pude esquivar ni desviar, me arrojé sobre él con la espada extendida y con todo el peso de mi cuerpo, decidido a no morir solo si podía evitarlo. Sentí que el acero me abría el pecho, que todo se ponía negro delante de mí y que la cabeza me daba vueltas. Entonces sentí que mis rodillas se aflojaban.

15

La historia de Sola

Cuando volví en mí - pronto supe que no había estado desvanecido más que un momento -, salté rápidamente en busca de mi espada. Allí la encontré, hundida hasta la empuñadura en el pecho verde de Zad, quien yacía muerto como una roca sobre el musgo ocre del antiguo lecho del mar. Cuando recobré el sentido por completo, me di cuenta que su arma me traspasaba la parte izquierda del pecho, pero solamente a través de la carne y los músculos que recubren las costillas, pues había penetrado cerca del centro de mi pecho y salía por debajo del hombro. Al embestir sobre él me había vuelto y de ese modo su espada sólo pasó debajo de mis músculos causándome dolor pero no una herida peligrosa.

Saqué su espada de mi cuerpo y también recobré la mía, y dándole la espalda a su horrible cadáver me dirigí enfermo, dolorido y disgustado hacia el carro donde estaban mis reservas y pertenencias. Un rumor de aplausos marcianos me saludó, pero no les presté atención. Sangrante y débil llegué donde estaban mis mujeres, quienes acostumbradas a tales eventos. Vendaron mis heridas y me aplicaron las maravillosas drogas cicatrizantes y medicinales que obran instantáneamente sobre los golpes mortales. Porque cuando la mujer marciana interviene, la muerte tiene que batirse en retirada. Pronto me tuvieron bien vendado, y excepto la debilidad que me causaba la pérdida de sangre y el leve dolor de las heridas, no sufrí mucho a causa de aquella estocada, que de haber sido tratada con métodos humanos me habría dejado postrado durante días, sin duda alguna.

Tan pronto como terminaron conmigo, me apresuré a llegar hasta el carro de Dejah Thoris, donde encontré a mi pobre Sola con el pecho vendado, pero aparentemente no muy maltrecha por su encuentro con Sarkoja, cuya daga, al parecer, había golpeado contra el borde de uno de los ornamentos de metal del pecho de Sola, y así, desviado, había infligido apenas una leve herida a flor de piel. Al acercarme encontré a Dejah Thoris postrada sobre sus sedas y pieles, deshaciéndose en sollozos. No notó mi presencia ni me oyó hablar con Sola que estaba a poca distancia del vehículo.

-¿Está ofendida? - le pregunté a Sola, señalando a Dejah Thoris con una inclinación de cabeza.

- No - me contestó -; piensa que estás muerto.

- Y que el gato de su abuela no tendrá ahora quien le limpie los dientes - bromeé sonriendo.

- Creo que estás equivocado respecto de ella - dijo Sola -. No entiendo ni sus costumbres ni las tuyas, pero estoy segura de que la nieta de diez mil Jeddaks nunca se apesadumbraría de esta forma por la muerte de alguien que considerara por debajo de ella, y menos aún por quien no abrigase las más elevadas intenciones en cuanto a sus sentimientos. Pertenece a una raza orgullosa, de seres justos, como todos los Barsoomianos; pero tú debes de haberla herido u ofendido tan cruelmente, que no puede admitir - tu existencia, aunque lamente tu muerte. Las lágrimas son algo raro en Barsoom, y por lo tanto no es difícil interpretarlas. Solamente he visto llorar a dos personas en toda mi vida, además de Dejah Thoris, una, por pena; la otra, por rabia contenida. La primera fue mi madre, muchos años antes que la mataran; la otra fue Sarkoja, cuando hoy la arrancaron de mi lado.

- ¡Tú madre! Exclamé -. Pero Sola. ¡No puedes haber conocido a tu madre, pequeña!

- Pero la conocí, y a mi padre también – agrego -. Si gustas oír la extraña y poco Barsoomiana historia, ven esta noche a mi carro, John Carter, y te hablaré de lo que nunca be hablado en toda mi vida. Ahora se ha dado la señal para continuar la marcha. Debes irte.

- Iré esta noche, Sola – prometí -. No te olvides de decirle a Dejah Thoris que estoy vivo y a salvo. No la molestaré en absoluto. No le digas que la he visto llorar. Si quiere hablar conmigo, espero que me lo haga saber.

Sola montó en su carro, que ya estaba colocándose en su lugar dentro de la formación, y yo me apresuré a dirigirme hacia donde estaban aguardándome, galopando para ocupar mi lugar al lado de Tars Tarkas a la retaguardia de la columna.

Esa noche acampamos al pie de las montañas hacia las que nos habíamos estado acercando durante dos días y que marcaban el límite sur de ese mar específico. Nuestros animales habían pasado dos días sin beber, y no habían tenido agua por dos meses, desde poco después de dejar Thark. Como Tars Tarkas me había explicado, necesitaban poca agua y podían vivir casi indefinidamente del musgo que cubre Barsoom el cual, según me dijo, mantenía en sus pequeños tallos la humedad suficiente para satisfacer la limitada necesidad de los animales.

Después de mi comida de la tarde, hecha de queso y leche vegetal, busqué a Sola, a quien encontré trabajando a la luz de una antorcha con algunos adornos de Tars Tarkas. Levantó la cabeza cuando me acerqué, y vi su rostro iluminado por el placer en señal de bienvenida.

- Me alegro de que hayas venido - me dijo -. Dejah Thoris está durmiendo y yo estoy sola. No le importo a mi propia gente, John Carter. ¡Soy tan distinta de ellos! Es un destino triste, ya que tengo que vivir entre ellos. Muchas veces desearía ser una verdadera marciana verde, sin amor y sin esperanzas; pero conocí el amor, y por eso estoy perdida. Prometí contarte mi historia o, mejor dicho, la historia de mis padres. Por lo que sé de ti y de las costumbres de tu gente, estoy segura de que el relato no te parecerá extraño. Pero entre los marcianos verdes no tiene paralelo hasta donde alcanza la memoria de los Tharkianos vivientes más viejos, ni tienen nuestras leyendas relatos similares. Mi madre era más bien pequeña; muy pequeña**,** en realidad, para que se le permitieran las responsabilidades de la maternidad, ya que nuestros jefes procrean especialmente por tamaño. Siempre fue menos fría y cruel que la mayoría de las marcianas verdes, y como poco le importaba estar con ellos, por lo general vagaba sola por las calles desiertas de Thark, o iba a sentarse entre las flores salvajes que crecen en las montañas cercanas, pensando y deseando cosas que sólo yo, entre las mujeres Tharkianas actuales, puedo entender, ya que soy su hija: Allí, entre las montañas, se encontró con un joven guerrero cuyo deber era cuidar a los *zitidars* y *doats* que pastaban, para que no se fueran más allá de las montañas. Primero hablaron solamente de cosas comunes a los intereses de la población de Thark, pero gradualmente, cuando comenzaron a encontrarse con más frecuencia y - como ya era bastante evidente para ambos- ya no por casualidad, dieron en hablar de sí mismos, de sus gustos, sus ambiciones y sus deseos. Ella se confió a él y le habló de la horrible repugnancia que sentía por las crueldades de su especie, por la terrible vida que debían llevar siempre, y luego esperó que una tormenta de reproches saliera de sus fríos, duros labios. Pero en lugar de eso, él la tomó en sus brazos y la besó. Mantuvieron su amor en secreto durante seis largos años. Ella, mi madre, era de la reserva del gran Tal Hajus, mientras que su amante era un simple guerrero que solamente portaba sus propias armas. Si su deserción de las tradiciones de los Tharkianos hubiera sido descubierta, ambos habrían pagado la pena en el ruedo, ante Tal Hajus y sus hordas reunidas. El huevo del que provengo fue escondido debajo de una gran vasija de vidrio sobre la más alta e inaccesible de las torres parcialmente en ruinas de la antigua Thark. Mi madre la visitó una vez por año durante los cinco largos años en que yací en período de incubación. No se atrevía a ir con más frecuencia, ya que por su conciencia culpable, temía que cada uno de sus movimientos fuera vigilado. Durante ese período mi padre alcanzó gran prestigio como guerrero y ganó las armas de varios caudillos. Su amor por mi madre jamás disminuyó, y la única ambición de su vida fue la de llegar incluso a arrebatarle las armas al mismo Tal Hajus y así, como gobernador de Thark; ser libre de reclamaría como su propia mujer y poder proteger por el poder de su fuerza a la hija que de otra forma sería destrozada rápidamente cuando la verdad se descubriera. Era un sueño absurdo el de arrebatarle las armas a Tal Hajus en cinco cortos años, pero sus avances eran rápidos y pronto consiguió una alta posición en el consejo de Thark. No obstante, un día la posibilidad se perdió para siempre - al menos en cuanto a hacer tiempo para salvar a sus seres queridos -, ya que lo mandaron al exterior, en una larga expedición hacia el polo sur, para declarar la guerra a los nativos y apoderarse de sus pieles. Esa es la forma de vida de los Barsoomianos verdes: no trabajan por algo que pueden arrebatar a

otros en una batalla. Mi padre estuvo ausente durante cuatro años. Cuando regresó, ya todo había terminado tres años antes; ya que alrededor de un año después de su partida y poco antes del momento de regreso de una expedición que se había alejado para traer los frutos de la incubadora de una comunidad, el huevo había empollado. Después de eso mi madre siguió manteniéndome en la vieja torre, visitándome todas las noches y prodigándome todo el amor que la vida de la comunidad nos hubiera robado a ambas. Esperaba mezclarme en la expedición de la incubadora con los otros pequeños asignados a los cuarteles de Tal Hajus, y así escapar del destino que seguramente seguiría al descubrimiento de su pecado contra las antiguas tradiciones de los marcianos verdes. Me enseñó rápidamente el lenguaje y las tradiciones de mi especie, y una noche me contó la historia que te he contado a ti hasta este momento, insistiendo en la necesidad de mantenerla en absoluto secreto y el gran cuidado que debía tener cuando me colocara entre los otros jóvenes Tharkianos para que nadie pudiera descubrir que estaba mucho más adelantada en educación que los demás. Tampoco debía demostrar delante de otros mi afecto por ella ni mi conocimiento de su parentesco. Luego, acercándome hacia ella, me susurró al oído el nombre de mi padre. Entonces, una luz brilló en la oscuridad de la torre: allí estaba Sarkoja, con sus ojos encendidos y malignos y el rostro demudado por el asco y el desprecio que sentía hacia mi madre. El torrente de odio e injurias que volcó sobre ella hizo que mi corazón se paralizara de pánico. Aparentemente había escuchado todo el relato, y su presencia allí, aquella noche nefasta, era prueba de que había sospechado de mi madre debido a sus largas ausencias nocturnas de sus habitaciones. No había oído ni conocía una cosa: el nombre de mi padre, lo cual era evidente por sus repetidas exigencias para que mi madre le revelase el nombre de su compañero en el pecado. Pero no había injuria ni amenaza que pudiera arrancárselo. Para salvarme de una tortura innecesaria mintió, ya que le dijo a Sarkoja que solamente ella lo sabía y que ni siquiera a su hija se lo había dicho. Con imprecaciones, Sarkoja se apresuró a salir para informarle a Tal Hajus de su descubrimiento, y mientras estaba ausente, mi madre, envolviéndome en sus sedas y pieles de forma que pasara inadvertida, descendió a la calle y corrió desesperadamente hacia las afueras de la ciudad en dirección al sur, hacia el hombre a quien no podía pedir ayuda, pero en cuyo rostro quería mirarse una vez más antes de morir. Cuando llegábamos al límite sur de la ciudad, percibimos un ruido a través del suelo musgoso. Provenía del único paso que existía en las montañas que conducían a la entrada de la ciudad. El paso por el cual entraban todas las caravanas, viniesen del norte, del sur, del este o del oeste. El ruido que oíamos era el gruñido de los *doats,* el rugido de los *zitidars* y el ocasional choque de las armas que anunciaban la proximidad de una tropa de guerreros. Se había formado la idea de que era mi padre quien regresaba de su expedición, pero la astucia natural de los 1-har-kianos la retuvo de volar precipitadamente v sin pensarlo a saludarlo.

Refugiada en las sombras de un zaguán, esperó la llegada de la caravana que pronto entró en la ciudad, rompiendo su formación y atestando la calle de pared a pared. Citando la cabeza de la procesión nos pasó, la luna más lejana pendía clara sobre los tejados e iluminaba la escena con todo el brillo de su maravillosa

luz. Mi madre retrocedió aun más en las sombras amigas, y desde su escondite vio que la expedición no era la de mi padre, sino la caravana que regresaba trayendo los pequeños Tharkianos. Instantáneamente trazó su plan, y cuando un gran carro pasó cerca de nosotros, se deslizó a hurtadillas por la parte trasera, agachándose en la sombra del costado alto y apretándome contra su pecho enloquecida de amor. Ella sabía lo que yo no: que nunca más, después de eso, podría estrecharme contra su pecho, y que tampoco podríamos volver a mirarnos a la cara. En la confusión me mezcló con los otros niños, cuyos guardianes durante el viaje habían quedado libres, ahora, de su responsabilidad. Juntos fuimos arrastrados a una gran habitación, mantenidos por mujeres que no habían acompañado la caravana, y al día siguiente estábamos repartidos entre las reservas de los caudillos. Nunca volví a ver a mi madre después de esa noche, pues fue encarcelada por orden de Tal Hajus. Todas las presiones, inclusive las torturas más vergonzosas y horribles que se le infligían eran para arrancar de sus labios el nombre de mi padre. Sin embargo, ella permaneció inmutable y leal, muriendo entre las carcajadas de Tal Hajus y sus caudillos durante una de las horribles torturas que debió soportar. Más tarde me enteré de que les había dicho que me había matado para salvarme de un destino similar en sus manos y que había arrojado mi cuerpo a los simios blancos. Sólo Sarkoja no le creyó y hasta el día de hoy siento que sospecha mi verdadero origen, pero no se atreve a decírmelo, estoy segura, porque también imagina la identidad de mi padre. Cuando él regresó de su expedición se enteró del destino de mi madre. Yo estaba presente mientras Tal Hajus se lo contaba, pero jamás el temblor de un músculo reveló la mínima emoción: simplemente no rió cuando Tal Hajus le describió con deleite los pormenores de su muerte. Desde ese momento fue cruel como el que más, pero yo espero el día en que logre su meta y sienta cl cadáver de Tal Hajus bajo su pie; porque estoy tan segura de que no hace más que esperar la oportunidad para descargar so terrible venganza y de que su gran amor se conserva tan vivo en su pecho como la primera vez que lo transformó, hace unos cuarenta años, como lo estoy de hallarme sentada ahora a orillas de un antiguo océano mientras el resto de la gente duerme, John Carter.

- Y tu padre. Sola, ¿está con nosotros ahora? - le pregunté.

- Sí, pero no sabe quién soy yo, ni sabe quién denunció a mi madre ante Tal Hajus. Sólo yo sé el nombre de mi padre; y sólo yo, Tal Hajus y Sarkoja sabemos que fue ésta quien delató a la mujer a quien él amaba, ocasionándole una muerte tan horrible.

Nos quedamos en silencio un momento, ella hundida en sus amargas reflexiones acerca de su horrible pasado y yo apesadumbrado por las pobres criaturas a quienes las costumbres sin sentimientos y humanismo de su raza habían condenado a una vida sin amor, de crueldad y de odio.

- John Carter - dijo ella, entonces -, si alguna vez un hombre verdadero caminó por el frío y muerto lecho de Barsoom, ése eres tú. Eres alguien en quien se puede confiar, y porque esta información puede llegar a ayudarnos algún día a ti, a él, a Dejah Thoris o a mí, te voy a decir el nombre de mi padre sin imponerte ninguna restricción para que no hables. Cuando llegue cl momento, di la verdad, si crees

que eso es lo mejor. Confío en ti porque sé que no estás maldito por la terrible costumbre de decir la verdad absoluta y total, y porque podrías mentir como un caballero de Virginia si con ello salvas a otros del dolor y cl sufrimiento. El nombre de mi padre es Tars Tarkas.

16

La huida

El resto de nuestro viaje no tuvo imprevistos. Estuvimos veinte días en la ruta, cruzando dos lechos de mares y atravesando o rodeando un número de ciudades en ruinas, bastante más pequeñas que Korad. Atravesamos dos veces los famosos acueductos marcianos, llamados canales por nuestros astrónomos terrestres. Cuando llegábamos a esos sitios, se enviaba a un guerrero a la delantera, provisto de un catalejo. Sí no había una tropa considerable de marcianos rojos a la vista, nos acercábamos lo más posible sin correr el riesgo de ser vistos, y acampábamos hasta que oscureciera. Entonces nos aproximábamos cuidadosamente hasta las zonas cultivadas, y luego de localizar uno de los numerosos y anchos caminos que por lo general cruzan esas áreas, nos deslizábamos silenciosa y furtivamente hacia las tierras áridas del otro lado. Uno de esos cruces nos llevó cinco horas sin parar una sola vez y el otro llevó la noche entera, de modo que sólo abandonamos los confines de los campos cercados cuando empezaba a despuntar el sol.

No había hablado ni una sola vez con Dejah Thoris, ya que no me dio a entender ni una palabra de que seria bienvenido a su carro. Por mi parte, mi estúpido orgullo me impidió hacer intento alguno. Estoy convencido de que la actitud de un hombre con una mujer está en relación inversa con su valentía entre los hombres. El débil y el lelo tienen por lo general una gran habilidad para hechizar al sexo débil, mientras que un hombre de lucha, que puede hacerle frente a peligros reales sin temor alguno, se esconde en las sombras como un niño asustado.

A los treinta días de mi llegada a Barsoom entramos en la antigua ciudad de Thark, a cuya gente, olvidada desde mucho tiempo atrás, esta horda de hombres verdes había robado hasta el nombre. Las hordas Tharkianas sumaban alrededor de treinta mil almas y estaban divididas en veinticinco comunidades. Cada comunidad tenía su propio Jed y jefes menores, pero todas estaban bajo las órdenes de Tal Hajus, Jeddak de Thark. Cinco comunidades tenían sus cuarteles en la ciudad de Thark y las restantes estaban esparcidas entre otras ciudades desiertas del antiguo Marte, a lo largo y ancho del distrito gobernado por Tal Hajus.

Hicimos nuestra entrada en la gran plaza central por la tarde, temprano. No hubo saludos entusiastas de amistad hacia la expedición que regresaba. Los que por casualidad se veían nombraban a los guerreros o mujeres con los que estaban en contacto directo, con cl saludo formal de su especie. Pero cuando descubrieron que la caravana traía dos cautivos el interés se incrementó y Dejah Thoris y yo fuimos el centro de atracción de los grupos.

Pronto se nos asignó nuevas habitaciones y el resto del día lo utilizamos en acomodarnos a las nuevas condiciones. Mi hogar ahora daba ~ una avenida que, proveniente del sur, salía a la plaza y era la arteria principal por la que habíamos marchado desde los límites de la ciudad. Estaba en el extremo opuesto de la plaza y tenía un edificio entero para mí solo. El mismo esplendor arquitectónico, característica tan notable de Korad, se evidenciaba en este lugar, solamente que en mayor escala y con más riqueza. Mis habitaciones podían haber alojado al más grande de los emperadores terráqueos, pero para estas extrañas criaturas, nada del edificio tenía importancia, excepto su tamaño y la inmensidad de sus recintos. Cuanto más grande era más deseable. Por eso, Tal Hajus ocupaba lo que podría haber sido un enorme edificio público. El más grande de la ciudad, pero completamente inepto para propósitos de residencia. El que le seguía en tamaño estaba reservado a Lorcuas Ptomel, el siguiente para el del de rango inmediato y así sucesivamente hasta el último de los cinco Jeds. Los guerreros ocupaban el edificio del caudillo a cuyas reservas pertenecían, pero, si era de su agrado, podían buscar refugio en cualquiera de los cientos de edificios vacíos que se encontraban en la parecía que les correspondía. A cada comunidad se le asignaba una parte de la ciudad. La selección de edificios tenía que hacerse de acuerdo con esas divisiones, excepto en lo que concernía a los Jeds, que ocupaban los edificios que daban a la plaza.

Cuando había logrado finalmente poner mi casa en orden o. mejor dicho, ver que esto ya se había hecho, casi era el atardecer. Me apresuré a salir con la intención de encontrar a Sola y a las personas que tenía a su cargo, ya que había decidido mantener una conversación con Dejah Thoris y tratar de hacerle sentir la necesidad de darnos por lo menos una tregua hasta que pudiera encontrar una forma de ayudarla a escapar. Busqué en vano hasta que el borde superior del gran sol rojo estaba desapareciendo detrás del horizonte. Entonces pude ver la horrible cabeza de Woola que asomaba por una ventana de un segundo piso, en el lado opuesto de la misma calle en la cual tenía mis habitaciones, pero más cerca de la plaza.

Sin esperar una invitación, me abalancé hacia la rampa sinuosa que conducía al segundo piso. Al entrar en un gran recinto, Woola me recibió saludándome frenético. Se abalanzó sobre mí con todo su peso y casi me tira al suelo. Ese pobre viejo amigo se sentía tan feliz de verme que pensé que me devoraría. Su cabeza se partía de oreja a oreja en una sonrisa de duende que dejaba al descubierto sus tres hileras de colmillos. Calmándolo con una orden y una caricia, miré apresuradamente a través de la oscuridad, buscando un indicio de Dejah Thoris. Entonces, al no verla, la llamé. Hubo una respuesta como un susurro, que provenía del ángulo opuesto de la habitación. Con dos zancadas rápidas me puse a su lado. Estaba agachada entre las pieles y sedas, sobre un asiento antiguo de madera tallada. Como me quedara esperando, se levantó y mirándome a los ojos dijo:

- ¿Qué quiere Dotar Sojat, Tharkiano, de su cautiva Dejah Thoris?

- Dejah Thoris; no sé qué he hecho para enojarte. Lejos de mí estaba herirte u ofenderte. Siempre he deseado protegerte y reconfortarte. No sabrás de mí si esa

es tu voluntad: pero no es un pedido, sino una orden, el que debes ayudarme a lograr que te fugues, si tal cosa es posible. Cuando estés otra vez a salvo en la corte de tu padre, puedes hacer conmigo lo que te plazca; pero desde este momento hasta ese día, soy tu dueño y debes obedecerme y ayudarme.

Me miró larga y seriamente y pensé que sus sentimientos hacia mí eran mejores.

- Entiendo tus palabras, Dotar Sojat, pero no te entiendo a ti. Eres una extraña mezcla de niño y hombre, de bruto y noble. Sólo deseo poder leer tu corazón.

- Mira a tus pies, Dejah Thoris, ahí yace ahora ahí ha estado desde la otra noche en Korad y ahí estará siempre, latiendo sólo por ti hasta que la muerte lo acalle para siempre.

Dio un pequeño paso hacia mí con sus manos extendidas en un gesto extraño y dubitativo.

- ¿Qué quieres decir, John Carter? – musitó -. ¿Qué me estás diciendo?

- Te estoy diciendo lo que me había prometido no decirte, al menos hasta que no fueras más una cautiva de los hombres verdes. Lo que había pensado no decirte nunca, por la actitud que adoptaste hacia mí durante los últimos veinte días. Te estoy diciendo, Dejah Thoris, que soy tuyo en cuerpo y alma, para servirte, para pelear por ti y morir por ti. Sólo te pido algo como respuesta y es que no me des señal alguna, ya sea de reprobación o aprobación a mis palabras, hasta que estés a salvo entre tu propia gente, y que cualquiera que sea el sentimiento que abrigues hacia mí, que no se vea influido ni teñido por la gratitud. Lo que sea que haga por ti será solamente por motivos egoístas, ya que me brinda más placer el servirte que el no hacerlo.

- Respetaré tus deseos, John Carter, porque entiendo tus motivos, y acepto tus servicios con la misma voluntad con que me someto a tu autoridad. Tus palabras serán ley para mí. Ya dos veces te he interpretado mal y de nuevo te pido que me perdones.

La entrada de Sola impidió que la conversación se prolongara en cuestiones personales. Esta se hallaba muy agitada y había perdido por completo su acostumbrada calma y autodominio.

- Esa horrible Sarkoja ha estado con Tal Hajus – gritó -, y por lo que escuché en la plaza hay pocas esperanzas para ustedes dos.

- ¿Qué decían? - preguntó Dejah Thoris.

Que serán arrojados a los *calots* (perros salvajes), en el gran circo, tan pronto como las hordas se hayan reunido en asamblea, para los juegos anuales.

- Sola – dije -: eres una Tharkiana, pero odias y aborreces las costumbres de tu gente tanto como nosotros. ¿No nos quieres acompañar en un esfuerzo supremo por escapar? Estoy seguro de que Dejah Thoris podrá ofrecerte hogar y protección entre su gente. Tu destino no podrá ser peor entre ellos que lo que siempre será aquí.

Si - gritó Dejah Thoris -. ven con nosotros. Sola. Estarás mucho mejor entre nosotros, los hombres rojos de Helium, que lo que estás aquí, y puedo prometerte no sólo un hogar, sino el amor y afecto que tu naturaleza necesita y que siempre te fue negado por las costumbres de tu propia raza. Ven con nosotros. Sola; podríamos irnos sin ti, pero tu destino sería terrible si ellos pensaran que has consentido en ayudarnos. Creo que ni siquiera por ese temor intentarías interferir nuestra fuga. Pero te queremos con nosotros, querernos que vengas a una tierra donde brilla el sol y hay felicidad, entre gente que conoce el significado del amor, de la simpatía y de la gratitud. Di que sí, Sola, dime que quieres venir.

- El gran acueducto que conduce a Helium está a sólo setenta y cinco kilómetros al sur - musitó Sola, como para sí misma -. Un *doat* rápido podría hacerlo en tres horas. Luego, de allí a Helium hay setecientos cincuenta kilómetros. La mayor parte del camino a través de distritos espaciados. Podrían enterarse, y seguirnos. Nos podríamos esconder entre los grandes árboles por un tiempo, pero las posibilidades de fuga son demasiado reducidas. Nos seguirían hasta los portales mismos de Helium, sembrando la muerte a cada paso. - Ustedes no los conocen.

- ¿No hay otra forma de llegar a Helium? – pregunté -. ¿No puedes trazarme a grandes rasgos un mapa del territorio que debemos cruzar, Dejah Thoris?

- Si - contestó, y tomando un gran diamante de su cabeza dibujó sobre el mármol del piso el primer mapa que veía del territorio Barsoomiano. Estaba cruzado en todas direcciones por largas líneas rectas, a veces paralelas y a veces convergentes en grandes círculos. Las líneas, según dijo, eran acueductos; los círculos, ciudades. El extremo noroeste de donde estábamos lo marcó como Helium.

Había otras ciudades cercanas; pero, según dijo, temía entrar en muchas de ellas, ya que no todas mantenían relaciones amistosas con la ciudad de Helium.

Por último, después de estudiar cuidadosamente el mapa a la luz de la luna, que en ese momento inundaba la habitación, señalamos un acueducto del extremó norte de donde estábamos y que también parecía conducir a Helium.

- ¿No atraviesa el territorio de tu abuelo? - pregunté.

- Sí – contestó -, pero está a trescientos kilómetros al norte de donde estamos. Es uno de los acueductos que cruzamos en el viaje hacia Thark.

- Nunca sospecharían que tratamos de cruzar por ese distante acueducto – contesté -, y es por eso que creo que es la mejor ruta para nuestra fuga.

Sola estuvo de acuerdo conmigo y se decidió que abandonaríamos Thark esa misma noche; es decir tan pronto como yo pudiera encontrar y ensillar mis *doats.* Sola montaría uno y Dejah Thoris y yo el otro. Cada uno de nosotros llevaría la suficiente comida y bebida para dos días, ya que no se les podía exigir a los animales que anduvieran muy rápido tan largo trecho.

Indiqué a Sola que se adelantara con Dejah Thoris por una de las avenidas menos frecuentadas, hacia la frontera sur de la ciudad, donde las alcanzaría con mis *doats,* tan pronto como me fuera posible. Dejándolas para que prepararan la

comida, sedas y pieles que necesitaríamos, me deslicé cautelosamente hacia la parte trasera del primer piso y entré en él- patio, donde nuestros animales se movían sin cesar, como era su costumbre antes de dormir por la noche.

En las sombras de los edificios y fuera de la luz de las lunas marcianas, se movía la manada de *doats* y *zitidars,* estos últimos gruñendo con sus sonidos guturales y, los primeros, emitiendo cl agudo chillido que denotaba el casi habitual estado de furia en el que estas criaturas pasaban su existencia. Estaban más calmados ahora, debido a la ausencia de hombres, pero ni bien me olfatearon se inquietaron y aumentó el horrible barullo que hacían. Era un trabajo arriesgado, entrar en una cuadra de *doats,* solo y de noche. Primero porque el barullo que aumentaba podría alertar a los guerreros que estuvieran cerca, de que algo andaba mal, y segundo porque la más mínima razón o sin razón alguna, algún inmenso *doat* podría decidir por su cuenta embestirme.

Como no tenía ningún deseo de despertar su temperamento desagradable en una noche como ésa, en la que tantas cosas dependían del secreto y la celeridad, me coloqué cerca de las sombras de los edificios, preparado para saltar y ocultarme en una puerta o ventana a la menor señal de peligro. Así, me desplacé silenciosamente hacia las grandes cercas que se abrían a la calle en la parte de atrás del patio, y mientras me acercaba a la salida llamé suavemente a mis dos animales, ¡Cómo agradecía a la providencia, que me había otorgado la perspicacia de ganarme el amor y la confianza de estas bestias salvajes! En ese momento, en el lado opuesto del patio vi dos grandes bultos que se abrían paso hacia mí entre las moles de carne que había de por medio.

Se me acercaron y frotaron sus hocicos contra mi cuerpo buscando la comida que acostumbraba darles como recompensa Abriendo las cercas ordené a las dos grandes bestias que salieran, y luego, deslizándome cautelosamente detrás de ellas, cerré los portales.

No ensillé ni monté allí a los animales, sino que caminé silenciosamente a la sombra de los edificios hacia una avenida poco frecuentada que conducía hacia el lugar en cl que había convenido en encontrarme con Dejah Thoris y Sola. Con el silencio de los espíritus incorpóreos, avanzamos furtivamente por las calles desiertas.

Hasta que no tuvimos a la vista la llanura que se extendía más allá de la ciudad, no comencé a respirar libremente. Estaba seguro de que Dejah Thoris y Sola no tendrían ninguna dificultad en llegar al lugar de nuestra cita sin ser descubiertas. Pero, con mis grandes *doats,* no estaba tan seguro de mí mismo, ya que era bastante inusual que los guerreros abandonaran la ciudad después que oscurecía, pues en realidad no tenían dónde ir, a no ser que hubiera una larga cabalgata de por medio.

Llegué al punto de reunión a salvo; pero como Dejah Thoris y Sola no estaban allí, conduje a mis animales hacia la entrada de uno de los edificios más grandes. Como presumía que alguna de las mujeres de la misma casa podía haberse puesto a conversar con Sola y hacer que demorase en salir, no me sentí demasiado inquieto; pero cuando transcurrió cerca de una hora sin noticias de

ellas, y cuando otra media hora pasó lentamente, empecé a ponerme nervioso. Entonces, en el silencio de la noche se oyó el rumor de un grupo que se acercaba y que, por el ruido me di cuenta de que no podían ser fugitivos deslizándose furtivamente hacia la libertad. El grupo pronto estuvo cerca de mí, y desde las sombras de la puerta del edificio donde yo estaba pude ver a unos guerreros montados que, al pasar, dejaron oír una docena de palabras que hicieron que el corazón se me viniera a la boca.

"Podría haber dispuesto encontrarse con ellas fuera de la ciudad y por lo tanto..." No oí más, pues ya habían pasado, pero fue suficiente. Nuestro plan habla sido descubierto. Las posibilidades de escapar de ahora en adelante del terrible final que nos esperaba serían por demás escasas. Mi única esperanza era regresar sin ser descubierto a las habitaciones de Dejah Thoris y saber qué le había sucedido. Pero hacerlo con esos inmensos *doats* conmigo, ahora que la ciudad estaría alborotada por la noticia de mi fuga, no era problema insignificante.

De pronto se me ocurrió una idea. Actuando de acuerdo con mis conocimientos sobre la construcción de los edificios de esas antiguas ciudades marcianas, que tienen un patio en el centro de cada manzana, tanteé a ciegas mi camino a través de los oscuros recintos y llamé a los *doats* para que me siguieran. Estos tuvieron dificultades para pasar algunas de las puertas, pero como todos los edificios principales de la ciudad eran de grandes dimensiones, pudieron deslizarse a través de ellos sin atascarse. Por último llegaron al patio interior, donde, como suponía, encontré la acostumbrada alfombra de vegetación similar al musgo que podría proveerles de comida y bebida hasta que los regresara a su propio corral. Estaba seguro de que estarían tan tranquilos y contentos como en cualquier otro lugar y no existía ni la más remota posibilidad de que fueran descubiertos, ya que los hombres verdes no tenían muchas ganas de entrar a esos edificios de las afueras de la ciudad porque eran frecuentados por lo que creo que es la única cosa que les causa miedo: los grandes simios blancos de Barsoom.

Les quité los arneses y los oculté en el vano de la puerta trasera del edificio por la cual habíamos llegado al patio. Dejé sueltos a los *doats* y me abrí paso rápidamente a través del patio hacia la parte trasera de los edificios que estaban del otro lado. De allí desemboqué en la avenida que estaba más allá, y esperé en la puerta del edificio hasta asegurarme que nadie se acercaba. Entonces me apresuré a cruzar al lado opuesto y entré por la primera puerta del patio que estaba más allá. Así, atravesando patio tras patio, con la única aunque remota posibilidad de ser descubierto que traía aparejado el necesario cruce de las avenidas, llegué al patio de la parte trasera de los cuartos de Dejah Thoris.

Allí, por supuesto, encontré las bestias de los guerreros que habitaban en los edificios adyacentes y podía esperar encontrarme con los guerreros mismos si entraba, pero afortunadamente tenía otro medio más seguro de llegar a la parte superior, donde se encontraría Dejah Thoris. Después de determinar con la mayor precisión posible cuál era el edificio que ocupaba, ya que nunca lo había mirado desde el lado del patio, me valí de mi relativa fuerza y agilidad y salté hasta aferrarme del borde de una ventana del segundo piso que yo pensaba que daba a la parte de atrás de su habitación. Me arrojé, pues, dentro del recinto y avancé

furtivamente hacía la parte de adelante del edificio. Al llegar a la puerta de su habitación me percaté por las voces que venían desde adentro, de que allí había alguien.

No entré precipitadamente, sino que me detuve a escuchar para asegurarme que fuera Dejah Thoris y que no hubiera peligro alguno al entrar. Gracias a Dios tomé esta precaución, ya que la conversación que escuché fue en los tonos guturales de los hombres, y las palabras que me llegaron me advirtieron a tiempo. El que hablaba era un jefe y estaba dando órdenes a cuatro de sus guerreros.

Y cuando regrese a este recinto - estaba diciendo - como seguramente hará cuando vea que ella no acude a encontrarse con él en los bordes de la ciudad, ustedes cuatro saltan sobre él y lo desarman. Esto requerirá la fuerza combinada de todos ustedes, si el informe que trajeron de regreso de Korad es cierto. Cuando lo tengan bien sujeto, llévenlo a las cuevas que hay debajo de los cuartos de los Jeddaks y encadénenlo, asegurándolo bien, donde pueda ser encontrado cuando Tal Hajus lo necesite. No le permitan hablar con nadie, ni dejen que nadie entre a esta habitación antes que él llegue. No hay peligro de que la chica regrese, ya que a esta hora debe de estar a salvo en los brazos de Tal Hajus. Todos sus antepasados pueden compadecerse de ella, ya que Tal Hajus no lo hará. La gran Sarkoja ha hecho un buen trabajo esta noche. Me marcho, pero si fracasan en su captura, cuando venga encomendaré sus cadáveres al frío seno del río Iss. -

17

Un recate costoso

Cuando dejó de hablar, se volvió para abandonar el departamento por la puerta detrás de la cual estaba yo. No tuve que esperar. Había escuchado lo suficiente para que mi alma se llenara de espanto. - Escabulléndome silenciosamente, volví al patio por cl camino que había llegado y entonces concebí mi plan de acción al instante. Crucé la manzana, y bordeando las avenidas del lado opuesto pronto estuve en el patio de Tal Hajus.

Las habitaciones brillantemente iluminadas del primer piso me indicaron dónde debía buscar primero, de modo que avancé hacia las ventanas y espié dentro, No tardé en descubrir que no iba a ser tan fácil acercarme como lo esperaba, ya que los cuartos traseros que bordeaban el patio estaban llenos de guerreros y mujeres. Entonces eché un vistazo a los pisos superiores y advertí que el tercero estaba aparentemente a oscuras. Decidí, pues, entrar por ese lugar. No me llevó más de un minuto alcanzar las ventanas superiores, y en un instante me había arrojado, al amparo de las sombras, dentro del tercer piso.

Por fortuna, el cuarto que había elegido estaba vacío, de modo que me arrastré silenciosamente hacia el corredor que se extendía más allá y descubrí una luz en el cuarto que había delante de mí. Llegué a lo que parecía ser una puerta y descubrí que no era más que un acceso que daba a un inmenso recinto interno que se elevaba desde el primer piso, dos pisos debajo de mí, hasta el techo, en forma de cúpula y muy por encima de mí. Esta gran sala circular estaba atestada

de caudillos, guerreros y mujeres. En uno de los extremos había una alta plataforma sobre la cual se hallaba en cuclillas la bestia más horrible que jamás haya visto. Sus rasgos eran fríos, duros, crueles y espantosos, como los de todos los guerreros verdes, pero acentuados y envilecidos por las pasiones animales a las que se había abandonado hacía muchos años. No había ningún rastro de dignidad ni de orgullo en su conducta bestial. Al tiempo que su enorme masa desbordaba la plataforma donde estaba sentado como un insecto diabólico, sus seis miembros acentuaban la similitud en forma horrible y espantosa. Pero lo que me congeló de aprensión fue el ver a Sola y Dejah Thoris de pie delante de él, y la diabólica mirada con la que se estaba deleitando al dejar que sus grandes ojos saltones cayeran sobre la bella figura de ésta. Ella estaba hablando, pero no podía escuchar lo que decía, ni podía discernir el bajo gruñido de lo que él respondía. Ella estaba allí, erguida ante él, con la cabeza en alto. Aun a la distancia que estaba de ellos podía leer el desprecio y disgusto en el rostro de ella cuando dejó que su arrogante mirada se posara sobre él sin la más mínima señal de miedo. Por cierto, era la orgullosa hija de mil Jeddaks. Lo era cada centímetro de su querido y precioso cuerpo pequeño, tan pequeño, tan delicado al lado de los imponentes guerreros que la rodeaban, pero en su majestuosidad los superaba hasta hacerlos insignificantes. Era la figura más poderosa entre ellos y realmente creo que lo sentían así.

En ese momento Tal Hajus hizo una seña para que el recinto quedara libre y los prisioneros quedaran solos ante él Lentamente, los jefes y las mujeres se desvanecieron en las sombras de los recintos linderos y Dejah Thoris y Sola quedaron solas ante el Jeddak de los Tharkianos.

Un solo jefe había dudado antes de partir. Lo vi parado a la sombra de una imponente columna, sus dedos jugando nerviosamente con la empuñadura de su gran espada y sus crueles ojos inclinados con implacable odio hacia Tal Hajus.

Era Tars Tarkas. Podía leer sus pensamientos como si fuera un libro abierto, por la aversión que se reflejaba en su rostro. Estaba pensando en aquella otra mujer que, cuarenta años atrás, había estado ante esa bestia. Si pudiera haberle dicho una palabra al oído, en aquel momento el imperio de Tal Hajus se habría terminado. Finalmente él también abandonó a zancadas el cuarto, sin saber que estaba dejando a su propia hija a merced de la criatura que más despreciaba.

Tal Hajus se puso de pie. Yo, asustado, previendo a medias sus intenciones, me dirigí hacia el camino sinuoso que conducía a los pisos inferiores. Como no había nadie que me interceptara el paso, llegué al piso principal del recinto sin que me vieran, y entonces me coloqué al amparo de la misma columna que Tars Tarkas acababa de dejar. Cuando llegué allí, Tal Hajus estaba hablando.

- Princesa de Helium: Podría arrancarle a tu gente un grandioso rescate, si quisiera, por devolverte sin daño alguno, pero prefiero mil veces mirar ese hermoso rostro retorcerse en la agonía de la tortura. Será un largo proceso, te lo prometo, diez días de placer serían muy poco para demostrar el amor que siento por tu raza. Los horrores de tu muerte obsesionarán los sueños de los hombres rojos para siempre. Se estremecerán en las sombras de la noche cuando sus

padres les hablen de la horrible venganza de los hombres verdes, de la fuerza, del poder, del odio y de la crueldad de Tal Hajus. Pero antes de la tortura serás mía por una hora escasa. También le llegarán noticias de esto a Tardos Mors, Jeddak de Helium, tu abuelo, que se arrastrará por el suelo en el paroxismo del dolor. Mañana comenzará la tortura. Esta noche serás de Tal Hajus. Ven.

Saltó de la plataforma y la aferró rudamente del brazo. Pero apenas la había tocado cuando salté entre ellos. Mi espada pequeña, filosa y brillante estaba en mi mano derecha. Podía haberla hundido en su corrompido corazón antes que se percatara de quién lo atacaba; Pero cuando levanté el brazo para herirlo, pensé en Tars Tarkas. A pesar de toda mi furia, de todo mi odio, no podía robarle ese feliz momento por el que él había vívido y esperado todos esos largos y tediosos años. En cambio, descargué mi puño derecho de lleno sobre su mandíbula. Sin emitir sonido alguno se derrumbó como si estuviera muerto.

En el mismo silencio mortal tomé a Dejah Thoris de la mano, e indicándole a Sola que nos siguiera, nos dirigimos rápida y silenciosamente hacia el piso superior. Llegamos sin ser vistos a una ventana trasera, y con las correas y cuerdas de mis arneses hice bajar primero a Dejah Thoris y luego a Sola hasta el suelo. Después descendí yo ágilmente y las conduje con premura por el patio, al abrigo de las sombras de los edificios, y así regresamos por el mismo camino que unos minutos antes había tomado para llegar hasta los límites de la ciudad.

Por último encontramos a mis *doats* en el patio donde los había dejado. Los ensillé y cruzamos rápidamente el edificio hacia la avenida que estaba afuera. Montados. Sola en una bestia y Dejah Thoris a mi lado sobre la otra, cabalgamos desde la ciudad de Thark hacia el sur, a través de los cerros.

En vez de rodear la ciudad por atrás, con dirección noroeste hacia el acueducto más cercano que estaba a tan corta distancia de nosotros, giramos hacia el noreste y nos lanzamos hacia la extensión de musgo a través de la cual, a trescientos peligrosos y cansados kilómetros se encontraba otra arteria principal que conducía a Helium.

No se habló ni una palabra hasta después de mucho tiempo de haber dejado la ciudad, pero podía oír los sollozos ahogados de Dejah Thoris mientras se aferraba a mí v descansaba su cabeza sobre mi hombro.

- Si lo logramos, mi jefe, la deuda de Helium será muy grande, más grande de lo que puedan llegar a pagarte por esto. Si no lo conseguimos, la deuda no será menor, aunque los Heliumitas nunca lo sepan, porque has salvado a la última de nuestra estirpe de algo peor que la muerte.

No contesté, pero acerqué mi mano a mi flanco y oprimí sus pequeños dedos, que me agradaba que se aferraran a mí para sostenerse. Así, en completo silencio, corrimos sobre el musgo amarillento iluminado por la luna, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Por mi parte, no podía sentirme más feliz de lo que estaba. Con el cuerpo cálido de Dejah Thoris que se ceñía contra mí, y con todos los peligros que habíamos pasado, mi corazón rebosaba de felicidad, como si ya hubiéramos entrado por las puertas de Helium.

Nuestros planes primitivos habían sido tan nefastamente desbaratados que ahora nos encontrábamos sin comida y sin bebida, y sólo yo estaba armado. Por lo tanto, apresuramos a nuestras bestias a una velocidad que desgraciadamente los afectaría antes que pudiéramos llegar al final de la primera etapa de nuestro viaje.

Cabalgamos toda la noche y todo el día siguiente, descansando muy poco. A la segunda noche, tanto los animales como nosotros estábamos completamente fatigados, de modo que nos echamos sobre el musgo y dormimos aproximadamente cinco o seis horas. Volvimos a ponernos en camino antes que aclarara. Cabalgamos todo el día siguiente. Cuando ya tarde, al anochecer, no habíamos visto todavía señal alguna de los árboles grandes que indican la ubicación de los enormes acueductos a través de todo Barsoom, nos dimos cuenta de la terrible verdad: estábamos perdidos.

Era evidente que habíamos estado dando vueltas, pero era difícil decir en qué sentido. Parecía imposible que hubiera ocurrido, teniendo el sol para guiamos de día y las lunas y las estrellas de noche. Por el momento no había ningún canal a la vista y el grupo entero estaba a punto de desfallecer de hambre, de sed y de fatiga. Delante de nosotros, a la distancia y apenas hacia la derecha, podíamos distinguir el contorno de unas colinas bajas. Decidimos intentar alcanzarlas con la esperanza de que desde algún cerro pudiéramos distinguir el canal perdido. La noche nos sorprendió antes de llegar a la meta, y entonces, casi desfallecidos de cansancio y debilidad, nos echamos a dormir.

Me desperté temprano, por la mañana, al sentir un inmenso cuerpo que se apretaba contra mí. Al abrir los ojos sobresaltado, vi a mi bendito y viejo Woola arrimado a mí. La leal bestia nos había seguido a través de aquella extensión sin huellas para compartir nuestro destino, cualquiera que fuera.

Abracé su cuello y apreté mi mejilla contra la de él. No me avergonzaba hacerlo, como tampoco me avergoncé de las lágrimas que llenaron mis ojos cuando pensé en el cariño que me tenía. Poco después Dejah Thoris y Sola se despertaron y decidimos aunar nuestras fuerzas una vez más para llegar a las colinas.

Habíamos hecho apenas un kilómetro cuando noté que mi *doat* estaba empezando a tambalearse y a tropezar de una forma muy penosa, aunque no habíamos intentado forzarlos a caminar desde la noche anterior. De pronto se inclinó sin control hacia un lado y cayó pesadamente al suelo. Dejah Thoris y yo salimos despedidos lejos de él y caímos sobre el suave musgo. La pobre bestia, sin embargo, estaba en un estado penoso. Ni siquiera era capaz de levantarse, aun sin nuestro peso. Sola ~e dijo que el frío de la noche, junto con el descanso, podría reanimarlo sin lugar a dudas. Por lo tanto decidimos no matarlo, como fue nuestra primera intención, ya que pensaba que hubiera sido cruel abandonarlo para que muriera de hambre y sed. Le quité los arneses, los dejé en el suelo a su lado, y abandonamos a ese pobre ser a su destino. Así pues, proseguimos con un *doat.* Sola y yo caminamos, y dejamos que Dejah Thoris montara a pesar de su oposición De este modo habíamos avanzado hasta una distancia aproximada de un kilómetro de las colinas que intentábamos alcanzar, cuando Dejah Thoris, desde su ubicación privilegiada sobre el *doat* exclamó que veía un gran grupo de

hombres montados que venían bajando desde un paso de las colinas a varios kilómetros de distancia. Tanto Sola como yo miramos en la dirección que Dejah Thoris indicaba, y allí pudimos distinguir claramente que había varios cientos de guerreros montados. Parecían dirigirse hacia el sudoeste, lo que los alejaría de nosotros.

Indudablemente eran guerreros Tharkianos que habían sido enviados a capturarnos. Suspiré aliviado al ver que iban en dirección opuesta, pero apeé rápidamente a Dejah Thoris de su animal y le ordené que se echara al suelo, cosa que hicimos todos para pasar inadvertidos.

Los pudimos ver mientras cruzaban el paso, sólo por un instante, antes que se perdieran de vista detrás del cerro. Para nosotros fue el cerro más providencial que podíamos haber encontrado, ya que si hubieran estado a la vista durante un lapso prolongado, por cierto que nos habrían descubierto. En ese momento, el que parecía ser el último guerrero que quedaba a la vista se detuvo, se llevó un pequeño pero potente catalejo a los ojos y examinó el lecho del mar en todas las direcciones. Evidentemente era un jefe, ya que en ciertas formaciones, entre los marcianos verdes, es el que cierra la marcha de la columna. Cuando dirigió su catalejo hacia nosotros, nuestros corazones se paralizaron y pude sentir que una transpiración fría comenzaba a brotar de cada poro de mi piel.

En ese momento enfocó de pleno sobre nosotros y fijó la mirada. La tensión de nuestros nervios estaba en £u punto máximo y dudo que alguno de nosotros haya respirado siquiera durante el corto tiempo que nos tuvo dentro del campo de su lente. Bajó luego el catalejo y pude ver que gritaba una orden a sus guerreros, que habían desaparecido detrás del cerro. Sin embargo, no esperó a que se le unieran, sino que giró su *doat* y se dirigió precipitada y vehementemente hacia nosotros.

No había más que una posibilidad y la teníamos que aprovechar rápidamente. Levanté, pues, mi extraño rifle marciano hasta mi hombro, apunté y toqué el botón del percutor. Hubo una explosión fuerte cuando el proyectil alcanzó el objetivo, y el jefe que se aproximaba a la carga cayó de espaldas desde su veloz montura.

Me puse de pie de un salto, apresuré a mi *doat* para que se levantara e indiqué a Sola que lo montara junto con Dejah Thoris e hicieran un poderoso esfuerzo por llegar a las colinas antes que los guerreros verdes se echaran sobre nosotros. Sabía que en las cañadas y barrancas podrían encontrar un escondite temporario, y aunque murieran allí de hambre y de sed, eso sería mejor que caer en manos de los Tharkianos. Les ordené que llevaran mis dos revólveres con ellas a fin de protegerse y, en última instancia, como elementos de salvación para evitar la horrible muerte que podría significar que las volvieran a capturar. Levanté a Dejah Thoris en mis brazos y la puse sobre el *doat,* detrás de Sola, que ya había montado cuando impartí la orden.

- Adiós, mi princesa – susurré -, ya nos encontraremos en Helium. He escapado de aprietos peores que éste. - Traté de sonreír mientras mentía.

-¿Qué? – exclamó -. ¿No vienes con nosotras?

- No es posible, Dejah Thoris. Alguien tiene que entretener a esa gente por un rato. Puedo escapar mejor solo que estando los tres juntos.

Saltó rápidamente del *doat* y, abrazando mi cuello con sus adorables brazos, se volvió hacia Sola y le dijo con tranquila dignidad:

-¡Huye, Sola! Dejah Thoris se queda a morir con el hombre que ama.

Esas palabras están grabadas en mi corazón. Con cuánto gusto ofrendaría mi vida cien veces, sólo para poder escucharlas una vez más. Pero en ese momento no podía abandonarme ni un segundo al éxtasis de su abrazo. Uní por primera vez mis labios con los de ella, la alcé en vilo y volví a colocarla en su asiento, detrás de Sola, ordenándole terminantemente a ésta que la retuviera allí aunque fuera a la fuerza; y luego, pegándole al *doat* en las ancas, vi cómo se alejaban y cómo Dejah Thoris luchaba hasta el final, tratando de zafarse de Sola.

Al volverme vi a los guerreros verdes que subían por el cerro en busca de su jefe. Lo vieron enseguida y luego me vieron a mí; pero apenas me descubrieron comencé a disparar, echado boca abajo en el musgo. Tenía aún cien balas en el cargador de mi rifle y otras tantas en el cinturón, a mi espalda. Mantuve una descarga continua de fuego hasta que vi que todos los guerreros que en un principio habían regresado de detrás del cerro, estaban muertos o corrían a esconderse.

La tregua, sin embargo, duró poco, ya que el grupo entero, que sumaba alrededor de mil hombres, pronto apareció cargando en loca carrera hacia mí. Disparé hasta que mi rifle quedó descargado. Ya casi estaban sobre mí, pero entonces, al asegurarme de un vistazo de que Dejah Thoris y Sola habían desaparecido entre las colinas, salté, me deshice de mi rifle inútil y comencé a alejarme en la dirección opuesta a la que las dos mujeres habían tomado.

Si alguna vez los marcianos tuvieron una exhibición de salto, fue la que presenciaron aquellos guerreros atónitos, aquel día, años atrás. Sin embargo, mientras esto los alejaba de Dejah Thoris, no distraía su atención de su propósito de capturarme.

Corrían salvajemente detrás de mí, hasta que finalmente, mi pie chocó contra una piedra y caí con los brazos y las piernas extendidos sobre el musgo.

Cuando levanté la vista, ya estaban sobre mí, y aunque saqué mi espada larga en un intento de vender mi vida tan cara como me fuera posible, todo terminó pronto. Sus golpes, que caían sobre mí a raudales, me hicieron tambalear y mi cabeza comenzó a dar vueltas. Entonces todo se volvió negro y caí desvanecido.

18

Encadenado en Warhoon

Debieron de haber pasado varias horas antes que recobrara el sentido. Recuerdo perfectamente el sentimiento de sorpresa que me invadió cuando descubrí que no estaba muerto.

Estaba tendido en una pila de sedas y pieles de dormir, en un ángulo de una habitación pequeña en la que había varios guerreros verdes. Inclinada sobre mí estaba una anciana horrible.

Cuando abrí los ojos se volvió hacia uno de los guerreros diciendo:

- ¡Vivirá, oh, Jed!

- Muy bien - contestó éste, levantándose y acercándose a mi cama -. Nos suministrará un precioso deporte para los grandes juegos.

En ese momento mis ojos cayeron sobre él. Vi que no era Tharkiano, ya que sus ornamentos y armas, no eran los de esa horda. Era un tipo inmenso, con horribles cicatrices en la cara y en el pecho, con un colmillo roto y una oreja menos. A ambos lados del pecho pendían cráneos humanos y de éstos, a su vez, pendían manos humanas disecadas.

Su referencia a los grandes juegos, de los que tanto había oído hablar mientras estaba entre los Tharkianos, me convenció de que no había hecho más que saltar del purgatorio al infierno.

Después de intercambiar unas pocas palabras más con la mujer, cuando ella le aseguró que ya estaba preparado para el viaje, el Jed ordenó que montáramos y cabalgáramos detrás de la columna principal.

Me ataron y me montaron en un *doat* tan salvaje y rebelde como nunca había visto, con un guerrero montado a cada lado para evitar que la bestia me tirara. Cabalgamos al galope tendido en persecución de la columna. Tan maravillosa y rápidamente habían ejercido su terapia los emplastos e inyecciones de las mujeres, y tan hábilmente me habían vendado y enyesado las lesiones, que las heridas me dolían apenas. Poco antes de oscurecer alcanzamos el cuerpo principal de las tropas, a poco de acampar para pasar la noche. Fui conducido inmediatamente ante el jefe, que parecía ser el Jeddak de las hordas Warhoonianas. Al igual que el Jed que me había llevado, tenía espantosas cicatrices y también se adornaba el pecho con cráneos y manos humanas disecadas que parecían identificar a todos los grandes guerreros entre los Warhoonianos, así como indicar su horrible ferocidad, la que sobrepasaba ampliamente a la de los Tharkianos.

El Jeddak, Bar Comas, que era relativamente joven, era objeto del odio feroz y celoso de su anciano lugarteniente Dak Kova, el Jed que me había capturado, de suerte que no pude menos que notar los esfuerzos intencionales que éste realizaba para agraviar a su superior.

Omitió por completo el saludo formal de práctica al presentarnos ante el Jeddak, y cuando me empujó rudamente ante el principal, exclamó en tono fuerte y amenazador.

- He traído una criatura extraña que lleva las armas de los Tharkianos. Tendré gran placer en verla luchar con un *doat* salvaje en los grandes juegos.

- Si muere, morirá como Bar Comas, tu Jeddak, lo crea conveniente - contestó el joven conductor, con énfasis y dignidad.

- ¿Si muere? - rugió Dak Kova -. Por las manos muertas que tengo en mi garganta que morirá. Bar Comas. Ninguna debilidad sensiblera de tu parte, lo salvará. ¡Oh, si Warhoon estuviera gobernado por un verdadero Jeddak, en vez de gobernarlo un corazón débil a quien aun el viejo Dak Kova podría arrancar sus armas con sus manos desnudas.

Bar Comas miró al desafiante insubordina4o por un momento, con una expresión arrogante de desprecio y odio, y luego, sin sacar una sola arma y sin decir palabra se arrojó a la garganta del difamador.

Nunca había visto hasta entonces a dos guerreros verdes batirse con sus armas naturales. La exhibición de ferocidad animal que siguió fue una cosa terrible que ni la más desordenada imaginación podría pintarla. Se rasgaban los ojos y las orejas con las manos, y con sus brillantes colmillos se punzaban y acuchillaban de continuo hasta que ambos quedaron prácticamente hechos jirones de pies a cabeza.

Bar Comas llevaba la mejor parte de la pelea, ya que era más fuerte e inteligente. Pronto pareció que el encuentro había terminado, salvo la estocada final, cuando Bar Comas se deslizó para zafarse de una llave. Fue la oportunidad que Dak Kova necesitaba, y arrojándose contra el cuerpo de su adversario, incrustó su único pero poderoso colmillo en la ingle de aquél, y con un último y tremendo esfuerzo destrozó al joven Jeddak de pies a cabeza, hiriéndolo por fin, con su gran colmillo, en los huesos de la mandíbula.

Vencedor y vencido rodaron, uno exhausto y el otro sin vida, por el musgo, como una gran masa de carne destrozada y sangrante.

Bar Comas estaba tan muerto como una roca. En cuanto a Dak Kova, éste se salvó del destino que se merecía, gracias a los denodados esfuerzos de sus mujeres. Tres días después ya caminaba sin ayuda hacia el cuerpo de Bar Comas - el que por costumbre no había sido movido del lugar donde yacía -, y entonces, colocando el pie sobre el cuello de su antiguo conductor, tomó el título de Jeddak de Warhoon.

Se le sacaron las manos y la cabeza al Jeddak muerto, para sumarías a los ornamentos de las conquistas del vencedor, y luego las mujeres quemaron los restos entre carcajadas horribles y salvajes.

Las lesiones de Dak Kova habían retrasado la marcha tanto tiempo que se decidió desistir de la expedición - que tenía el objetivo de irrumpir sobre las pequeñas comunidades Tharkianas en represalia por la destrucción de la incubadora -, hasta después de los grandes juegos.

La tropa íntegra de guerreros, que sumaban unos diez mil, volvió hacia Warhoon. Mi presentación a esta gente cruel y sedienta de sangre no fue más que un Indice

de las escenas que iba a observar casi diariamente mientras estuviera con ellos. Eran una horda más pequeña que la de los Tharkianos, pero mucho más feroz. No pasaba un solo día sin que alguno de los miembros de las comunidades Warhoonianas se trabara en lucha mortal. He llegado a ver hasta ocho duelos mortales por día.

Llegamos a la ciudad de Warhoon después de casi tres días de viaje. De inmediato fui arrojado dentro de un calabozo y fuertemente encadenado al piso y a las paredes. Me daban comida a intervalos, pero debido a la oscuridad cerrada del lugar, no sé si estuve tendido allí días, semanas o meses. Fue la experiencia más horrible de toda mi vida. El hecho de que el sentido no me abandonara a pesar de los terrores que se escondían en esa oscuridad absoluta, fue un milagro. El lugar estaba lleno de cosas que se arrastraban; cuerpos fríos y sinuosos que pasaban sobre mí. En la oscuridad tuve visiones ocasionales de ojos brillantes y feroces que me miraban con horrible insistencia. No me llegaba ningún sonido del mundo exterior y mi carcelero no emitía una sola palabra cuando me traía la comida, aunque al principio lo bombardeaba a preguntas.

Finalmente todo el odio y la maniática aversión hacia las terribles criaturas que me habían arrojado en ese horrible lugar se centró - por el deterioro de mi razón - sobre ese único emisario que representaba a la horda entera de Warhoon.

Había notado que siempre avanzaba con su débil antorcha hasta donde pudiera poner la comida para que yo la alcanzara. Cuando se detenía para ponerla en el suelo, su cabeza quedaba prácticamente a la altura de mi pecho. Por lo tanto, con la astucia de un loco, retrocedí hacia el ángulo opuesto de mi celda cuando volví a oír que se acercaba, y recogiendo una pequeña parte de la cadena que me sujetaba de la mano, esperé su llegada agazapado como una bestia de rapiña. Cuando se detuvo para dejar mi comida en el suelo, descargué la cadena sobre su cabeza y golpeé los eslabones con todas mis fuerzas sobre su cráneo. Sin emitir un solo gruñido cayó al suelo muerto como tina piedra.

Riendo y parloteando, como que me estaba transformando rápidamente en un idiota, me arrojé sobre su cuerpo y mis dedos buscaron su garganta muerta. En ese momento éstos, tropezaron con una pequeña cadena de cuyo extremo colgaban algunas llaves. El contacto de mis dedos con esas llaves me hizo recuperar de inmediato la razón, y entonces mi idiotez se esfumó y volví a ser un hombre sano y cuerdo. Ahora tenía en mis propias manos los medios para escapar.

Mientras tanteaba en el cuello de mi víctima para sacar la cadena, eché un vistazo en la oscuridad y vi seis pares de ojos brillantes, fijos, que ni siquiera pestañeaban, sobre mí. Lentamente se acercaron y lentamente retrocedí con horror. De nuevo en mi ángulo, me agazapé sosteniendo mis manos con las palmas hacia arriba, ante mí. Los horribles ojos avanzaron furtivamente hasta llegar al cadáver que estaba a mis pies Entonces, lentamente se retiraron, pero esta vez con un extraño sonido chirriante. Por ultimo desaparecieron en un hueco negro y distante del calabozo.

19

El combate en la arena

Lentamente recobré mi compostura y por fin, volví a intentar retirar las llaves del cadáver de mi antiguo carcelero. Pero cuando busqué en la oscuridad para localizarlo, descubrí con horror que había desaparecido. Entonces la verdad se me apareció como un relámpago: los dueños de esos ojos brillantes habían arrastrado mi premio lejos de mí para devorarlo en su guarida cercana. De ese modo habían estado esperando durante días, semanas y meses, toda esa horrible eternidad de mi encarcelamiento, para arrastrar mi propio cadáver y darse un festín.

Durante dos días no me trajeron comida, pero luego apareció un nuevo guardián y mi encarcelamiento siguió como antes. Sin embargo, no volví a permitir que mi razón se trastornara, a pesar de mi horrible situación.

Poco después de este episodio trajeron a otro prisionero y lo encadenaron cerca de mí. A la tenue luz de la antorcha vi que era un marciano rojo. Apenas pude esperar que se fuera el carcelero para entablar conversación. Cuando sus pasos dejaron de oírse saludé suavemente al marciano con una palabra de recibimiento: "koar".

-¿Quién eres, tú que hablas en la oscuridad? - me contestó

- John Carter, un amigo de los hombres rojos de Helium.

- Soy de Helium, pero no recuerdo tu nombre.

Entonces le conté mi historia tal cual la he relatado en este libro omitiendo mencionar mi amor por Dejah Thoris. Le alegró mucho tener noticias de la princesa de Helium. Parecía bastante persuadido de que ella y Sola podían haber llegado fácilmente a un lugar seguro. Dijo que Conocía bien cl lugar porque el paso que habían atravesado los guerreros warhooníanos, cuando nos descubrieron, era el único que usaban cuando se dirigían al sur.

- Dejah Thoris y Sola entraron por las colinas a menos de diez kilómetros de un gran acueducto y probablemente ahora estén a salvo - me aseguró.

Mi compañero de prisión era Kantos Kan, un *padwar* (teniente) de la flota de Helium. Había sido uno de los miembros de la expedición que había caído en poder de los Tharkianos, durante la cual habían capturado a Dejah Thoris. Me relató brevemente los sucesos que siguieron a la derrota de las naves.

Muy averiadas y casi incapaces de funcionar habían vuelto lentamente a Helium: pero mientras pasaban la ciudad vecina de Zodanga, la capital de los enemigos hereditarios de Helium entre los hombres rojos de Barsoom, habían sido atacados por un gran cuerpo de naves de guerra. Salvo la nave de la que procedía Kantos Kan, todas fueron destruidas y capturadas. Su nave fue perseguida durante días por tres de las naves de guerra de Zodanga, pero finalmente pudo escapar durante la oscuridad de una noche sin luna.

Treinta días después de la captura de Dejah Thoris, mas o menos hacia nuestra llegada a Thark, su nave había llegado a Helium con un número aproximado de

diez sobrevivientes de una tripulación original de setecientos oficiales y soldados. De inmediato se habían formado siete grandes flotas - cada una con cien poderosas naves de guerra - para que buscaran a Dejah Thoris. De estas naves se habían separado dos mil naves más pequeñas en la búsqueda inútil de la princesa perdida.

Dos comunidades de marcianos verdes fueron borradas de la superficie de Barsoom por una de las flotas vengadoras, sin que se encontraran rastros de Dejah Thoris. Habían estado buscando entre las hordas del norte y sólo en los últimos días habían extendido su búsqueda hacia el sur.

Kantos Kan había sido asignado a una de las pequeñas naves, manejadas por un solo hombre, y había tenido la desgracia de ser descubierto por los Warboonianos mientras exploraba la ciudad. La valentía y temeridad de ese hombre ganaron mí mayor respeto y admiración. Había aterrizado solo, en las fronteras de la ciudad, y había entrado a pie en los edificios linderos a la plaza. Había explorado dos días con sus noches las habitaciones y las cárceles en busca de su amada princesa sólo para conseguir caer en manos del grupo de Warhoonianos cuando estaba por abandonar la ciudad, después de asegurarse de que Dejah Thoris no estaba cautiva allí.

Durante el período de nuestro encarcelamiento Kantos Kan y yo nos conocimos bien y trabamos una cálida amistad personal. Fueron sólo unos pocos días, sin embargo, al cabo de los; cuales nos sacaron a rastras de la cárcel para llevarnos a los grandes juegos. Fuimos conducidos una mañana temprano al enorme anfiteatro que, en lugar de estar construido sobre la superficie del suelo, estaba debajo de ella. Estaba parcialmente lleno de escombros, de manera que era difícil determinar el tamaño que había tenido al, principio. En sus condiciones actuales tenía capacidad para los veinte mil Warhoonianos que constituían las hordas en conjunto.

La pista era inmensa, pero extremadamente irregular y tosca. Alrededor de ella, los Warhoonianos habían apilado piedras de algunos de los edificios en ruinas de la antigua ciudad, para evitar que los animales o los cautivos escaparan de la arena. A cada extremo se habían construido jaulas para retenerlos hasta que les llegara el turno de encontrarse con una muerte horrible en la arena.

A Kantos Kan y a mí nos pusieron juntos en una de las jaulas. En las otras había *calots* salvajes, *doats, zitidars* furiosos, guerreros verdes y mujeres de otras hordas, además de una variedad de bestias feroces y salvajes de Barsoom que no había visto nunca. El estrépito de sus rugidos, gruñidos y chillidos era ensordecedor, y la apariencia formidable de cada uno de ellos era suficiente para hacer que el más intrépido de los corazones se sintiera sobrecogido.

Kantos Kan me explicó que, al finalizar el día uno de esos prisioneros ganaría su libertad y los otros yacerían muertos en la arena. Los ganadores de todos los encuentros del día competirían entre sí hasta que sólo quedaran vivos dos. El vencedor del último encuentro quedaba en libertad fuera hombre o animal. La mañana siguiente se volverían a llenar las jaulas con una nueva partida de víctimas, y así durante los diez días que duraban los juegos.

Poco después de haber sido enjaulados, el anfiteatro comenzó a llenarse y en menos de una hora todos los asientos disponibles estaban ocupados. Dak Kova con sus Jeds y jefes estaba sentado en el centro de uno de los costados de la pista, sobre una gran plataforma elevada.

A una señal de aquél, las puertas de dos jaulas se abrieron y una docena de mujeres verdes fueron conducidas al centro de la pista. Allí se le dio una daga a cada una y luego se soltó una jauría de doce *calots* o perros salvajes.

Cuando las bestias, gruñendo y echando espuma por la boca, se abalanzaron sobre las mujeres prácticamente indefensas, di vuelta el rostro. No me creía capaz de soportar esa horrible escena. Los gritos y risas de las hordas verdes daban prueba de la excelente calidad del espectáculo. Cuando volví la vista hacia la pista, pues Kantos Kan me dijo que había terminado todo, vi tres *calots* victoriosos gruñendo sobre el cuerpo de sus presas. Las mujeres se habían desempeñado bien.

Luego, un *zitidar* furioso fue lanzado sobre los perros que quedaban y el torneo siguió así a lo largo de todo ese horrible y tórrido día.

Durante el día fui enfrentado primero con hombres y después con bestias, pero como estaba armado con una espada larga y siempre superaba a mis adversarios en agilidad y por lo general en fuerza, gané el aplauso de la multitud sedienta de sangre. Hacia el final hubo gritos para que fuera sacado de la arena y se me hiciera miembro de las hordas de Warhoon.

Por último, quedamos tres de nosotros: un gran guerrero verde de alguna de las hordas del norte, Kantos Kan y yo. Los otros dos debían batirse y luego yo tendría que luchar con el vencedor por la libertad que se concedía al vencedor final.

Kantos Kan había luchado varias veces durante el día y, al igual que yo, había salido siempre victorioso, pero en algunas ocasiones con muy poco margen, especialmente cuando lo enfrentaban con los guerreros verdes. Tenía pocas esperanzas de que pudiera supera, a su adversario gigante que había arrasado con todo lo que se le había puesto por delante durante el día. Medía cerca de cinco metros, mientras que Kantos Kan alcanzaba apenas los dos metros. Cuando avanzaban para encontrarse, vi por primera vez un truco de la esgrima marciana que hizo que la esperanza de vencer y vivir de Kantos Kan se cifrara en una sola jugada. Cuando estuvo a menos de siete metros del inmenso contrincante, llevó el brazo con que sostenía su espada hacia atrás por encima de su hombro y con un potente movimiento arrojó su arma de punta hacia el guerrero verde. La espada voló como una flecha y se clavó en cl corazón del pobre demonio, que cayó sobre la arena.

Kantos Kan y yo teníamos que enfrentarnos, pero mientras, nos acercábamos para el encuentro le susurré que prolongara la batalla hasta cerca de la noche, con la esperanza de que pudiéramos encontrar algún modo de escapar. La horda. evidentemente, adivinó que no seríamos capaces de batirnos y gritaba enfurecida, ya que ninguno de los dos arriesgaba una estocada fatal.

Cuando vi la proximidad de la oscuridad, musité a Kantos Kan que clavara su espada entre mi brazo izquierdo y mi cuerpo. Cuando lo hizo, me tambaleé hacia atrás, sujetando fuertemente la espada con mi brazo. Así caí al suelo con el arma aparentemente saliendo de mi pecho. Kantos Kan se dio cuenta de mi estratagema y poniéndose rápidamente a mi lado puso su pie sobre mi cuello y apartando la espada de mi cuerpo me dio la estocada final - que, se suponía, debía atravesar la vena yugular - en el cuello. Sin embargo, en esta ocasión la hoja fría penetró en la arena de la pista sin causarme daño alguno. En la oscuridad que ya había caído sobre nosotros, nadie podría haber dicho que no había terminado conmigo realmente. Le dije que se fuera y reclamara su libertad y que luego me buscara en las montañas del este de la ciudad.

Cuando el anfiteatro se vació me deslicé furtivamente hacia la parte superior. Como la gran excavación quedaba lejos de la plaza y en un lugar inhabitado, tuve pocos problemas para alcanzar las montañas que se extendían más allá de la ciudad.

20

La fábrica de atmósfera

Esperé a Kantos Kan durante dos días, pero como no aparecía, me puse en marcha -a pie- en dirección noroeste, hacia el punto donde me había dicho que estaba el acueducto más cercano. Mi único alimento consistía en leche vegetal.

Deambulé durante dos largas semanas, caminando por las noches guiado sólo por las estrellas y escondiéndome durante el día detrás de alguna roca saliente u, ocasionalmente, entre las montañas, que cruzaba. Fui atacado varias veces por bestias salvajes, monstruosidades extrañas y rústicas que saltaban sobre mí en la oscuridad. Tenía que tener mi espada larga constantemente en la mano para prevenir un ataque. Por lo general, mi extraña fuerza telepática, recientemente adquirida, me advertía con un margen de tiempo amplio. Sin embargo, en una oportunidad fui derribado y sentí los horribles colmillos en mi yugular al tiempo que una cara peluda se apretaba contra la mía, antes que pudiera darme cuenta del peligro que me amenazaba.

No sabía qué era lo que estaba sobre mí, pero podía sentir que era enorme, pesado y con muchas patas. Mis manos estuvieron sobre su garganta antes que sus colmillos tuvieran la oportunidad de hundirse en mi cuello, y lentamente aparté ese hocico peludo de mí y cerré mis manos como una morsa sobre su tráquea

Yacíamos allí, sin emitir sonido. La bestia hizo todos los esfuerzos posibles para alcanzarme con sus horribles colmillos. Yo hacía fuerza para mantener mi presa y estrangularía mientras la alejaba de mi garganta. Lentamente mis brazos cedían ante la lucha desigual y, centímetro a centímetro, los ojos ardientes y los colmillos brillantes de mi antagonista se deslizaban hacia mí. Cuando el hocico peludo volvió a tocar mi cara, me di cuenta que todo estaba perdido. Entonces una masa viviente de destrucción saltó de la oscuridad sobre la criatura que me mantenía

inmovilizado contra el suelo. Los dos rodaron gruñendo sobre el musgo, destrozándose y haciéndose pedazos en forma horrorosa. Pronto terminó todo y mi salvador se levantó con la cabeza gacha sobre la garganta de esa cosa inerme que había querido matarme.

La luna más cercana apareció repentinamente sobre el horizonte e iluminó la escena Barsoomiana, dejándome ver que mi salvador era Woola. Sin embargo, me era imposible saber de dónde había salido y cómo me había encontrado. No es necesario aclarar que estaba feliz en su compañía. Sin embargo, mi alegría al verlo se vio empañada por la ansiedad de saber la razón por la que había abandonado a Dejah Thoris. Tan seguro estaba de su fidelidad a mis órdenes que pensé que solamente su muerte podría ser la causa de que la hubiera abandonado.

A la luz de las lunas que ahora brillaban sobre nosotros pude ver que no era ni la sombra de lo que había sido; y cuando se alejó de mis caricias y empezó a devorar ávidamente el cadáver que estaba a mis pies, descubrí que mi pobre compañero estaba medio muerto de hambre. Yo tampoco estaba en una situación mucho mejor, pero no podía comer la carne cruda y no tenía medios para hacer fuego. Cuando Woola terminó de comer, reanudé mi fatigoso y aparentemente interminable deambular en busca del esquivo acueducto.

Al amanecer del decimoquinto día de búsqueda tuve una alegría infinita al ver los altos árboles que señalaban el objetivo de mi expedición. Cerca del anochecer me arrastré muy cansado hacia los portales de un gran edificio que abarcaba alrededor de seis kilómetros cuadrados y que se elevaba a unos setenta metros del suelo. No había otra abertura en las paredes que no fuera la pequeña puerta, contra la que me apoye exhausto. No había tampoco señales de vida en los alrededores.

No encontré timbre ni forma alguna de anunciar mi presencia a los habitantes de la casa, a menos que el pequeño hueco que había en la pared, cerca de la puerta, se utilizara para tal propósito. Era más o menos del tamaño de un lápiz y, pensando que sería algo como un tubo por donde se hablaba, puse mi boca en él. Cuando estaba por hablar, surgió una voz desde adentro y me preguntó quién era, de dónde venia y la naturaleza de mi misión.

Expliqué que había escapado de los Warhoonianos y que estaba desfallecido de hambre y cansancio.

- Llevas las armas de un guerrero verde y te sigue un *calot:* aun así tu figura es la de un hombre rojo, pero tu color no es rojo ni verde. En nombre del noveno día, ¿qué tipo de criatura eres?

- Soy amigo de los hombres rojos de Barsoom y estoy muriendo de hambre. En nombre de la humanidad, ábrenos - le contesté.

En ese momento la puerta empezó a ceder ante mí hasta hundirse en la pared unos quince metros. Entonces se detuvo y se deslizó fácilmente hacia la izquierda, dejando a la vista un corredor corto y angosto, de cemento, a cuyo extremo había otra puerta, simi4ar en todo sentido a la que acababa de franquear. No había

nadie a la vista. Inmediatamente después de trasponer la primera puerta, ésta se volvió a deslizar detrás de nosotros hasta situarse de nuevo en su lugar, y luego retrocedió a su posición original en la pared del frente del edificio. Cuando se deslizaba noté su gran espesor, de más de siete metros. Luego de volver a su lugar, bajaron del techo grandes cilindros de acero, cuyos extremos inferiores encajaban en huecos que había en el suelo.

Una segunda y una tercera puerta retrocedieron delante de mí y se deslizaron a un lado como la primera, antes que llegara a un recinto interior donde encontré comida y bebida sobre una gran mesa de piedra. Una voz me indicó que satisficiera mi apetito y le diera de comer a mi *calot,* y mientras así lo hacía, mi anfitrión invisible me examinó e investigó minuciosamente.

- Tus argumentos son muy notables - dijo la voz -, pero evidentemente estás diciendo la verdad como es igualmente evidente que no eres de Barsoom. Puedo saberlo por la conformación de tu cerebro y la extraña ubicación de tus órganos internos y la forma y tamaño de tu cabeza.

-¿Puedes ver a través de mí? - exclamé.

- Sí, puedo ver todo, excepto tus pensamientos: si fueras Barsoomiano los podría leer.

Entonces se abrió una puerta en el costado Opuesto del recinto y una extraña, enjuta y pequeña momia vino hacia mí. No tenía la más mínima vestimenta. El único adorno que llevaba era un pequeño collar de oro del que pendía sobre su pecho un gran ornamento del tamaño de un plato, incrustado íntegramente en diamantes, excepto en el centro exacto. Allí había una extraña piedra de un centímetro de diámetro que refulgía despidiendo nueve rayos diferentes: los siete colores de nuestro arco iris y dos hermosos colores que para mí eran nuevos y no tenían nombre. No puedo describirlos, pues eso sena como explicarle el color rojo a un ciego. Sólo sé que eran extremadamente hermosos.

El anciano se sentó y me habló un rato largo. La parte más extraña de todo esto era que yo podía leer todos sus pensamientos y él no podía adivinar ninguno de los míos, a menos que yo hablara.

No mencioné mi capacidad de captar sus actividades mentales, y de ese modo pude sacar ventaja de lo que habría de ser de gran valor para mí más tarde, cosa que nunca habría llegado a conocer si él hubiera estado enterado de mi extraño poder, ya que los marcianos tenían un control tan perfecto de su mecanismo mental que eran capaces de dirigir sus pensamientos con absoluta precisión.

El edificio en el que me encontraba contenía la maquinaria que produce la atmósfera artificial que hace posible la vida en Marte. El secreto de todo el proceso consiste en el uso del noveno rayo, uno de los hermosos destellos que despedía la gran piedra de la diadema de mi anfitrión.

Este rayo se separa de los otros rayos del sol por medio de instrumentos finamente ajustados que se colocan sobre el tejado del inmenso edificio: tres cuartos de éste se usan para reserva, y allí se almacena el noveno rayo. Este producto se trata entonces eléctricamente, o mejor dicho, se le incorpora una

cierta proporción de vibraciones eléctricas refinadas. El producto resultante, se bombea hacia los cinco centros principales de aire del planeta donde, al liberarse, se pone en contacto con el éter del espacio y se transforma en atmósfera.

Siempre hay suficiente reserva almacenada del noveno rayo en el gran edificio para mantener la atmósfera actual de Marte por mil años, y el único temor, como me contó mi amigo, era que le sucediera algún accidente al aparato bombeador.

Me llevó a un recinto interno donde vi un campo de veinte bombas de radio, cada una de las cuales era capaz por sí sola de abastecer a todo Marte con los compuestos de la atmósfera. Durante ochocientos años, según me dijo, había vigilado esas bombas, que se usaban alternadamente una por día o un poco más de veinticuatro horas y media terráqueas. Tenía un asistente que compartía la vigilancia con él. Durante medio año marciano, o sea cerca de trescientos cuarenta v cuatro de nuestros días, uno de esos hombres se quedaba solo en esa enorme y apartada planta.

A todo marciano rojo se le enseña, durante su primera infancia, los principios de la elaboración de la atmósfera, pero sólo a dos por vez se les confía el secreto de la entrada al edificio, cl que, construido como está, con murallas de cuarenta y cinco metros de espesor, es absolutamente inaccesible. Hasta el techo es a prueba de asalto por parte de una nave aérea, ya que está cubierto por un vidrio de dos metros de espesor.

De los únicos que temen algún ataque es de los marcianos verdes, o de algún hombre rojo demente, ya que todos los Barsoomianos se dan cuenta de que la existencia misma de cada forma de vida sobre Marte depende del trabajo ininterrumpido de esa planta.

Descubrí un hecho curioso mientras leía sus pensamientos y era que las puertas externas se abrían por medios telepáticos. Las cerraduras están ajustadas con tanta precisión que las puertas se liberan por la acción de cierta combinación de ondas de pensamientos. Para experimentar con mi nuevo juguete, pensé sorprenderlo para que revelara esa combinación, de modo que le pregunté como al pasar cómo había hecho para abrirme las puertas macizas de los recintos internos del edificio. Con la rapidez del rayo saltaron a su mente nueve sonidos marcianos, pero se extinguieron tan rápido como cuando me contestó que eso era un secreto que no debía divulgar.

Desde ese momento, su actitud hacia mí cambió como si temiera haber sido sorprendido para que divulgara su gran secreto. Leí esa sospecha y ese temor en su mirada y en su pensamiento, aunque sus palabras eran amables. Antes de retirarme por la noche, prometió darme una carta para un oficial agricultor de las cercanías que podría ayudarme en mi camino hacia Zodanga, la cual, según dijo, era la ciudad marciana más cercana.

- Pero no se te ocurra decirle que vas camino de Helium, pues están en guerra con esa ciudad. Mi asistente y yo no somos de ninguna ciudad. Pertenecemos a todo Barsoom. Este talismán que usamos nos protege en todas las tierras, aun entre los marcianos verdes - aunque no nos pondríamos en sus manos si lo

pudiéramos evitar -. Buenas noches, mi amigo, que tengas un reparador y largo descanso. Sí, un largo descanso.

Aunque sonrió complacido, vi en sus pensamientos que nunca debió haberme recibido. Entonces en su mente apareció su propia imagen, inclinada sobre mí, esa noche, acompañando la veloz estocada de una larga daga con las palabras a medio formar: "Lo siento, pero es por el bien de Barsoom"

Cuando cerró tras él la puerta de mi recinto sus pensamientos se alejaron al igual que su presencia. Esto me pareció extraño de acuerdo con mi escaso conocimiento de transferencia de pensamientos.

Cautelosamente abrí la puerta de mi habitación. Seguido por Woola, busqué la más interna de las grandes puertas. Se me ocurrió un plan intrépido. Intentaría forzar las grandes cerraduras por medio de las nueve ondas de pensamiento que había leído en la mente de mi anfitrión.

Me deslicé furtivamente, corredor tras corredor, y bajando por los sinuosos pasajes, caminé hasta que finalmente llegue' al gran recinto donde esa mañana había terminado con mi largo ayuno. No había visto a mi anfitrión por ningún lado ni sabía dónde se recluía por la noche.

Estaba por arriesgarme a entrar en la habitación, cuando un ruido tenue detrás de mí me hizo volver a las sombras de un hueco del corredor. Arrastré a Woola conmigo y me acurruqué en la oscuridad.

En ese momento el anciano pasó cerca de mí y cuando entró en el recinto difusamente iluminado que había estado a punto de atravesar, vi que llevaba una daga larga y delgada y que la estaba afilando sobre una piedra. En ese momento tenía la intención de inspeccionar las bombas de radio, lo que le llevaría cerca de treinta minutos. Luego regresaría a mi dormitorio y terminaría conmigo.

Cuando atravesó el gran recinto y desapareció por el pasaje que conducía a la sala de maquinarías, me escurrí de mí escondite y crucé hacia la gran puerta, la más próxima de las tres que me separaban de la libertad.

Concentré mi mente sobre la cerradura y lancé las nueve ondas de pensamiento contra ésta. Aguardé sin respirar - y en ese momento la gran puerta se movió suavemente hacia mí - y se deslizó hacia un costado. Uno tras otro, los restantes portales se abrieron a mi orden. Woola y yo nos precipitamos hacía la oscuridad, libres y un poco mejor de lo que habíamos estado antes. Al menos teníamos el estómago lleno.

Deseosos de alejarnos enseguida de la sombra del formidable edificio, nos encaminamos hacia el primer cruce y procuramos dar con la carretera central tan pronto como nos fuera posible. La alcanzamos cerca del alba, y entrando en la primera construcción me puse a buscar a los moradores.

Había edificios bajos de cemento, cerrados con pesadas puertas infranqueables. Ni golpeando ni gritando obtuve respuesta. Fatigado y exhausto por la falta de descanso, me arrojé al suelo, ordenándole a Woola que vigilara.

Al rato, sus espantosos gruñidos me despertaron. Cuando abrí los ojos vi a tres marcianos rojos parados a poca distancia de donde nos encontrábamos, apuntándonos con sus rifles.

- Estoy desarmado y no soy enemigo - me apresuré a explicar -. He sido prisionero de los marcianos verdes y voy camino a Zodanga. Todo lo que pido es comida y descanso para mí y mi calot, y las instrucciones apropiadas para llegar a mi destino.

Bajaron sus rifles, avanzaron satisfechos hacia mí, y me pusieron - la mano derecha sobre el hombro izquierdo, según el saludo acostumbrado. Entonces me preguntaron muchas cosas acerca de mí y de mí deambular, y luego me llevaron a la casa de uno de ellos, que quedaba a poca distancia.

Los edificios donde había llamado esa mañana temprano estaban destinados sólo a provisiones y enseres agrícolas. La casa propiamente dicha se elevaba entre los árboles. Como todas las casas de los marcianos rojos, había sido elevada de noche, a unos quince metros del nivel de la superficie, sobre un inmenso eje redondo de metal que subía y bajaba dentro de un hueco practicado en el suelo. La operación se realizaba por medio de una pequeña máquina de radio que estaba en el recinto de entrada del edificio. De este modo, en lugar de molestarse con cerrojos y trabas en sus habitaciones, los marcianos rojos, simplemente se alejaban del peligro durante la noche. No obstante también, tenían medios especiales para hermanos o subirlos desde el suelo cuando salían de viaje.

Estos seres, hermanos, vivían con sus esposas e hijos en tres casas similares de esa granja. No trabajaban, ya que eran funcionarios del gobierno, encargados de supervisar. El trabajo lo realizaban los penados, los prisioneros de guerra, los deudores y los solteros demasiado pobres para pagar el alto impuesto al celibato que exigían todos los gobiernos de Marte.

Eran la personificación de la cordialidad y la hospitalidad, de modo que pasé varios días con ellos, descansando y recuperándome de mis largas y arduas experiencias.

Cuando les conté mi historia - omití toda referencia a Dejah Thoris y al anciano de la planta productora de la atmósfera - me aconsejaron que me coloreara cl cuerpo para parecerme más a su raza y así intentar encontrar empleo en Zodanga en la armada o en el ejército.

- Tienes pocas probabilidades de que crean tu relato mientras no pruebes su veracidad y te hagas de amigos entre los nobles más encumbrados de la corte. Eso puedes lograrlo más fácilmente a través del servicio militar, ya que en Barsoom somos aficionados a la guerra - me explicó uno de ellos - y reservamos nuestros favores para los guerreros.

Cuando estuve listo para marcharme, me aprovisionaron con pequeños doats domesticados que todos los marcianos rojos usan para montar. Estos animales son mas o menos del tamaño de un caballo y mansos, pero por el color y la forma son una réplica exacta de sus congéneres salvajes.

Los hermanos me dieron aceite rojo para que me untara todo el cuerpo y uno de ellos me cortó el pelo, que me había crecido bastante, de acuerdo con la moda que predominaba en ese momento: cuadrado atrás y con flequillo adelante. Cuando terminaron, por mi aspecto podía pasar ya por un perfecto marciano rojo en cualquier lado de Barsoom. También cambiaron mis armas y ornamentos por otros propios de un caballero de Zodanga, de la casa de Ptor, que era el nombre de la familia de mis benefactores. Hecho esto me ciñeron al costado un pequeño bolso con dinero de Zodanga. El tipo de intercambio de Marte no es muy distinto al nuestro, excepto que las monedas son ovaladas. Los billetes son emitidos por los individuos, de acuerdo con las necesidades, y amortizados dos veces al año. Si alguien emite más de lo que puede amortizar, el gobierno paga por completo a sus acreedores y el deudor tiene que trabajar por esa suma en las granjas o en las minas, que son totalmente de propiedad del Estado. Esto les conviene a todos, excepto a los deudores, ya que es difícil obtener trabajadores voluntarios para las grandes y desoladas tierras cultivadas de Marte que se extienden como angostas franjas de polo a polo, a través de zonas inhóspitas habitadas por bestias salvajes y hombres más salvajes aún.

Cuando les dije que no sabía cómo retribuirles tanta gentileza me aseguraron que tendría muchas oportunidades si vivía lo suficiente en Barsoom. De este modo me despidieron y se quedaron mirándome hasta que me perdí de vista por la ancha carretera blanca.

21

Zodanga

Camino de Zodanga hubo muchas cosas extrañas e interesantes que me llamaron la atención. En varias de las granjas donde me detuve, aprendí cosas nuevas e instructivas respecto de los usos y costumbres de Barsoom.

El agua que proveía a las granjas de Marte se recogía en inmensos depósitos subterráneos situados en los polos, y se tomaba de las capas de hielo derretidas para luego bombearía a través de largos conductos hacia los centros poblados. A ambos lados de estos conductos, y a lo largo de toda su extensión, se hallaban los distritos cultivados, que se dividían en parcelas de aproximadamente el mismo tamaño. Cada una de éstas estaba bajo la supervisión de uno o más funcionarios del gobierno.

En lugar de inundar la superficie del campo y derrochar una gran cantidad de agua por evaporación, el precioso líquido era transportado a través de una vasta red subterránea de tubos pequeños, directamente a las raíces de la vegetación. Las cosechas en Marte son siempre uniformes, ya que no hay sequías, ni lluvias, ni vientos fuertes, ni insectos o pájaros dañinos.

En este viaje probé carne por primera vez desde que había abandonado la Tierra: filetes y chuletas jugosos e inmensos de los bien alimentados animales de las granjas. También gusté frutas y hortalizas deliciosas, pero ni una sola comida

parecida en nada a la de la Tierra. Cada planta, flor, hortaliza y animal había sido tan perfeccionado a lo largo de años de cuidadosos y científicos cultivos y tipos de alimentación, que sus equivalentes terrestres eran, por comparación, de la más chata, gris e insípida insignificancia.

En un segundo alto en el camino me encontré con varias personas de elevada cultura, pertenecientes a la clase noble, con las que hablamos de Helium. Uno de los más ancianos había estado allí en una misión diplomática, varios años atrás. Hablamos con pesar de las condiciones que siempre parecían destinar a estas dos ciudades a estar en guerra.

- Helium -dijo- puede preciarse de contar, con la más hermosa mujer de Barsoom. De todos sus tesoros, la maravillosa hija de Mors Kajak, Dejah Thoris, es la flor más exquisita. La gente realmente venera el suelo que ella pisa, y desde su desaparición en esa fatal expedición, todo Helium está de luto. El que nuestro gobernador haya atacado a la debilitada flotilla cuando regresaba a Helium es otro de sus tremendos desaciertos, que mucho me temo, llevarán a Zodanga tarde o temprano a poner un hombre más inteligente en su lugar, aun ahora, que nuestros ejércitos victoriosos rodean a Helium, la gente de Zodanga expresa su descontento, ya que esta guerra no es popular desde ~ momento que no se basa ni en el derecho ni en la justicia. Nuestras fuerzas aprovecharon la circunstancia de que la flotilla principal no se halla en Helium, pues está buscando a la princesa, y de ese modo tuvimos la posibilidad de reducir fácilmente la ciudad a una situación lamentable. Se dice que caerá antes que la luna más lejana de Marte cumpla su próximo recorrido.

¿Cuál crees que puede haber sido el destino de la princesa

- ¿Dejah Thoris? - pregunté con todo el disimulo que me fue posible.

- Ha muerto - me contesto. Lo sabemos por un guerrero verde recientemente capturado en el sur por nuestras fuerzas. Ella escapó de las hordas Tharkianas con una extraña criatura de otro mundo, pero cayó en manos de los Warhoonianos. Encontraron sus *doats* vagando por el lecho del mar, y también descubrieron señales de una lucha sangrienta.

Aunque esta información no me tranquilizaba, tampoco era una prueba concreta de la muerte de Dejah Thoris. Por lo tanto, decidí esforzarme todo lo posible por llegar a Helium tan rápido como pudiera y llevar a Tardos Mors todas las noticias que estuvieran a mi alcance acerca del paradero de su nieta.

Diez días después de dejar a los tres hermanos Ptor, llegue a Zodanga. Desde que me había puesto en contacto con los habitantes rojos de Marte, había notado que Woola llamaba mucho la atención hacia mí, ya que la enorme bestia pertenecía a una especie que nunca había sido domesticada por los marcianos rojos. Si me hubiese paseado con un león africano por Broadway, el efecto hubiera sido similar al que habría producido mi entrada en Zodanga con Woola.

La sola idea de separarme de mi leal compañero me causaba tal pesar y tal pena que la deseché hasta poco antes de arribar a las puertas de la ciudad. Pero en ese momento resultó imperioso que nos separásemos. De no haber estado en

juego más que mi seguridad y mi gusto, no hubiera habido ningún argumento que me apartara de la única criatura de Barsoom que nunca había dejado de demostrarme afecto y lealtad. Pero como yo estaba dispuesto a ofrecer gustoso mi vida por aquélla en cuya búsqueda me hallaba y por quien iba a enfrentar los peligros desconocidos de esa, para mí, misteriosa ciudad no podía permitir que la vida de Woola amenazara el éxito de mi empresa, y mucho menos podía ponerlo en peligro por tina momentánea felicidad, ya que pensaba que me olvidaría pronto. Por lo tanto, me despedí cariñosamente de la bestia y le prometí que si salía de mi aventura a salvo, de alguna forma encontraría los medios para volver a verlo.

Pareció entenderme perfectamente, y cuando le señalé hacia atrás en la dirección de Thark, se volvió apesadumbrado y se alejó. No podía soportar esa escena, de modo que resueltamente me puse en camino hacia Zodanga v con un dejo de dolor me acerqué a sus torvas murallas.

La carta que portaba me franqueó de inmediato la entrada a la gran ciudad fortificada. Era aún de mañana, muy temprano, y las calles estaban prácticamente desiertas. Las casas, que se erguían en lo alto apoyadas en sus columnas de metal, parecían enormes pajareras y. las columnas, inmensos troncos. Era Común que los negocios no se elevaran del suelo ni se los cerrara con llave ni tranca. El robo es prácticamente desconocido en Marte. Los asesinatos son el constante temor de todo Barsoomiano. Sólo por esa razón, levantan sus casas del suelo por la noche o en momentos de peligro.

Los hermanos Ptor me habían dado indicaciones precisas para llegar al lugar de la ciudad donde podría encontrar alojamiento y estar cerca de las oficinas de los organismos del gobierno, a los que estaban dirigidas las cartas. Mi camino me condujo a la plaza central, característica de todas las ciudades marcianas.

La plaza de Zodanga tiene una extensión de un kilómetro y medio cuadrado, y está cercada por los palacios de los Jeddaks, de los Jeds v de otros miembros de la realeza y la nobleza, así como por los principales edificios públicos, cafés v negocios.

Mientras cruzaba la gran plaza, lleno de admiración v maravillado por la magnífica arquitectura y la suntuosa vegetación roja que alfombraba los amplios canteros, descubrí a un marciano rojo que se dirigía apresuradamente hacia mí desde una de las avenidas. No me prestó la más mínima atención, pero cuando se acercó lo reconocí y viéndome. puse mi mano sobre su hombro diciendo:

- ¡Kaor, Kantos Kan!.

Giró como una luz, y antes que pudiera siquiera bajar mi mano, la punta de su espada larga estaba ya sobre mi pecho

¿Quién eres? --gruñó.

Corno viera que saltaba hacia atrás a unos quince metros de su espada, bajó la punta hacia el suelo y exclamó riendo:

No me hace falta otra respuesta. No hay más que un solo hombre en Barsoom que pueda saltar como una pelota de goma. Por la madre de la luna más lejana,

John Carter. ¿Cómo llegaste aquí? ¿Te has convertido en un Darseen, que puedes cambiar de color a voluntad? Me hiciste pasar un mal momento, mi amigo - continuó, después de referirle brevemente mis aventuras desde nuestra partida del circo de Warhoon -. Si mi nombre y el de la ciudad de donde vengo se supieran en Zodanga, pronto me iría a reunir, en las playas del mar perdido de Korus, con mis venerados y desaparecidos antepasados. Estoy aquí para ayudar a Tardos Mors, Jeddak de Helium, a descubrir el paradero de Dejah Thoris, nuestra princesa. Sab Than, príncipe de Zodanga, la tiene escondida en la ciudad y se ha enamorado locamente de ella. Su padre Than Kosis, Jeddak de Zodanga, le ha propuesto que si se casa voluntariamente con su hijo, habrá paz entre las dos ciudades. Tardos Mors no ha accedido a su pedido y le ha mandado el mensaje de que él y su pueblo prefieren ver muerta a su princesa antes que verla casada con alguien que no sea el que ella misma elija, y que él mismo prefiere sumergirse en las cenizas de su ciudad, arrasada en llamas, antes que unir las armas de su casa con las de Than Kosis. Su respuesta fue la afrenta más mortificante que podía haberle dado a Than Kosis y a los Zodanganianos Sin embargo, su gente lo ama aun más por esto y su fuerza en Helium es más grande ahora que nunca. Hace tres días que estoy aquí, pero aún no he encontrado el lugar donde Dejah Thoris está prisionera. Hoy me incorporé a la aviación de reconocimiento de Zodanga porque de ese modo pienso granjearme - la confianza de Sab Than, el príncipe, que es el comandante de ese cuerpo, y poder averiguar el paradero de Dejah Thoris. Me alegra que estés aquí, John Carter, porque sé de tu lealtad hacia mi princesa. Trabajando los dos juntos podremos lograr mejores resultados.

La plaza ya estaba empezando a llenarse de gente que iba y venía por exigencias de sus actividades diarias. Los negocios estaban abriendo y los cafés se llenaban de clientes madrugadores. Kantos Kan me condujo a uno de esos suntuosos restaurantes donde todo se servía con aparatos mecánicos. Ninguna mano tocaba los alimentos a partir del momento que entraban en el edificio en forma de materia prima, hasta que aparecían calientes y deliciosos en las mesas, delante de los clientes, en respuesta al toque de pequeños botones selectores.

Después que comimos, Kantos Kan me llevó con él al cuartel del escuadrón de reconocimiento aéreo, me presentó a su superior y le preguntó si me podía alistar en el cuerpo. De acuerdo con las costumbres, era necesario un examen; pero Kantos Kan me había dicho que no me preocupara, que él se haría cargo del asunto. Lo logró ocupando mi lugar en el examen haciéndose pasar por John Carter ante el examinador.

- Esta artimaña se va a descubrir más tarde - me explicó alegremente -, cuando certifiquen mi peso, medidas y otros datos de identificación personal; pero pasarán varios meses. Para ese entonces, nuestra misión se habrá cumplido o habremos, fracasado tiempo antes.

Los pocos días que siguieron los pasé con Kantos Kan, quien me enseñó los secretos del arte de volar y de reparar los delicados y pequeños aparatos que usaban con este propósito. El cuerpo de una nave aérea para un solo tripulante tiene cerca de cinco metros de largo, menos de un metro de ancho y cinco

centímetros de espesor, y termina en punta en ambos extremos. El conductor se sienta en la parte superior de la nave, en un asiento construido sobre el pequeño y silencioso motor de radio que lo mueve. La fuerza de ascenso se halla dentro de las delgadas paredes metálicas del cuerpo y consiste en el octavo rayo Barsoomiano, o rayo de propulsión, como podríamos llamarle en razón de sus propiedades.

Este rayo, como el noveno, es desconocido en la Tierra; pero los marcianos han descubierto que es una propiedad inherente a toda luz, cualquiera que sea su fuente. Han observado que es el octavo rayo solar el que propaga la luz del sol a todos los planetas, y también han descubierto que es el octavo rayo propio de cada planeta el que refleja o propaga nuevamente en el espacio la luz así obtenida. El octavo rayo s9lar es absorbido por la superficie de Barsoom; pero, a su vez, el octavo rayo de Barsoom - que tiende a propagar la luz de Marte en el espacio - sale constantemente del planeta y constituye una fuerza de repulsión de la gravedad que, controlada, es capaz de elevar enormes pesos de la superficie.

Es este rayo el que les ha permitido perfeccionar la aviación en tal forma que sus naves de guerra superan todo lo conocido en la Tierra. Vuelan tan graciosa y delicadamente en el tenue aire de Barsoom como un globo de juguete en la atmósfera más densa de la Tierra.

Durante los primeros años posteriores al descubrimiento de este rayo ocurrieron muchos accidentes extraños, hasta que, por fin, los marcianos aprendieron a medir y controlar la maravillosa fuerza que habían encontrado. Una vez, hace unos novecientos años, en oportunidad de construir Ja primera nave de guerra con receptáculos del octavo rayo, la cargaron con una cantidad tan grande de éste, que el vehículo salió de Helium con quinientos oficiales y soldados y no regresó jamás.

Su fuerza de repulsión respecto del planeta fue tan grande que fueron transportados a una distancia enorme. Allí se la puede ver actualmente, con la ayuda de un poderoso telescopio, atravesando el cielo a dieciséis mil kilómetros de Marte, como un pequeño satélite que quejará en órbita para siempre.

Al cuarto día de mi llegada a Zodanga realicé mi primer vuelo. Como resultado gané una promoción que incluía habitaciones en el palacio de Than Kosis.

Cuando me elevé sobre la ciudad, di varias vueltas, como había visto que hacía Kantos Kan. Luego lancé mi máquina a toda velocidad y me dirigí hacía el sur, siguiendo uno de los grandes acueductos que entran en Zodanga desde esa dirección.

Había recorrido más o menos - trescientos kilómetros en poco menos de una hora, cuando divisé muy a la distancia un grupo de tres guerreros verdes que cabalgaban desenfrenadamente hacia una figura pequeña que iba a pie y parecía tratar de alcanzar los confines de uno de los campos cercados.

Enfilé mí máquina rápidamente hacia ellos, y girando hacia la retaguardia de los guerreros, vi que el objeto de la persecución era un marciano rojo que llevaba las armas del escuadrón de reconocimiento al que yo pertenecía. A poca distancia

estaba su pequeña máquina, rodeada de las herramientas con las que, evidentemente, había estado reparando algún desperfecto cuando lo sorprendieron.

En ese momento estaban prácticamente sobre él. Sus veloces monturas cargaban contra la figura relativamente pequeña, a tremenda velocidad, mientras los guerreros disparaban sus enormes lanzas de metal. Los tres parecían disputarse el privilegio de ensartar al pobre Zodanganiano. De no mediar la circunstancia de mi oportuna llegada, habría acabado con su vida.

Situé mi veloz nave directamente detrás de los guerreros, a los que pronto alcancé, y sin disminuir la velocidad arremetí con la proa entre los hombros del más cercano. El impacto, suficiente para atravesar una plancha de metal sólido, lanzó por el aire su cuerpo decapitado, sobre la cabeza de su *doat,* y fue a caer cuan largo era sobre el musgo. Las monturas de los otros dos guerreros se volvieron chillando de terror y se alejaron

Entonces aminoré la- velocidad, di una vuelta y aterricé a los pies del atónito Zodanganiano, quien agradeció mi oportuna ayuda y me prometió que mi labor de ese día tendría la recompensa que se merecía. La vida que había salvado no era otra que la de un primo del Jeddak de Zodanga.

No perdimos tiempo hablando, ya que sabíamos que los guerreros seguramente regresarían tan pronto como pudieran dominar a sus bestias. Nos apresuramos a llegar a su averiada máquina e hicimos todo lo posible por terminar el arreglo necesario. Prácticamente habíamos terminado, cuando vimos que los dos monstruos verdes regresaban a toda velocidad hacia nosotros. Cuando estaban a menos de cien metros, sus *doats* volvieron a encabritarse y se rehusaron rotundamente a avanzar hacia la nave aérea que los había asustado.

Por último, los guerreros desmontaron, y luego de atar a sus animales avanzaron a pie hacia nosotros con sus espadas largas en la mano. Entonces me adelanté para batirme con el más corpulento y le dije al Zodanganiano que hiciera lo que pudiera con el otro; pero cuando casi sin esfuerzo acabé con mi adversario ya que la práctica me había habituado, me apresuré a aproximarme a mi nuevo conocido, al que encontré en grandes apuros.

Había sido herido y derribado, y su adversario le había puesto su inmenso pie en la garganta. La gran espada se estaba elevando para dar la estocada final, pero de un salto salvé los quince metros que nos separaban y con la punta de la mía atravesé de lado a lado el cuerpo del marciano verde. Su espada cayó al suelo sin causar daño alguno, y él se desplomó encima del zodanganiano.

A primera vista, éste no había recibido ninguna herida mortal. Después de un breve descanso, me aseguró que estaba en condiciones de intentar el viaje de regreso. Sin embargo, debía manejar su propia nave, ya que estas frágiles embarcaciones tenían capacidad para una sola persona.

Terminamos rápidamente las reparaciones y nos elevamos juntos en el sereno cielo sin nubes de Marte. Regresarnos a Zodanga a gran velocidad y sin más contratiempos.

Cuando nos acercábamos a la ciudad descubrimos una gran muchedumbre, constituida por civiles y soldados, reunida en la llanura que se extendía ante aquélla. El cielo estaba cubierto de naves de guerra y aparatos de recreo, públicos y privados, con gallardetes de seda de colores alegres y banderas con insignias variadas y pintorescas flotando al viento.

Mi compañero me hizo señas de que bajara y, colocando su máquina cerca de la mía, me sugirió que nos acercáramos a presenciar la ceremonia. Esta, según me dijo, tenía el propósito de conferir honores a oficiales y soldados por su valentía y otros servicios distinguidos. Entonces desplegó una pequeña insignia que denotaba que su nave llevaba a un miembro de la familia real de Zodanga. Juntos atravesamos el camino, a través de las otras naves aéreas, hasta quedar justo sobre el Jeddak de Zodanga y su tripulación. Todos estaban montados sobre los pequeños *doats* domésticos de los marcianos rojos. Sus arneses y ornamentos portaban tal cantidad de plumas suntuosamente coloreadas que no pude menos que sentirme sobrecogido por la espantosa similitud de la muchedumbre con una banda de pieles rojas de la Tierra.

Uno de los miembros del séquito hizo notar a Than Kosis la presencia de mi compañero sobre ellos. Entonces el gobernador le indicó que bajara. Mientras esperaban que las tropas se pusieran en posición frente al Jeddak y su séquito, se pusieron a hablar, mirándome de vez en cuando, pero yo no podía oír la conversación. En ese momento dejaron de hablar y todos desmontaron, ya que la última unidad militar había quedado en posición de frente a su emperador. Un miembro d~ séquito avanzó hacia las tropas y nombrando a uno de los soldados le indicó que avanzara. Entonces el oficial destacó la naturaleza de su hazaña, por la que se había ganado la aprobación del Jeddak, y este último avanzó y colocó una condecoración de metal en el brazo izquierdo del afortunado hombre.

Diez hombres habían sido ya condecorados a medida que los iban nombrando.

- John Carter, aviador de reconocimiento.

Nunca en mi vida me había sorprendido tanto, pero el hábito de la disciplina militar es algo muy fuerte dentro de mí. Hice descender mi pequeña máquina lentamente y avancé a pie, como vi que los otros habían hecho. Cuando me detuve delante del oficial, éste se dirigió a mí en un tono que pudiera oír toda la asamblea de tropas y espectadores.

- En reconocimiento, John Carter, de tu notable coraje y destreza en defensa de la persona del primo del Jeddak. Than Kosis, y por haber vencido sin ayuda a tres guerreros verdes, nuestro Jeddak tiene el placer de concederte la señal de nuestra estima.

Entonces Than Kosis avanzó hacia mí, y colocándome la condecoración, dijo:

- Mi primo me ha narrado los detalles de tu maravillosa hazaña, la que parece casi un milagro. Si puedes defender tan bien al sobrino del Jeddak, cuánto mejor podrás defender la persona del Jeddak mismo. Por lo tanto, te nombro integrante de la Guardia y te alojarás en mi palacio de ahora en adelante.

Le agradecí y a una señal suya me uní a los miembros de su séquito. Después de la ceremonia llevé mi máquina al cuartel del escuadrón de reconocimiento aéreo y, acompañado por un guía, me presenté ante el oficial a cargo del Palacio.

22

Me encuentro con Dejah

Al mayordomo ante quien me presenté le habían dado instrucciones de que me alojara cerca del Jeddak. Este, en época de guerra, siempre corre el riesgo de que lo asesinen, ya que la regla de que en la guerra todo está permitido parece constituir la única ética durante los conflictos marcianos.

Por lo tanto, me escoltó inmediatamente al gran cuarto en el que Than Kosis estaba en ese momento. El gobernador, que estaba abstraído en una conversación con su hijo Sab Than y varios cortesanos de su palacio, no advirtió mi entrada.

Las paredes de la cámara estaban completamente cubiertas de tapices que ocultaban todas las ventanas o puertas que pudieran haber detrás, y el recinto se hallaba iluminado por rayos de sol aprisionados entre el cielo raso propiamente dicho y lo que parecía ser una plancha de vidrio a modo de otro cielo raso situado unos pocos centímetros más abajo. Mi guía apartó uno de los tapices descubriendo un pasadizo que rodeaba la habitación, entre las cortinas y las paredes del recinto. Dentro de este pasadizo iba a permanecer, según dijo, todo el tiempo que Than Kosis estuviera en la habitación; y, cuando la dejara, tendría que seguirlo. Mi único deber era cuidar al gobernador y mantenerme oculto todo lo posible. Sería relevado después de un período de cuatro horas. Luego el mayordomo se alejó.

Apenas hube ocupado mi puesto cuando la tapicería del extremo opuesto del recinto se abrió y entraron cuatro soldados de la Guardia con una figura femenina. Cuando se aproximaron a Than Kosis, los soldados se hicieron a un lado. Allí, de pie frente al Jeddak, y a tres metros escasos de mí, con su cara radiante y risueña, estaba Dejah Thoris.

Sab Than, Príncipe de Zodanga, avanzó hacia ella y. de la mano, se acercaron al Jeddak. Entonces Than Kosis, lleno de sorpresa, se levantó y la saludó.

-¿A qué extraño capricho se debe esta visita de la princesa de Helium, que dos días atrás, con osada valentía, afirmó que prefería a Tal Hajus, el Tharkiano verde, a mi hijo?

Dejah Thoris simplemente sonrió aun más, y con aquellos picarescos hoyuelos que jugueteaban en los extremos de su boca. contestó:

- Desde el comienzo de los tiempos, en Barsoom, ha sido privilegio de las mujeres el cambiar de idea y el ser indecisas en asuntos del corazón. Estoy segura de que lo habrás de perdonar, Than Kosis, como lo ha hecho tu hijo. Dos días atrás no estaba segura de su amor por mí; pero ahora lo estoy y he venido a pedir perdón por mis rudas palabras y que aceptes la seguridad de la Princesa de Helium de que, cuando llegue el momento, se casará con Sab Than, Príncipe de Zodanga.

- Me hace feliz el que así lo hayas decidido - contestó Than Kosis -. Nada más lejos de mis deseos que el proseguir la guerra con el pueblo de Helium. Tu promesa será registrada y se proclamará de inmediato.

- Será mejor, Than Kosis - interrumpió Dejah Thoris -, que la proclama espere a que termine esta guerra. Le parecería muy extraño a mi gente y a la tuya que la Princesa de Helium se ofreciera a una ciudad enemiga en medio de las hostilidades.

- ¿No puede la guerra terminar enseguida? - preguntó Sab Than -. No se requiere más que la palabra de Than Kosis para que nazca la paz. Dila, padre; di la palabra que apresure mi felicidad y termine con esta lucha que no es popular en absoluto.

- Veremos - contestó Than Kosis- cómo toma la gente de Helium la paz. Al menos se la ofreceremos.

Dejah Thoris, luego de unas pocas palabras se volvió y dejó la habitación seguida por los guardias.

De este modo, mi breve sueño de felicidad se desmoronaba, hecho pedazos, y me volvía a la realidad. La mujer por la que había arriesgado mi vida y de cuyos labios había escuchado muy poco antes una declaración de amor, había evidentemente olvidado mi existencia y se había ofrecido, sonriente, al hijo del enemigo más odiado de su pueblo.

Aunque lo había escuchado con mis propios oídos, no podía creerlo. Debía buscar sus cuartos y forzarla a repetirme a solas la cruel verdad antes de convencerme. Con ese pensamiento deserté de mi puesto y me apresuré a recorrer el pasaje, detrás de los cortinajes, hacia la puerta por la cual ella había abandonado el recinto. Me deslicé, pues, silenciosamente por esa puerta, y descubrí una red de corredores sinuosos que se abrían y se desviaban en todas direcciones.

Me lancé rápidamente, primero por uno y luego por otro de ellos, y me perdí desesperanzado. Estaba apoyado jadeante contra una de las paredes cuando oí unas voces cerca de mí. Aparentemente provenían del lado opuesto del tabique en el cual estaba apoyado. En ese momento distinguí la voz de Dejah Thoris. No podía entender las palabras, pero sabía que no me equivocaba en cuanto a que fuera su voz.

A unos pocos pasos, encontré otro pasillo en cuyo extremo había una puerta. Avancé osadamente y me lancé dentro de la habitación sólo para encontrarme en una pequeña antecámara en la cual estaban los cuatro guardias que la acompañaban Instantáneamente uno de ellos se puso de pie y dirigiéndose a mí me preguntó el motivo de mi visita.

- Vengo de parte de Than Kosis - le contesté -, y deseo hablar en privado con Dejah Thoris, Princesa de Helium.

-¿Y tu orden? - me preguntó.

No sabía qué era lo que quería significar, pero le contesté que yo era miembro de la Guardia, y sin esperar su respuesta me adelanté hacia la puerta opuesta de la antecámara, detrás de la que podía oír la voz de Dejah Thoris conversando.

Sin embargo, no sería tan fácil entrar. El guardia se colocó delante de mí y me dijo:

- Nadie viene de parte de Than Kosis sin una orden o un pase. Debes darme una cosa u otra para poder pasar.

- La única orden que necesito, mí amigo, para entrar donde me plazca pende en mi costado - le contesté golpeando mi espada larga- ¿Me vas a dejar pasar en paz o no?

Como respuesta, sacó su propia espada y llamó a los otros para que se unieran a él. De modo que allí estaban los cuatro, con sus armas desenfundadas, impidiéndome el paso.

- No estás aquí por orden de Than Kosis - gritó el primero que me había hablado -; y no solamente no entrarás a los aposentos de la Princesa de Helium, sino que regresarás ante Than Kosis, vigilado, para explicarle tu injustificada temeridad. Arroja tu espada. No puedes esperar vencemos a los cuatro - agregó con una sonrisa horrenda.

Mi respuesta fue una rápida estocada que me dejó sólo con tres antagonistas, pero puedo asegurar que eran dignos contrincantes.

Lentamente me abrí paso hacia uno de los ángulos de la habitación, donde pude forzarlos a que se acercaran uno por vez. Así luchamos durante más de veinte minutos en aquella pequeña antecámara, donde el entrechocar de los aceros producía un ruido formidable.

Atraída por éste Dejah Thoris se asomó a la puerta de su cámara. De pie en medio del conflicto, con Sola que a sus espaldas espiaba sobre su hombro, su rostro no reflejaba emoción alguna. Entonces me di cuenta de que ni ella ni Sola me habían reconocido.

Por último, una estocada afortunada terminó con un segundo guardia. Entonces, con dos contrincantes, solamente, cambié de táctica y los induje a la modalidad de lucha que me había llevado a tantas victorias. El tercero se desplomó en menos de diez minutos y el último cayó muerto al suelo, ensangrentado, poco después. Eran hombres bravos y nobles luchadores, por lo cual me apenaba haberme visto forzado a ultimarlos; pero gustosamente habría dejado a Barsoom sin habitantes si no hubiera habido otro medio para llegar al lado de mi Dejah Thoris.

Envainé mi espada ensangrentada y avancé hacia mi princesa marciana, quien todavía permanecía inmutable mirándome sin reconocerme.

- ¿Quién eres, Zodanganiano? – susurró -. ¿Otro enemigo para atormentarme en mi desgracia?

- Soy un amigo – contesté -. Un amigo querido en otros tiempos.

- Ningún amigo de la Princesa de Helium lleva esas armas, contestó -. ¡Pero .. - esa voz! La he oído antes. No es no puede ser. El está muerto.

- No obstante, mi princesa, no soy sino John Carter. ¿No reconoces, aun a través de la pintura y las extrañas armas, el corazón de tu jefe?

Cuando me acerqué más se dirigió hacia mí con las manos extendidas, pero cuando iba a tomarla en mis brazos, retrocedió con un temblor y un pequeño quejido de dolor.

- Demasiado tarde. Demasiado tarde - se lamentó -. ¡Oh, mi jefe, eres tú, al que creía muerto! Si hubieras regresado tan sólo una hora antes . . . Pero ahora es demasiado tarde, demasiado tarde.

- ¿Qué quieres decir, Dejah Thoris? – clame -. ¿Que no te hubieras comprometido con el Príncipe de Zodanga si hubieras sabido que no estaba muerto?

-¿Piensas, John Carter, que podría haberte dado mi corazón y hoy dárselo a otro? Pensaba que éste yacía enterrado junto a tus cenizas en las fosas de Warhoon. Por eso hoy he prometido mi cuerpo a otro para salvar a mi pueblo de la maldición del ejército victorioso de Zodanga.

- Pero no estoy muerto, mi princesa. He venido a buscarte Ni todo el pueblo de Zodanga podrá evitarlo.

- Es demasiado tarde, John Carter. Mi palabra ya está empeñada y en Barsoom eso es definitivo. Las ceremonias que tienen lugar después no son más que meras formalidades, que no reafirman el casamiento más que lo que un cortejo fúnebre reafirma una muerte. Es como si estuviera casada, John Carter. No me puedes llamar más tu princesa ni yo te puedo volver a llamar mi jefe.

- No conozco mucho las costumbres de Barsoom. Dejah Thoris, pero sé que te amo. Si pronunciaste las últimas palabras que dijiste el día que las hordas de Warhoon cargaban sobre nosotros, ningún Otro hombre podrá reclamarte como esposa.

Las quisiste decir entonces, mi princesa, y las quieres decir todavía. Dime que es verdad.

- Las quise decir, John Carter - musitó No las puedo repetir ahora porque estoy comprometida con otro hombre. ¡Si conocieras nuestras costumbres! - continuó como para sí -. La promesa podría haber sido tuya y podrías haberme reclamado antes que los otros. Esto podría haber significado la caída de Helium, pero habría dado mi imperio por mi jefe Tharkiano.

Luego, en voz alta, dijo:

-¿Recuerdas la noche en que me ofendiste? Me llamaste tu princesa sin haber pedido mi mano, y después blasonaste de haber peleado por mí. No lo sabías y yo no debí haberme ofendido. Ahora me doy cuenta. No había nadie que te dijera lo que yo no podía decirte: que en Barsoom hay dos tipos de mujeres en las ciudades de los hombres rojos: una clase es aquélla por la que se pelea para pedir su mano; la otra es la que a pesar de' luchar por ella, nunca se pide su mano. Cuando un hombre ha ganado a una mujer, puede dirigirse a ella como su princesa o cualquiera de los variados términos que significan posesión. Tú habías peleado por mí, pero nunca me habías pedido en matrimonio. Por lo tanto, cuando me llamaste tu princesa, ya viste cuál fue mi reacción. Estaba herida, pero aun así,

John Carter, no te rechacé como debí haberlo hecho; pero luego empeoraste la situación insultándome con la afirmación de que me habías ganado en pelea.

- No necesito pedir tu perdón ahora, Dejah Thoris - exclame -. Debes saber que mi falta fue por ignorancia de tus costumbres. Lo que no hice en ese momento - por la creencia implícita de que mi petición sería presuntuosa y no sería bien recibida- lo hago ahora, Dejah Thoris; ¡te pido que seas mi esposa, y por toda la sangre de luchadores virginianos que corre 1,01. mis venas, que lo serás!

-¡No, John Carter, es inútil! - exclamó desazonada -. Nunca podré ser tuya mientras Sab Than viva.

- Has sellado su sentencia de muerte, mi princesa ... ¡Sab Than morirá!

- Ni así - se apresuró a explicar -. No me puedo casar con el hombre que mate a mi marido, aunque haya sido en defensa propia. Es costumbre. Nos regimos por costumbres en *Barsoom***.** Es inútil, mi amigo. Debes Soportar la pena conmigo. Al menos tendremos eso en común. Eso y la memoria de los breves días que estuvimos entre los Tharkianos. Debes irte, ahora, y no volver a verme nunca más. Adiós, mi jefe.

Descorazonado y triste, me retiré de la habitación. Sin embargo, no estaba del todo decepcionado, ni admitiría que Dejah Thoris estuviese perdida para mí hasta que la ceremonia se hubiera efectuado realmente.

Mientras tanto vagaba por los corredores y estaba tan absolutamente perdido en el laberinto de pasajes tortuosos, como lo había estado antes de encontrar la habitación de Dejah Thoris.

Sabía que mi esperanza era huir de la ciudad de Zodanga, por los cuatro guardias muertos por los que tendría que dar explicaciones. Como nunca podría volver a mi puesto original sin un guía, la sospecha caería sobre mí, seguramente, tan pronto como fuera descubierto deambulando perdido por el palacio.

En ese momento di con un camino en espiral que conducía a un piso inferior. Seguí bajando por él varios pisos hasta que llegué a la puerta de un gran cuarto en el que había varios guardias. Las paredes de esta habitación estaban cubiertas de tapices transparentes; detrás de los cuales me escondí sin - ser descubierto.

La conversación de los guardias versaba sobre temas generales y no me despertó el interés hasta que un oficial entró en la habitación y les ordenó a los cuatro hombres que relevaran al grupo que vigilaba a la Princesa de Helium. Ahora sabía que mis problemas se agudizarían y que de seguro pronto estarían sobre mí, ya que apenas salieron de la habitación cuando uno de ellos volvió a entrar sin aliento, gritando que había encontrado a sus cuatro camaradas asesinados en la antecámara.

En un instante, el palacio entero se pobló de gente: guardias, oficiales, cortesanos, sirvientes y esclavos corrían atropelladamente por los corredores y los cuartos llevando mensajes y órdenes, y buscando algún rastro del asesino.

Esa era mi oportunidad y, aunque parecía pequeña, me aferré a ella. Cuando un grupo de soldados apareció apresuradamente y pasó por mi escondite, me

coloqué detrás de ellos y los seguí a través de los laberintos del palacio, hasta que, al pasar por un gran vestíbulo, vi la bendita luz del día que entraba a través de una serie de grandes ventanales.

Allí abandoné a mis guías y deslizándome hasta la ventana más cercana, busqué - una vía de escape. Las ventanas daban a un gran balcón sobre una de las anchas avenidas de Zodanga. El suelo estaba a unos diez metros debajo de mí, y más o menos a la misma distancia del edificio había una pared de unos siete metros de alto, de vidrio pulido de medio metro de espesor. A un marciano rojo, escapar por ese lado le hubiera parecido imposible; pero para mí, con mi fuerza terráquea y mi agilidad, parecía cosa fácil. Mi único temor era ser descubierto antes que oscureciera, ya que no podía saltar a plena luz del día mientras el patio de abajo y la avenida, más allá, estaban colmados por una multitud de Zodanganianos.

Entonces busqué un escondite y lo encontré accidentalmente al ver un gran ornamento colgante, que pendía del techo del vestíbulo, a unos tres metros del piso. Salté dentro de la amplia vasija con facilidad y, apenas me introduje en ella, oí que un grupo de personas entraba en el cuarto y se detenía debajo de mi escondite. Podía escuchar claramente cada una de sus palabras.

- Esto es obra de los Heliumitas – dijo uno de los hombres.

- Sí, Jeddak, pero ¿cómo entraron en palacio? Puedo creer que aun a pesar del solícito cuidado de tus guardias, un hombre solo pudiera haber alcanzado los recintos internos, pero cómo una fuerza de seis u ocho guerreros pudo haberlo hecho, está más allá de mi entendimiento. Sin embargo, pronto lo sabremos, ya que aquí llega el psicólogo real.

Otro hombre se unió al grupo y después de saludar formalmente al gobernador dijo:

- ¡Oh, poderoso Jeddak! Es un extraño mensaje el que leí en la mente de tus fieles guardias muertos. No fueron asesinados por un grupo de guerreros sino por un solo contrincante.

Hizo una pausa para dejar que el peso de su afirmación impresionara a sus oyentes, pero la exclamación de impaciencia que se escapó de los labios de Than Kosis puso de manifiesto que no lo creía.

- ¿Qué tipo de fantasía me estás contando, Notan? - gritó.

- Es la verdad, mi Jeddak - contestó el psicólogo -. Es más, la impresión estaba fuertemente marcada en el cerebro de los cuatro guardias. Su antagonista era un hombre muy alto, provisto de las armas de tus propios guardias. Su habilidad para la lucha era casi milagrosa, ya que peleó limpiamente contra los cuatro y los venció con una destreza sorprendente y una fuerza sobrehumana. Aunque llevaba las armas de los Zodanganianos, un hombre tal no ha sido visto jamás ni en ésta ni en ninguna otra ciudad de Barsoom. La mente de la princesa de Helium, a quien he examinado e indagado, estaba en blanco para mí. Tiene perfecto control de su mente y no pude leer nada en ella. Dijo que había sido testigo de parte del encuentro y que cuando miró, no había más que un hombre con los guardias. Un hombre que no reconoció y que nunca había visto.

¿Dónde está mi salvador? - preguntó otro de los del grupo, por cuya voz reconocí que era el primo de Than Kosis, al que había rescatado de los guerreros verdes -. Por las armas de mis antepasados, la descripción encaja con él a la perfección, especialmente por su habilidad para luchar.

-¿Dónde está ese hombre? - gritó Than Kosis -. Que lo traigan ante mí de inmediato - ¿Qué sabes de él, primo'? Me parece extraño, ahora que lo pienso, que hubiera tal guerrero en Zodanga cuyo nombre ignorásemos hasta hoy. ¡Su nombre también, John Carter! ¿Quién ha oído alguna vez tal nombre en Barsoom?

Pronto se corrió la voz de que no me podían encontrar por ningún lado, ni en el palacio ni en mis anteriores cuartos en el cuartel de reconocimiento aéreo. Habían encontrado y preguntado a Kantos Kan, pero él no sabía nada de mi paradero ni de mi pasado. Les había dicho que me había conocido hacía poco, ya que se había encontrado conmigo entre los warhoonianos.

- No pierdan de vista a este otro - ordenó Than Kosis -. También es un extraño y es probable que los dos pertenezcan a Helium. Donde esté uno, pronto encontraremos al otro Cuadrupliquen la patrulla aérea y que todo hombre que abandone la ciudad, por tierra o por aire, sea objeto del más cuidadoso registro.

En ese momento entró otro mensajero con la noticia de que todavía estaba dentro del palacio.

- Hoy ha sido rigurosamente examinado el aspecto de cuantas personas han entrado y salido de palacio - concluyó aquél - y nadie se parece a ese nuevo miembro de la Guardia.

- Entonces lo capturaremos dentro de poco - comentó Than Kosis satisfecho. Mientras tanto, vayamos a las habitaciones de la Princesa de Helium y pidámosle que trate de recordar el incidente. Es posible que sepa más de lo que quiso decirte a ti, Notan. ¡Vamos!

Dejaron el salón, y como había oscurecido me deslicé lentamente de mi escondite y corrí hacia el balcón. Había poca gente a la vista. Esperé, pues, un momento en que parecía no haber nadie cerca, y salté rápidamente hacia la pared de vidrie y, desde allí, a la avenida que se extendía fuera de las tierras del palacio.

23

Perdido en el espacio

Sin hacer esfuerzos por ocultarme, corrí hasta las proximidades de nuestras habitaciones, donde estaba seguro de poder encontrar a Kantos Kan. Cuando me acerqué al edificio tuve más cuidado, ya que seguramente el lugar estaría vigilado. Varios hombres con ropajes civiles ociaban cerca de la entrada del frente y otros en la parte de atrás. Mi único medio para llegar sin ser visto a los pisos superiores, donde estaban situadas nuestras habitaciones, era a través de un edificio lindero.

Después de considerables vueltas logré alcanzar el techo de un negocio, a varias puertas de distancia.

Saltando de techo en techo llegué a una ventana abierta del edificio donde esperaba enc9ntrar al Heliumita. Un minuto más tarde ya me hallaba en la habitación delante de él. Estaba solo y no se mostró sorprendido de mi llegada. Dijo que me esperaba mucho más temprano, ya que el regreso de mis deberes debía haber sido más temprano.

Vi que no estaba enterado de los sucesos del día en el palacio; de modo que, cuando le informé lo acaecido, se excitó muchísimo. La noticia de que Dejah Thoris había prometido su mano a Sab Than lo llenó de preocupación.

-¡No puede ser! - exclamó -. ¡Es imposible! ¿Es que acaso hay alguien en todo Helium que no prefiera la muerte a la venta de nuestra amada princesa a la casa gobernante de Zodanga? Debe de haber perdido la cabeza para acceder a un pacto tan siniestro. Tú, que no sabes cómo la gente de Helium ama a los miembros de nuestra casa real, no puedes apreciar el horror con que contemplo una alianza tan impía. ¿Qué podemos hacer, John Carter? Eres un hombre ingenioso. ¿No puedes pensar alguna forma de salvar a Helium de esta desgracia?

- Si pudiera arreglarlo con mi espada – contesté -, resolvería la dificultad en lo que a Helium concierne, pero por razones personales preferiría que otro diese el golpe que libere a Dejah - Thoris.

Kantos Kan me miró fijamente antes de hablar.

- La amas – dijo -. ¿Lo sabe ella?

- Ella lo sabe, Kantos Kan, y sólo me rechaza porque está comprometida con Sab Than.

Mi espléndido compañero se puso de pie de un salto, y asiéndome por el hombro levantó su espada a la vez que exclamaba.

- Si la elección hubiera sido dejada a mi juicio, no podría haber encontrado alguien más adecuado para la primera princesa de Barsoom. Aquí está mi mano sobre tu hombro, John Carter, y mi palabra de que Sab Than caerá bajo mi espada, por el amor que tengo por Helium, por Dejah Thoris y por ti. Esta misma noche trataré de llegar a sus habitaciones en el palacio.

- ¿Cómo? – Pregunté -. Estás fuertemente custodiado y han cuadruplicado la fuerza que patrulla el cielo,

Inclinó la cabeza para pensar un momento y luego la levantó con aire confiado,

- Sólo necesito pasar entre esos guardias y lo puedo hacer - dijo por último -. Conozco una entrada secreta al palacio a través del pináculo de la torre más alta. Di con ella, por casualidad, un día que pasaba sobre el palacio cumpliendo una misión de patrulla. En este trabajo se requiere que investiguemos todo hecho inusual del que seamos testigos. Una cara espiando desde el pináculo de la alta torre del palacio era, para mí, sumamente inusual. Por lo tanto me dirigí hacia las

cercanías y descubrí que el dueño de la cara que espiaba no era otro que Sab Than. Estaba evidentemente contrariado por haber sido descubierto y me ordenó mantener el secreto, explicándome que el pasaje de la torre conducía directamente a sus habitaciones y solamente él lo conocía. De llegar al techo del cuartel v alcanzar mi máquina, puedo estar en las habitaciones de Sab Than en cinco minutos; pero no puedo escapar del edificio si está tan vigilado como dices.

- ¿Están muy vigilados los cobertizos de las máquinas? - pregunté.

- Generalmente no hay más de un hombre de guardia, por la noche, en el techo.

- Ve al techo de este edificio, Kantos Kan, y espérame allí.

Sin detenerme a explicarle mis planes volví a la calle por el mismo camino por el que había llegado y corrí hacia las barracas.

No me animaba a entrar en el edificio, lleno como estaba de personal del escuadrón de reconocimiento aéreo. Estos, junto con toda Zodanga, me estaban buscando.

Era un edificio enorme, que se elevaba a más de trescientos metros en el espacio. Aunque pocos edificios de Zodanga son más altos que esas barracas, algunos tienen varios metros más de altura. Los desembarcaderos de las grandes naves de guerra de la escuadra quedaban a unos quinientos metros del suelo, mientras que las estaciones de carga y pasajeros de los escuadrones comerciales se elevaban casi hasta la misma altura.

Era larga la subida del frente del edificio, y cargada de muchos peligros, pero no había otra forma. Por lo tanto, ensayé la tarea. El hecho de que la arquitectura Barsoomiana tenga tantos ornamentos lo hizo mucho más simple de lo que había imaginado, ya que encontré bordes y salientes que formaban una escalera perfecta hacia el techo del edificio. Allí encontré mi primer obstáculo. El tejado se proyectaba unos siete metros de la pared por la que había escalado, y aunque di vuelta alrededor de todo el edificio, no encontré ninguna abertura en él.

El piso superior estaba iluminado y lleno de soldados ocupados en los menesteres que les eran propios, de modo que no podía alcanzar el techo por el interior del edificio.

Había una remota y desesperada posibilidad, y decidí intentarla. Tratándose de Dejah Thoris, ningún hombre hubiera dejado de arriesgar su vida mil veces. Asido a la pared con los pies y una mano, aflojé una de las largas correas de mis arneses, de cuyo extremo pendía un gran garfio. Con este garfio todos los navegantes del aire se cuelgan de los costados y de la base de las naves para efectuar reparaciones y con él bajan los elementos de aterrizaje.

Balanceé el garfio cautelosamente hacia el techo, varias veces, hasta que finalmente pude engancharlo. Entonces tiré con cuidado para afianzarlo, pero no sabía si soportaría mi peso. Podría estar apenas trabado en el mismo borde del techo, con lo cual mi cuerpo, balanceándose en su extremo, podía caer v estrellar se contra el pavimento a unos trescientos metros más abajo.

Dudé un momento y luego, soltándome del ornamento me balanceé en el espacio en el extremo de la rienda. A mis pies estaban las calles brillantemente iluminadas, el duro pavimento y la muerte. Hubo un ligero sacudón en la parte superior del tejado y el desagradable rechinar de un deslizamiento que hizo que el corazón se me paralizara de terror.

Luego, el gancho se prendió y estuve a salvo.

Escalé rápidamente, me aferré del borde del tejado y salté hacia la superficie del techo. Cuando recobré el equilibrio me topé con el centinela de guardia que me apuntaba con su revólver.

- ¿Quién eres y de dónde vienes? - gritó.

- Soy un aviador de reconocimiento, amigo, muy cerca de estar muerto, ya que escapé por un pelo de caer a la avenida que está abajo - contesté.

- Pero ¿cómo llegaste al techo? Nadie ha aterrizado ni despegado en el edificio durante la última hora. Rápido: explícate o llamaré a los guardias.

- Mira aquí, centinela, y verás cómo he venido y qué cerca he estado de no poder llegar en absoluto - repuse volviéndome hacia el borde del techo donde, a siete metros más abajo, es decir en la punta de la correa, pendían todas mis armas.

Llevado por un impulso de curiosidad, el sujeto se acercó a mí y eso lo perdió, porque cuando se inclinó para mirar sobre el borde del tejado lo tomé del cuello y del brazo que empuñaba la pistola y lo arrojé pesadamente sobre el techo. El arma se le cayó de la mano y mis dedos impidieron que gritara en demanda de auxilio. Luego lo amordacé, lo até y lo suspendí del techo como había estado yo unos momentos antes. Sabía que hasta la mañana no lo encontrarían, y yo necesitaba ganar todo el tiempo que fuese posible.

Colocándome los arneses y las armas, corrí hacia el tinglado y pronto encontré mi máquina y la de Kantos Kan. Sujeté la de él detrás de la mía, puse en marcha el motor rozando el borde del techo me lancé por las calles de la ciudad, a una altura mucho menor de la usual para una patrulla. En menos de un minuto me encontré a salvo sobre el techo de nuestras habitaciones, al lado del atónito Kantos Kan.

No perdí tiempo con explicaciones, sino que enseguida nos pusimos a trazar nuestros planes para el futuro inmediato. Se decidió que yo trataría de llegar a Helium, mientras que él entraría en el palacio y despacharía a Sab Than. Si tenía éxito, luego me seguiría. Arregló mi brújula, un pequeño aparato ingenioso que se mantendría constante sobre cualquier punto de Barsoom, y luego de despedirnos nos elevamos juntos y aceleramos en dirección al palacio que se levantaba en la ruta que debía tomar para llegar a Helium.

Cuando nos acercábamos a la alta torre, una patrulla disparó desde arriba arrojando su atravesante luz de investigación sobre mi nave. Una voz me gritó que parara. Como no presté atención a ese aviso, siguió un disparo. Kantos Kan se perdió en la oscuridad rápidamente, mientras yo me elevaba cada vez más. Me desplacé a una enorme velocidad a través del cielo marciano seguido por una docena de aparatos de caza que se habían unido a la persecución, y más tarde

por un rápido crucero que transportaba unos cien hombres y una batería de cañones rápidos.

Moviendo y girando mi pequeña máquina, ora elevándome, ora descendiendo, pude eludir sus reflectores la mayor parte del tiempo. Como de ese modo también perdía terreno, decidí arriesgarlo todo en un vuelo directo y dejar los resultados a cargo del destino y de la velocidad de mi máquina.

Kantos Kan me había enseñado un truco en la maquinaria - que sólo conocen los pilotos de Helium- que incrementaba de forma notable la velocidad de nuestras máquinas. Por lo tanto, me sentía seguro de poder poner distancia entre mis perseguidores y yo si podía escabullirme de sus disparos por unos pocos minutos.

Cuando aceleré, el zumbido de las balas a mí alrededor me convenció de que sólo por milagro podría escapar. La suerte estaba echada, de modo que lanzándome a toda velocidad me encaminé directamente hacia Helium. Gradualmente dejé a mis perseguidores cada vez más atrás, y ya me estaba felicitando por mi huida afortunada cuando un disparo bien apuntado del crucero hizo impacto en la proa de mi pequeña nave. La sacudida casi la vuelca, y a causa de la avería fue perdiendo altura en la oscuridad de la noche. Cuando recuperé el control de la máquina no sabia cuanto había caído, pero debía de haber estado muy cerca del suelo cuando volví a ascender, porque podía oír claramente los gritos de los animales debajo de mí. Me elevé de nuevo y examiné el cielo para ver dónde estaban mis perseguidores, pero por último, al percibir sus luces muy lejos de mí, advertí que estaban aterrizando, evidentemente en mi búsqueda.

Sólo cuando sus luces dejaron de distinguirse me aventuré a prender la pequeña lámpara de mi brújula. Entonces descubrí con consternación que un fragmento de la bala había destruido completamente mi única guía, así como mi velocímetro. Era cierto que podía seguir las estrellas para orientarme hacia Helium, pero sin saber la ubicación exacta de la ciudad ni la velocidad a la que estaba viajando mis posibilidades de encontrarla eran muy pocas.

Helium estaba a mil seiscientos kilómetros al sudeste de Zodanga, y con una brújula podría haber hecho el viaje, evitando accidentes, en unas cinco o seis horas. Sin embargo, como había resultado, la mañana me encontraría volando sobre una vasta, extensión del lecho del mar muerto, después de cerca de seis horas de vuelo continuo a alta velocidad. En ese momento vi una gran ciudad, pero no era Helium, ya que ésta era 1a única de todo Barsoom formada por dos inmensas ciudades circulares amuralladas y separadas por unos cien kilómetros de distancia, y habría sido fácil distinguirla desde la altura a la que estaba volando.

Pensando que había ido demasiado lejos hacia el Norte y el Oeste, volví en dirección Sudeste y pasé por otras grandes ciudades durante la mañana. Ninguna de ellas, empero, se parecía a la descripción que Kantos Kan me había dado de Helium. Además del trazado en ciudades gemelas de Helium, otro rasgo característico eran sus dos inmensas torres, una de un rojo vivo que se elevaba a unos mil quinientos metros en el centro de una de las ciudades, y la otra de un amarillo brillante y de la misma altura, que habían erigido en la ciudad hermana.

24

Tars Tarkas encuentra a un amigo

Alrededor del mediodía volaba bajo sobre una ciudad muerta del antiguo Marte. Al echar tina ojeada a través de la llanura que se extendía más allá, vi varios miles de guerreros verdes trabados en terrible batalla. Acababa de verlos cuando me dirigieron una descarga de disparos con su puntería por lo general infalible, y mi pequeña nave se convirtió instantáneamente en una ruina que comenzó a caer sin control.

Caí casi directamente en el centro del feroz combate, entre los guerreros que no habían notado mi proximidad, ocupados como estaban en una lucha de vida o muerte. Estaban peleando a pie con sus espadas largas, mientras los disparos de un francotirador de las cercanías del conflicto derribaban a los guerreros que se separaban por un instante del enredo.

Cuando mi máquina cayó entre ellos me di cuenta que se trataba de pelear o morir, con buenas probabilidades de morir a cada momento. Por lo tanto salté al suelo con la espada larga en la mano, listo para defenderme como pudiera.

Caí al lado de un monstruo inmenso que estaba luchando con tres contrincantes. Cuando eché un vistazo a su feroz rostro, iluminado por el fragor de la batalla, reconocí a Tars Tarkas, de Thark. El no me vio, ya que estaba justo detrás de él. Entonces los tres guerreros enemigos, que eran Warhoonianos, embistieron simultáneamente. El poderoso individuo terminó rápido con uno de ellos, pero al retroceder para dar otra estocada, cayó sobre un cadáver que había quedado detrás de él y quedó a merced de sus enemigos un instante. Estos, rápidos como la luz, se echaron sobre él. Tars Tarkas se habría ido a reunir con su padre si yo no hubiera saltado sobre su cuerpo caído para enfrentar a sus adversarios. Me hice cargo de uno de ellos, cuando el poderoso Tharkiano volvía a ponerse de pie y rápidamente se batía con el otro.

Entonces me dirigió una mirada y una sonrisa se dibujó en sus labios horribles. Luego me tocó el hombro y me dijo:

- Apenas te reconozco, John Carter; pero no hay otro mortal sobre Barsoom que hubiera hecho lo que hiciste por mí. Creo que he aprendido lo que significa la amistad, amigo.

No dijo más ni tuvo oportunidad de hacerlo, ya que los Warhoonianos nos estaban cercando. Peleamos juntos, hombro con hombro, durante toda esa larga y ardiente tarde, hasta que el curso de la batalla cambió y el resto de los feroces Warhoonianos montó en sus *doats* y corrió hacia la oscuridad.

Diez mil hombres habían intervenido en esa lucha titánica y sobre el campo de batalla yacían tres mil muertos. Ninguna de las partes pidió ni dio tregua, ni intentó tomar prisioneros.

De regreso en la ciudad, después de la batalla, nos dirigimos directamente a los aposentos de Tars Tarkas, donde quedé solo mientras el jefe asistía al acostumbrado consejo que siempre se realiza después de cada encuentro. Mientras estaba sentado, esperando el regreso del guerrero 'verde, percibí que algo se movía en la habitación lindera, y cuando eché un vistazo en ella,

repentinamente se me arrojó encima una criatura enorme que me sostuvo de espaldas contra una pila de sedas y pieles sobre la cual había estado echado. Era Woola, el leal y querido Woola. Había encontrado su camino de regreso a Thark. Como Tars Tarkas me contó más tarde, había ido inmediatamente hacia mis habitaciones anteriores, donde había soportado su patética y al parecer desesperanzada espera de mi regreso.

- Tal Hajus sabe que estás aquí, John Carter - dijo Tars Tarkas a su regreso de las habitaciones del Jeddak -. Sarkoja te vio y te reconoció cuando regresábamos. Tal Hajus me ha ordenado que te lleve ante él esta noche. Tengo diez *doats,* John Carter, puedes elegir entre ellos. Te acompañaré al acueducto más cercano que conduce a Helium. Tars Tarkas puede ser un cruel guerrero verde, pero también puede ser un buen amigo. Ven, partiremos.

- *¿Y* cuando regreses, Tars Tarkas? - pregunté.

- Los *calots* salvajes, posiblemente, o peor - contesto. A menos que intente la oportunidad que he estado esperando tanto tiempo de batirme con Tal Hajus.

- Nos quedaremos, Tars Tarkas, y veremos a Tal Hajus esta noche. No te sacrificarás. Puede ser que esta noche tengas la oportunidad que esperas.

Objetó enérgicamente, diciendo que Tal Hajus siempre caía en salvajes accesos de furia ante el simple recuerdo del golpe que yo le había dado y que si alguna vez caía en sus manos sería objeto de las más crueles torturas.

Mientras estábamos comiendo le repetí a Tars Tarkas la historia que Sola me había contado aquella noche en el lecho del mar durante nuestro regreso a Thark.

No dijo mucho, pero los grandes músculos de su rostro denotaron pasión y dolor ante el recuerdo de los horrores que se habían descargado sobre lo único que siempre había amado en toda su fría, cruel y terrible existencia,

No objetó más cuando le pedí que nos presentáramos ante Tal Hajus. Sólo dijo que le gustaría hablar con Sarkoja, primero. A su pedido lo acompañé a las habitaciones de ésta, y la mirada de odio que ella me arrojó casi fue una recompensa adecuada por cualquier futuro infortunio que este regreso accidental podría traer aparejado.

- Sarkoja - dijo Tars Tarkas -: cuarenta años atrás fuiste el instrumento que causó la tortura y muerte de una mujer llamada Gozaya. Acabo de saber que el guerrero que amaba a esa mujer se ha enterado de tu participación en el hecho. No te puede matar, Sarkoja: no es nuestra costumbre. Pero no hay nada que evite que ate un extremo de una correa a tu cuello y el otro extremo a un *doat* salvaje, simplemente para probar tu aptitud para sobrevivir y ayudar a la perpetuidad de nuestra raza. Como he oído que hará eso mañana, creí conveniente advertirte, ya que soy un hombre justo. El río Iss no es más que un corto peregrinaje, Sarkoja. Ven, John Carter.

A la mañana siguiente, Sarkoja se había ido y no se la iba a volver a ver nunca más desde ese día.

En silencio y apresuradamente nos dirigimos al palacio del Jeddak, donde inmediatamente fuimos llevados ante él. De hecho, apenas podía esperar para verme, Cuando entré estaba de pie, erguido sobre su plataforma, mirando con odio hacia la entrada.

- Atenlo a este pilar – gritó -. Veremos quién es que se permite golpear al poderoso Tal Hajus. Calienta los hierros. Quemaré sus ojos con mis propias manos para que no pueda manchar mi persona con su vil mirada.

- Jefes de Thark - grité, volviéndome hacia el Consejo reunido e ignorando a Tal Hajus -. He sido un jefe entre ustedes y hoy he peleado por Thark hombro con hombro con su guerrero más grande. Deben al menos escucharme. Lo he ganado hoy. Ustedes dicen ser gente justa . .

- Silencio - rugió Tal Hajus -. Amárrenlo y amordácenlo como ordené.

- ¡Justicia, Tal Hajus! - exclamó Lorcuas Ptomel-. ¿Quién eres tú para pasar por alto las costumbres seculares de los Tharkianos?

- ¡Sí, justicia! - repitió una docena de voces.

Así. mientras Tal Hajus echaba espuma por la boca y humo por la nariz, continué:

- Son personas bravías y aman la valentía. Pero ¿dónde estaba su poderoso Jeddak durante la lucha de hoy? No lo vi en medio de la batalla. No estaba allí. Hace pedazos a mujeres indefensas y niños pequeños en su guarida, pero ¿lo ha visto alguno de ustedes pelear recientemente con hombres? ¿Por qué aun yo, un enano al lado de ustedes, lo derribe de un solo puñetazo? ¿Es esa la estirpe de los Jeddaks de Thark? Aquí, a mi lado, está un gran Tharkiano, un poderoso guerrero y un noble hombre. Jefes: ¿Como suena Tars Tarkas, Jeddak de Thark?

Un aplauso cerrado recibió la propuesta.

- Sólo falta que el Consejo lo ordene, y Tal Hajus deberá probar su capacidad para gobernar. Si fuera un hombre valiente invitaría Tars Tarkas a pelear, ya que no es de su agrado. Pero Tal Hajus tiene miedo. Tal Hajus, su Jeddak, es un Cobarde. Con mis manos desnudas podría matarlo, y él lo sabe.

Después que dejé de hablar, hubo un silencio tenso, ya que todos los ojos se fijaron en Tal Hajus. Este no habló ni se movió, pero el verde manchado de su cuerpo se puso lívido y la espuma se congeló en sus labios.

- Tal Hajus - dijo Lorcuas Ptomel en un tono frío y duro -: nunca, en toda mi larga vida, he visto a un Jeddak de los Tharkianos tan humillado. No podría haber más que una respuesta a estos cargos. La esperamos. - Aún Tal Hajus quedó como si estuviera petrificado -. jefes: ¿podrá el Jeddak Tal Hajus probar su capacidad para gobernar Thark?

Había veinte jefes en la tribuna y las veinte espadas brillaron al ser levantadas.

No quedaba alternativa. La decisión era terminante. Así fue como Tal Hajus sacó su espada larga y avanzó para encontrarse con Tars Tarkas.

El combate terminó rápido. Con su pie sobre el cuello del monstruo muerto, Tars Tarkas se erigió en Jeddak de los Tharkianos.

Su primera decisión fue la de hacerme jefe, con el rango que había ganado por mis combates los primeros meses de mi cautiverio entre ellos.

Viendo la disposición favorable de los guerreros hacia Tars Tarkas y hacia mí, aproveché la oportunidad para alistarlos en mi causa contra Zodanga. Le conté la historia de mis aventuras a Tars Tarkas y en pocas palabras le expliqué lo que tenía en mente.

- John Carter ha hecho una propuesta - dijo dirigiéndose al Consejo - que cuenta con mi consentimiento. La expondré brevemente: Dejah Thoris, la princesa de Helium, que era nuestra prisionera, está ahora en poder del Jeddak de Zodanga, con cuyo hijo debe casarse para poder salvar su territorio de la invasión de sus tropas. John Carter sugiere que la rescatemos y regresemos a Helium. El saqueo de Zodanga seria magnífico. Siempre he pensado que de aliarnos con Helium podríamos asegurarnos el sustento suficiente que nos permita incrementar el tamaño y la frecuencia de nuestros empollamientos, para convertirnos así en los mejores, sin duda, entre los hombres verdes de todo Barsoom. ¿Qué opinan ustedes?

Era una oportunidad para pelear, una oportunidad para el saqueo, y respondieron a la incitación como truchas al anzuelo. Los Tharkianos estaban tremendamente entusiasmados. Antes que transcurriera otra media hora, Veinte mensajeros montados estaban cruzando los lechos de los mares a toda velocidad, para convocar a las hordas para que se unieran a la expedición.

A los tres días estábamos en marcha hacia Zodanga con cien mil poderosos guerreros, ya que Tars Tarkas había podido alistar a tres pequeñas hordas, con la promesa del gran saqueo de Zodanga.

Yo iba montado a la cabeza de la columna, al lado del gran Tharkiano, mientras a mis pies trotaba mi querido Woola.

Siempre marchábamos durante la noche, programando nuestra marcha para acampar de día en las ciudades desiertas. Nos manteníamos dentro de los edificios durante las horas del día. Durante la marcha, Tars Tarkas, con su notable habilidad y capacidad de estadista, alistó a cincuenta mil guerreros más de varias hordas. Por lo tanto, diez días después de partir hicimos un alto a medianoche, en las cercanías de la ciudad amurallada de Zodanga, con unos ciento cincuenta mil guerreros.

La fuerza de lucha y eficiencia de esta horda de feroces guerreros verdes era diez veces mayor que la de igual número de hombres rojos. Nunca, en la historia de Barsoom, según me dijo Tars Tarkas, había marchado una fuerza tal de guerreros verdes para luchar juntos. Era una tarea monstruosa mantener siquiera un aspecto de armonía entre ellos. Era maravilloso para mí que hubieran llegado a la ciudad sin que pelearan una sola vez entre sí.

Cuando nos acercábamos a Zodanga, sus rencillas personales quedaron desplazadas por su gran odio hacia los hombres rojos, especialmente los de Zodanga, que durante años habían sostenido una despiadada campaña de

exterminio contra los hombres verdes, poniendo especial énfasis en la destrucción de sus incubadoras.

Ahora que estábamos a las puertas de Zodanga, la tarea de poder entrar en la ciudad recaía sobre mí. Indicándole a Tars Tarkas que separara sus fuerzas en dos divisiones fuera de la ciudad, con cada división frente a una de las grandes entradas, tomé veinte soldados desmontados y me acerqué a una de las pequeñas entradas que hay en las murallas a pequeños intervalos. Estas entradas no tienen guardia regular, pero están vigiladas por centinelas que patrullan las avenidas que circundan la ciudad por la parte de adentro de los muros como nuestra policía vigila sus distritos.

Las murallas de Zodanga tienen una altura de veinte metros y un espesor de quince y están construidas con enormes bloques de carborundo. La tarea de entrar a la ciudad le parecía imposible a mi escolta de guerreros verdes, Los que habían sido elegidos para acompañarme eran de una de las hordas más pequeñas y por lo tanto no me conocian.

Coloqué a tres de ellos de cara a la pared con las manos unidas, ordené a dos más que subieran sobre los hombros de éstos, y a un sexto que subiera a los hombros de los dos anteriores. La cabeza del guerrero que estaba arriba de todos quedaba a unos doce metros del suelo.

De esta forma, con diez guerreros, construí una serie de tres escalones desde el piso a los hombros del que estaba más arriba. Luego, comenzando desde una distancia corta detrás de ellos, salté velozmente de una hilera a otra, y con un salto final desde los anchos hombros del más alto, tomé el extremo del gran muro y lentamente me elevé hacia su ancha superficie. Detrás de mí llevaba seis cuerdas de cuero de otros tantos de mis guerreros. Previamente habíamos unido estas cuerdas. Pasando un extremo al guerrero que estaba más arriba, bajá el otro extremo cautelosamente por el lado opuesto de la pared hacia la avenida que estaba abajo. Como no había nadie a la vista, descendí hacia el extremo de mi cuerda de cuero y me lancé hacia el pavimento los diez metros que restaban.

Había aprendido de Kantos Kan el secreto para abrir estas puertas. En un momento los veinte guerreros estaban conmigo dentro de la condenada ciudad de Zodanga.

Para mi placer descubrí que había entrado por una de las entradas más bajas de las tierras del palacio. El edificio en sí mostraba a la distancia un lustre de glorioso brillo. Al instante decidí conducir un destacamento de guerreros directamente al interior del palacio, mientras el grueso de la gran horda atacaba las barracas de los soldados.

Envié, pues, a uno de mis guerreros para que pidiera cincuenta hombres a Tars Tarkas y le explicara mis intenciones, y ordené a diez de los guerreros que tomaran y abrieran uno de los grandes portones mientras con los nueve, restantes yo tomaba el otro. Debíamos realizar nuestro trabajo rápido. No debía haber disparos ni hacerse un avance general hasta que hubiera entrado al palacio con mis cincuenta Tharkianos. Nuestros planes funcionaron a la perfección. Los dos centinelas que encontramos fueron despachados junto a sus padres en el mar

perdido de Korus, y los guardias de ambos portones los siguieron sin decir ni una palabra.

25

El saqueo de Zodanga

Cuando la gran puerta donde estaba se abrió, mis cincuenta Tharkianos, encabezados por el propio Tars Tarkas, entraron montados en sus poderosos *doats.* Los conduje a los muros del palacio, los que pude pasar fácilmente sin necesidad de ayuda. Una vez adentro, aunque la puerta me dio bastante trabajo, finalmente tuve mi recompensa viendo cómo se movía sobre sus enormes bisagras. Pronto mi veloz escolta cabalgó a través de los jardines del Jeddak de Zodanga.

Cuando nos aproximábamos al palacio, pude ver a través de las grandes ventanas del primer piso el recinto brillantemente iluminado de Than Kosis. La inmensa sala estaba repleta de nobles y sus mujeres, como si una función muy importante se estuviera llevando a cabo. No había un solo guardia la vista fuera del palacio, debido, según creí, al hecho de que los muros de la ciudad y el palacio eran completamente inexpugnables. Por lo tanto me acerqué y espié.

En un extremo del recinto, en tronos de oro macizo incrustados de diamantes, se hallaban sentados Than Kosis y su consorte, rodeados de oficiales y dignatarios del estado. Delante de ellos se extendía un ancho corredor cercado a ambos costados por soldados. Cuando miré, la cabeza de una procesión que avanzaba hacia los pies del trono, entraba por ese corredor desde el extremo opuesto de la sala. Al frente marchaban cuatro oficiales de la Guardia del Jeddak, que llevaban una bandeja en la cual, sobre un cojín de seda roja, descansaba una gran cadena de oro con un collar y un candado en cada extremo. Después de estos oficiales entraron otros cuatro con una bandeja similar con los magníficos ornamentos propios de los príncipes de la casa real de Zodanga.

A los pies del trono, los dos grupos se detuvieron y se separaron para situarse enfrentados a ambos lados del corredor. Entonces avanzaron los dignatarios y los oficiales del palacio y del ejército, hasta que por último aparecieron dos figuras completamente cubiertas con un manto de seda escarlata - de modo que no se podía ver ninguno de sus rasgos - y se detuvieron al pie del trono, frente a Than Kosis. Cuando el grueso de la procesión hubo entrado y ocupado su lugar. Than Kosís se dirigió a la pareja que estaba delante de él. No podía entender sus palabras, pero en ese momento dos oficiales avanzaron y quitaron el manto rojo a una de las figuras y entonces advertí que Kantos Kan había fracasado en su misión, ya que el que quedó a la vista fue Sab Than, Príncipe de Zodanga.

Than Kosis tomó entonces una parte de los ornamentos de una de las bandejas y colocó uno de los collares de oro en el cuello de su hijo, cerrando el candado. Después de unas pocas palabras a Sab Than, se volvió a la otra figura, a quien los oficiales habían quitado las sedas que la envolvían, y ante mi vista apareció Dejah Thoris, Princesa de Helium.

Ahora, el motivo de la ceremonia estaba claro: unos momentos más y Dejah Thoris se uniría para siempre al Príncipe de Zodanga. Era una ceremonia hermosa e impresionante, creo: pero para mí era el espectáculo más diabólico que hubiese presenciado jamás. Cuando ya los ornamentos estaban por ceñirse en la hermosa figura y su collar de oro pendía de las manos de Than Kosis, levanté mi espada larga sobre mi cabeza, v con su pesado puño rompí el vidrio de la gran ventana y salté en medio del atónito grupo. De un salto alcancé los escalones de la plataforma que estaba detrás de Than Kosis, y mientras éste me miraba lleno de odio y sorpresa, descargué mi espada sobre la cadena de oro que hubiera unido a Dejah Thoris con otro.

Instantáneamente, todo fue confusión. Mil espadas desenvainadas me amenazaban desde todas partes. Sab Than saltó sobre mí con una daga adornada con piedras preciosas que había sacado de sus ornamentos nupciales. Podría haberle dado muerte tan fácilmente como a una mosca, pero las antiguas costumbres de Barsoom me detenían la mano. Lo tomé de la muñeca cuando la daga descendía hacia mi corazón, le hice una llave y señalé con mi espada larga el extremo opuesto de la sala.

- ¡Zodanga ha caído! – Grité -. ¡Miren!

Todos los ojos se volvieron en la dirección que había señalado. Allí, avanzando a través de los portales de la entrada, cabalgaban Tars Tarkas y sus cincuenta guerreros montados en grandes *doats.*

Un grito de sorpresa y de alarma salió del grupo, pero ni una palabra de temor, y al instante los soldados y nobles de Zodanga se lanzaron sobre los Tharkianos que avanzaban.

Arrojé a Sab Than de cabeza por la plataforma y atraje a Dejah Thoris a mi lado. Detrás del trono había una angosta puerta. En ella estaba Than Kosis enfrentándome, con la espada larga desenvainada, y entonces nos trabamos en lucha, aunque no era contrincante a mi medida.

Mientras girábamos sobre la ancha plataforma, vi que Sab Than subía los escalones para ayudar a su padre; pero cuando levantó su mano para herirme, Dejah Thoris saltó delante de él. En ese momento mi espada dio la estocada que le confirió a Sab Than el título dc Jeddak de Zodanga. Mientras su padre rodaba muerto por el suelo, el nuevo Jeddak se zafó de Dejah Thoris y otra vez quedamos enfrentados. Al instante se le unió un cuarteto de oficiales. Con mi espalda contra el dorado trono, comencé a luchar una vez más por Dejah Thoris pero debía cuidarme bien de defenderme sin aniquilar a Sab Than y con él la última oportunidad de ganar a la mujer que amaba. Yo blandía mi espada con la rapidez de la luz, tratando de esquivar las estocadas de mis enemigos. Había desarmado a dos u uno estaba muerto, cuando varios más se precipitaron a ayudar a su nuevo gobernador y vengar la muerte del anterior.

Entonces oí que gritaban: "¡La mujer!. ¡La mujer!. ¡Mátenla! ¡Ella es la que urdió el plan! ¡Mátenla! ¡Mátenla!"

Le dije a Dejah Thoris que se pusiera detrás de mí, y me abrí paso hacia la pequeña puerta que estaba detrás del trono. Los oficiales se dieron cuenta de mis intenciones y tres de ellos saltaron hacia ese lugar y me quitaron la posibilidad de ganar una posición en la que habría podido defender a Dejah Tboris contra un ejército de espadachines.

Los Tharkianos estaban luchando en el centro de la habitación. Empezaba a darme cuenta de que nada que no fuese un milagro podría salvarnos a Dejah Thoris y a mí, cuando vi que Tars Tarkas surgía de la multitud de aquellos pigmeos que parecían hormigas alrededor de él. De un solo golpe de su poderosa espada larga dejó un tendal de cadáveres a sus pies. Así, abriendo un corredor delante de él, llegó a mi lado en un instante, sobre la plataforma, y comenzó a sembrar muerte y destrucción a diestra y siniestra.

La valentía de los Zodanganianos era pavorosa. Ninguno intentó escapar. Cuando la lucha cesó fue porque sólo los Tharkianos estaban vivos en la gran sala, además de Dejah Thoris y yo.

Sab Than yacía muerto al lado de su padre. Los cadáveres de la flor de la nobleza y aristocracia de Zodanga cubrían el piso de aquel matadero.

Mi prmer pensamiento, en cuando terminó la batalla, fue para Kantos Kan. Dejando a Dejah Thoris a cargo de Tars Tarkas, tomé una docena de guerreros y corrí hacia los calabozos que había debajo del palacio. Los carceleros los habían abandonado para unirse a los luchadores en la sala del trono, de modo que buscamos en los laberintos de la prisión sin oposición alguna.

Llamé a Kantos Kan por su nombre en cada corredor y celda que aparecía. Finalmente tuve la satisfacción de oír su débil respuesta. Guiado por la voz, lo encontramos rápidamente en un hueco en la oscuridad.

Se alegró mucho de verme y de conocer las causas de la lucha. Le habían llegado a la prisión débiles ecos de ésta. Me contó que una patrulla aérea lo había capturado antes de alcanzar la alta torre del palacio y que por lo tanto ni siquiera había podido ver a Sab Than.

Como advertimos que sería inútil intentar cortar los barrotes y cadenas que lo mantenían prisionero, regresé para buscar en los cadáveres del piso de arriba las llaves que abrieran los candados de su celda y sus cadenas.

Afortunadamente encontré a su carcelero entre los primeros que examiné, y al rato Kantos Kan estaba con nosotros en la sala del trono. Desde la calle nos llegó el resonar de unos disparos mezclados con gritos y llantos, y Tars Tarkas corrió hacia allí para dirigir la lucha que se estaba llevando a cabo. Kantos Kan lo acompañó para servirle de guía. Los guerreros verdes empezaron una minuciosa búsqueda de Zodanganianos y del botín del palacio. Dejah Thoris y yo quedamos solos.

Se había sentado en uno de los dorados tronos y. cuando me volví, - me saludó con una débil sonrisa.

- ¿Es posible que haya hombres así? – exclamo -. Sé que Barsoom nunca ha visto a nadie como tú. ¿Será que todos los humanos son como tú? Solo, un extraño, cansado, amenazado, perseguido, has hecho en unos pocos meses lo que ningún hombre ha hecho jamás en todas las centurias pasadas de Barsoom: has reunido a las hordas salvajes de los lechos del mar y las has traído para que luchen como aliados de la gente roja de Marte.

- La respuesta es fácil, Dejah Thoris - contesté sonriente -: no fui yo quien lo hizo, fue el amor, mi amor por Dejah Thoris. Una fuerza que podría realizar milagros aun más grandes que los que has visto.

Un hermoso rubor iluminó su rostro y contestó:

- Puedes decirlo ahora, John Carter, y puedo yo escucharlo, porque soy libre.

- Aun tengo más que decirte, aunque nuevamente es muy tarde proseguí -. He hecho muchas cosas extrañas en mi vida. Muchas cosas que hombres más sabios no habrían hecho. Pero nunca, ni en mis fantasías más absurdas hubiera soñado ser merecedor de Dejah Thoris, pues nunca hubiera soñado que en todo el universo habitara una mujer como la Princesa de Helium. No me amedrenta que seas princesa, sino el simple hecho de que seas como eres me hace dudar de mi cordura, para pedirte, mi princesa, que seas mía.

- No tiene de qué avergonzarse aquel que conocía tan bien la respuesta a su declaración antes que tal declaración fuera hecha - contestó levantándose y poniendo sus adoradas manos sobre mis hombros.

Entonces la tomé en mis brazos y la besé.

26

De la masacre a la alegría

Poco después Kantos Kan y Tars Tarkas regresaron a informar que Zodanga había sido completamente reducida. Sus fuerzas estaban enteramente destruidas o capturadas y no era de esperar más resistencia de la ciudad: Varias naves de guerra habían escapado, pero había miles de naves de guerra y mercantes bajo la vigilancia de los guerreros Tharkianos.

Las hordas menores habían empezado a saquear y se estaban peleando entre sí. Entonces se decidió reunir a todos los guerreros que fuera posible y tripular las naves que se pudiera con prisioneros de Zodanga, para poner rumbo a Helium.

Cinco horas más tarde partíamos de los tejados de los desembarcaderos con una flotilla de doscientas cincuenta naves de guerra, llevando cerca de cien mil guerreros verdes, seguidos por una flotilla que transportaba nuestros *doats.*

Detrás dejamos la ciudad destruida en las garras feroces y brutales de más de cuarenta mil guerreros verdes de las hordas menores, que saqueaban, asesinaban y peleaban entre sí. Habían prendido luego en varios lugares y ya se veían columnas de denso humo que se elevaban de la ciudad como para borrar de los ojos del cielo las horribles visiones que había abajo.

Al promediar la tarde divisamos la torre roja y la amarilla de Helium. Poco después, una flotilla de naves de Zodangania nos se elevó de los campos linderos de la ciudad y avanzó para enfrentarse con nosotros.

Llevábamos banderas de Helium atadas de babor a estribor en todas nuestras poderosas naves, pero los Zodanganianos no necesitaron esas insignias para darse cuenta de que éramos enemigos, ya que nuestros guerreros verdes habían abierto fuego casi en el momento en que aquéllos dejaban el suelo, y con su pavorosa puntería barrieron a la flotilla que avanzaba.

Las ciudades gemelas, percibiendo que éramos amigos, enviaron cientos de naves para que nos ayudaran. Entonces empezó la primera batalla aérea verdadera que presenciaba.

Las naves de nuestros guerreros daban vueltas sobre las flotillas contrarias de Helium y Zodanga, ya que sus baterías eran inútiles en manos de los Tharkianos, que al no tener fuerza aérea no tenían experiencia en el armamento correspondiente. Sus pequeñas armas de fuego, sin embargo, eran más eficaces y el resultado final de este encuentro estuvo fuertemente influido, sino totalmente determinado, por su presencia.

Al principio, las dos fuerzas se movían a la misma altura, disparando descarga tras descarga una contra la otra. En ese momento habían hecho centro en una de las inmensas naves de guerra de los Zodanganianos, que con una sacudida se dio vuelta. Las pequeñas figuras de la tripulación caían girando y sacudiéndose hacia el suelo, trescientos metros más abajo. Entonces, con una velocidad pasmosa, la nave misma cayó verticalmente y se enterró casi por completo en el blando limo del antiguo lecho del mar.

Entonces, una por una, las naves de guerra de Helium consiguieron quedar por encima de los Zodanganianos, y en poco tiempo varias de las naves de guerra contrincantes quedaron a la deriva, en ruinas, dirigiéndose hacia la alta torre roja de Helium. Varias otras intentaron escapar pero fueron rodeadas rápidamente por cientos de pequeñas naves individuales. Sobre cada una de ellas pendía una monstruosa nave de guerra de Helium, preparada para mandar un grupo de abordaje a sus cubiertas.

En menos de una hora desde el momento en que los victoriosos Zodanganianos se elevaron para enfrentarnos desde los campos linderos a la ciudad, la batalla había terminado y sus restantes naves habían sido conquistadas y eran conducidas a las ciudades de Helium por su tripulación apresada.

La entrega de estas poderosas naves era extremadamente patética. Era el resultado de las antiguas costumbres que exigían que la rendición se rubricase con el voluntario salto al vacío del comandante de la nave vencida desde ésta. Uno tras otro, los valientes guerreros, sosteniendo en alto sus banderas, saltaban desde las proas de sus naves poderosas hacia una muerte horrible.

El fuego no cesó hasta que el comandante de toda la flotilla realizó el temerario salto indicando la rendición de las restantes naves y haciendo que cesara el sacrificio inútil de los valientes soldados.

Le indicamos a la nave que comandaba la flota de Helium que se aproximara y cuando estuvo al alcance, les grité que teníamos a la Princesa Dejah Thoris a bordo y que deseábamos pasarla a su nave para que fuera conducida de inmediato a la ciudad.

Cuando entendieron el verdadero sentido de mi anuncio, surgió un grito increíble de la cubierta de la nave, y poco después las banderas de la Princesa de Helium aparecieron en cientos de puntos sobre la superestructura. Cuando las otras naves del escuadrón captaron el sentido de las banderas, dejaron escapar el más ensordecedor aplauso e izaron sus banderas bajo el brillante sol.

La nave principal se nos acercó, y mientras se mecía graciosamente y tocaba nuestro costado, una docena de oficiales saltó sobre nuestra cubierta. Cuando sus miradas atónitas cayeron sobre los cientos de guerreros verdes que estaban apareciendo de los refugios de lucha, se quedaron estupefactos, pero al ver a Kantos Kan que avanzaba a su encuentro, se adelantaron para rodearlo.

Entonces Dejah Thoris y yo avanzamos. Sólo tenían ojos para ella y ella los recibió graciosamente, llamando a cada uno por su nombre, ya que gozaban de la estima de su abuelo, a cuyo servicio estaban, y los conocía bien.

- Tiendan sus manos sobre los hombros de John Carter - les dijo volviéndose hacia mí -, el hombre a quien le deben su princesa así como la victoria de hoy.

Fueron muy corteses conmigo y dijeron muchos cumplidos y cosas gentiles. Lo que más parecía impresionados era que hubiera ganado la ayuda de los feroces Tharkianos en mi campaña para la liberación de Dejah Thoris y la recuperación de Helium.

- Le deben su gratitud a otro hombre, más que a mí – dije -. Y aquí está. Les presento al más grande soldado y estadista de Barsoom: Tars Tarkas, Jeddak de Thark.

Con la misma fina cortesía que habían demostrado en su trato hacia mí, extendieron sus saludos al gran Tharkiano. Para mi sorpresa, no tenía nada que envidiarles en cuanto a fluidez para sostener una conversación cordial. Aunque no son de una raza locuaz, los Tharkianos son extremadamente formales y sus modales se prestan asombrosamente a las costumbres palaciegas y nobles. Dejah Thoris pasó a bordo de la nave capitana y se apenó de que no la siguiera, pero le expliqué que la batalla sólo estaba ganada parcialmente. Todavía teníamos las fuerzas de ocupación de los Zodanganianos para que nos rindieran cuentas, de modo que no dejaría a Tars Tarkas hasta que eso se hubiera logrado.

El comandante de las fuerzas navales de Helium me prometió hacer los arreglos para que el ejército de Helium atacara desde la ciudad junto con nuestro ataque por tierra. En consecuencia, las naves se separaron y Dejah Thoris fue llevada de regreso triunfalmente a la corte de su abuelo, Tardos Mors, Jeddak de Helium.

A la distancia estaban nuestras flotillas de transporte, con los *doats* de los marcianos verdes, donde habían permanecido durante la batalla. Sin plataformas de aterrizaje sería difícil descargar las bestias sobre la llanura abierta, pero no

había otro modo de hacerlo. Por lo tanto partimos hacia un lugar a unos quince kilómetros de la ciudad y comenzamos la tarea.

Fue necesario bajar los animales en cabestrillos, tarea ésta que ocupó el resto del día y mitad de la noche. Entretanto fuimos atacados dos veces por grupos de la caballería Zodanganiana, aunque, sin embargo, con pocas pérdidas. Después que oscureció se retiraron a toda marcha.

Tan pronto como el último *doat* fue descargado, dimos la orden de avanzar y en tres grupos nos deslizamos desde el Norte, el Sur y el Este sobre el campamento Zodanganiano.

A cerca de un kilómetro del campamento principal encontramos sus puestos de avanzada y, como habíamos convenido de antemano, atacamos.

En medio de los chillidos horribles de los *doats* enfurecidos por la batalla caímos sobre los Zodanganianos con gritos salvajes y feroces.

No los encontramos desprevenidos sino que, por el contrario, formaban una línea de ataque bien atrincherada para enfrentarnos. Una y otra vez fuimos rechazados hasta que, hacia la noche, empecé a temer por los resultados de la batalla.

Los Zodanganianos sumaban cerca de un millón de guerreros congregados de polo a polo dondequiera que se extendían sus acueductos, mientras que las fuerzas que se les enfrentaban eran de menos de cien mil guerreros verdes. Las fuerzas de Helium no habían llegado ni habíamos tenido noticias de ellas.

Sólo al caer la noche oímos la artillería pesada a lo largo de toda la línea que separaba a los Zodanganianos de las ciudades, y entonces nos enteramos de que nuestros refuerzos, tan esperados, habían llegado.

Tars Tarkas volvió a ordenar un avance. Una vez más los poderosos *doats* llevaron a sus terribles jinetes hacia las moradas de los enemigos. Al mismo tiempo, la línea de ataque de Helium se lanzó sobre la trinchera de los Zodanganianos y a poco ya los trituraban como si estuvieran entre dos piedras de molino. Lucharon noblemente, pero en vano.

La llanura que se tendía delante de la ciudad se había convertido en una verdadera carnicería, a pesar de que los últimos Zodanganianos se rindieron. Finalmente la matanza terminó. Los prisioneros fueron llevados de regreso a Helium y entramos por los, grandes portales de la ciudad formando una enorme procesión triunfal de héroes conquistadores.

Las anchas avenidas estaban bordeadas por mujeres y niños, y entre ellos se encontraban los pocos hombres cuyo deber les exigía, que permanecieran en la ciudad durante la batalla. Fuimos recibidos con una salva interminable de aplausos y una lluvia de ornamentos de oro, platino, plata y piedras preciosas. La ciudad se sentía loca de alegría.

Mis fieros Tharkianos causaron la más furiosa excitación y entusiasmo. Nunca había entrado por los portales de Helium un grupo armado de guerreros verdes, de modo que el que vinieran ahora como amigos y aliados llenaba a los hombres rojos de regocijo.

Era evidente que mis pobres servicios hacia Dejah Thoris se habían vuelto de dominio público, a juzgar por la frecuencia en que vitoreaban mi nombre y la cantidad de condecoraciones que prendían en mí y en mi *doat* mientras subíamos las avenidas, camino al palacio. A pesar del aspecto feroz de Woola, el pueblo se apretujaba sobre mí.

Cuando llegamos al magnífico pilar fuimos recibidos por un grupo de oficiales que nos saludaron cálidamente y pidieron que Tars Tarkas y sus jefes, con los Jeddaks y Jeds de sus aliados salvajes, junto conmigo, desmontáramos y los acompañáramos a recibir de Tardos Mors una manifestación de su gratitud por nuestros servicios.

Al término de los grandes peldaños que conducían a los portales principales del palacio, estaba el grupo real. Cuando llegamos a los primeros escalones, uno de sus miembros descendió para recibirnos. Era prácticamente un espécimen perfecto de hombre. Alto, esbelto como un junco, con músculos estupendos y porte y talante de conductor de hombres.

El primer miembro de nuestro grupo con quien se encontró fue Tars Tarkas. Sus palabras sellaron para siempre la nueva amistad entre sus razas.

- Que Tardos Mors - dijo gravemente - pueda encontrarse con el más grande guerrero viviente de Barsoom, es un honor inapreciable; pero que coloque su mano sobre el hombro de un amigo y aliado, es un honor más grande aún.

- Jeddak de Helium - contestó Tars Tarkas -: ha sido reservado a un hombre de otro mundo el enseñar a los guerreros verdes de Barsoom el significado de la amistad. A él le debemos el hecho de que las hordas de Thark puedan entenderte y puedan apreciar y hacer recíprocos los sentimientos tan gentilmente expresados por ti.

Tardos Mors saludó entonces a cada uno de los Jeddaks y Jeds verdes y a cada uno le dirigió palabras de amistad y aprecio.

Cuando se acercó a mí, colocó sus dos manos sobre mis hombros.

- Bienvenido, hijo mío – dijo -. El hecho de que te sea permitido, con todo placer y sin una sola palabra de oposición, obtener la más preciada joya de todo Helium, de todo Barsoom, es suficiente prueba de mi estima.

Fuimos presentados a Mors Kajak, Jed de la ciudad de Helium, de menor importancia, y padre de Dejah Thoris. Había seguido de cerca a Tardos Mors y parecía aun más emocionado por el encuentro que su propio padre.

Trató varias veces de expresarme su gratitud pero su voz se quebraba por la emoción y no podía hablar. Aun así, tenía - según sabría después - una gran reputación por su ferocidad y valentía como luchador, que aún era reconocida sobre la belicosa Barsoom. Al igual que todo Helium adoraba a su hija y no podía pensar siquiera en el peligro que había corrido sin que lo invadiera tina profunda emoción.

27

De la alegría a la muerte

Durante diez días las hordas Tharkianas y sus aliados salvajes fueron agasajados y entretenidos, y luego cargados de costosos presentes. Después, escoltados por diez mil soldados de Helium comandados por Mors Kajak emprendieron el regreso a sus propias tierras. El Jed de la ciudad menor de Helium y un pequeño grupo de nobles los acompañaron durante todo el camino a Thark, para estrechar aún más los nuevos lazos de paz y amistad.

Sola también acompañaba a Tars Tarkas, su padre, que delante de todos sus Jeddaks la había reconocido como su hija.

Tres semanas después, Mors Kajak y sus oficiales. acompañados por Tars Tarkas y Sola, regresaron en una nave de guerra que había sido enviada a Thark para que los trajeran a tiempo para la ceremonia que haría de Dejah Tboris y John Carter un solo ser.

Durante nueve años actué en los consejos y peleé en el ejército de Helium como un príncipe de la casa de Tardos Mors. La gente parecía no cansarse nunca de colmarme de honores. No pasaba un día sin que trajeran una nueva prueba de su amor por mi princesa, la incomparable Dejah Thoris.

En una incubadora de oro, sobre el techo de nuestro palacio yacía un huevo blanco como la nieve. Durante casi cinco años, diez soldados de la guardia del Jeddak lo vigilaron constantemente, y no pasó un día, mientras estuve en la ciudad, sin que Dejah Thoris y yo nos paráramos tomados de la mano, delante de nuestro pequeño altar, haciendo planes para el futuro, cuando la delicada cáscara se rompiera.

La imagen de la última noche permanece vívida en mi mente. Estábamos sentados allí, hablando en voz baja del extraño romance que había unido nuestras vidas y del milagro que estaba por consumarse para aumentar nuestra felicidad y completar nuestros deseos, cuando a la distancia vimos la brillante luz blanca de una nave aérea que se, acercaba. No le atribuimos mayor importancia a una luz tan común, pero cuando cómo un proyectil de luz corrió hacia Helium, su propia velocidad predijo algo fuera de lo común.

Haciendo señas luminosas que indicaban que era portadora de un despacho para el Jeddak, se movía impacientemente, a la espera de las naves de patrulla que la condujeran al desembarcadero del palacio.

Diez minutos después de aterrizar en la elevada plataforma del palacio, un mensajero me llamó al recinto del Consejo, que encontré colmado de miembros de este cuerpo.

En la elevada plataforma del trono estaba Tardos Mors, paseándose de un lado a otro, con las facciones tensas. Cuando todos estuvieron en sus asientos, se volvió hacia nosotros.

- Esta mañana -dijo- me llegaron noticias de varios gobiernos de Barsoom de que el cuidador de la planta atmosférica no ha dado su informe desde hace dos días. Tampoco los llamados casi incesantes de una veintena de capitales han obtenido

el mínimo signo de respuesta. Los embajadores de otros imperios me han pedido que me haga cargo del asunto y me apresure a localizar al cuidador asistente de la planta. Todo el día, miles de cruceros lo han estado buscando hasta que ahora uno de ellos regresó trayendo su cadáver, que fue encontrado en una cueva, debajo de su casa, horriblemente mutilado por un asesino. No necesito decirles lo que esto significa para Barsoom. Llevará meses trasponer esas poderosas paredes; no obstante, el trabajo ya ha sido comenzado. Habría poco que temer si las máquinas de descarga de la planta funcionaran en forma normal como lo han hecho durante cientos de años. Pero mucho me temo que haya sucedido lo peor. Los instrumentos señalan, una rápida disminución de la presión en todos los puntos de Barsoom. La máquina se ha detenido. Señores míos – continuó -: tenemos como máximo tres días de vida.

Hubo un silencio absoluto durante varios minutos. Al cabo, un joven noble se puso de pie y con su espada desenvainada en alto se dirigió a Tardos Mors.

- Los hombres de Helium se enorgullecen de haber mostrado siempre a Barsoom cómo vive una nación de hombres rojos. Ahora es la oportunidad de mostrarle cómo muere. Deja que sigamos con nuestros deberes como si todavía tuviéramos mil años de vida por delante.

El recinto resonó en aplausos y como si no hubiera nada mejor que apaciguar el temor de la gente con nuestro ejemplo, seguimos adelante con una sonrisa en nuestros rostros *y* una pena corroyéndonos el corazón.

Cuando regresé a mi palacio, encontré que el rumor ya había llegado a oídos de Dejah Thoris. Por lo tanto le conté todo lo que había escuchado.

- Hemos sido muy felices, John Carter – dijo -. Donde quiera que el destino nos alcance, agradezco que nos permita morir juntos.

Los dos días siguientes no trajeron ningún cambio en la provisión de aire, pero al tercer día respirar se tomó difícil en los pisos superiores de los edificios. Las avenidas y las calles de Helium estaban llenas de gente. Todos los negocios habían cerrado. La mayoría de la gente afrontaba valientemente su inexorable sentencia de muerte. Aquí y allá, sin embargo, hombres y mujeres daban rienda suelta a su pena.

Hacia la mitad del día muchos de los más débiles empezaron a sucumbir y en el lapso de una hora la mayoría de la gente de Barsoom comenzó a hundirse en la inconsciencia que precede a la muerte por asfixia.

Dejah Thoris y yo, junto con otros miembros de la familia real, nos habíamos reunido en un jardín de uno de los patios interiores del palacio. Conversábamos en voz baja y a veces n siquiera hablábamos. Mientras tanto, el pánico de la horrible sombra de la muerte se deslizaba sobre nosotros. Hasta Woola parecía sentir el peso del inminente desenlace, ya que se pegaba a mí y a Dejah Thoris gimiendo lastimeramente.

La pequeña incubadora había sido traída del techo de nuestro palacio, a pedido de Dejah Thoris, que se quedaba mirando la pequeña vida desconocida que ya nunca conoceríamos.

Como se estaba tornando perceptiblemente difícil respirar. Tardos Mors se puso de pie diciendo:

- Despidámonos; los días de grandeza de Barsoom han terminado. El sol de mañana iluminará un mundo muerto que debe seguir girando por toda la eternidad en el firmamento, sin que lo habiten siquiera los recuerdos. Este es el fin.

Dejó de hablar y besó a las mujeres de su familia y tendió su fuerte mano sobre los hombros de los hombres.

Cuando me volví, tristemente, mis ojos se posaron sobre Dejah Thoris. Su cabeza estaba inclinada sobre su pecho. Todas las apariencias indicaban que estaba sin vida. Con un grito me abalancé sobre ella y la levanté en mis brazos. Sus ojos se abrieron y miraron los míos.

- Bésame, John Carter – musitó - ¡Te amo! ¡Te amo! Es cruel que quienes apenas comienzan a vivir una vida de amor y felicidad sean separados.

Cuando apretó sus queridos labios en los míos, un viejo sentimiento de impotencia se irguió dentro de mí. La sangre luchadora de Virginia volvió a correr en mis venas.

- No será, mi princesa – grité -. Hay, debe de haber una forma; y John Carter, que ha luchado para abrirse camino en un mundo extraño por amarte, la encontrará.

Con mis palabras, traje a los umbrales de mi conciencia una serie de nueve sonidos olvidados tiempo atrás, y como un rayo de luz en la oscuridad empecé a darme cuenta de todo lo que significaban: las llaves de las tres grandes puertas de la planta atmosférica.

Enfrenté abruptamente a Tardos Mors, mientras todavía estrechaba a mi amada moribunda, junto a mi pecho, grité:

- ¡Una nave, Jeddak! ¡Rápido! Ordena que sea traída al techo del palacio una nave veloz. ¡Todavía puedo salvar a Barsoom!

No perdió tiempo en preguntar, sino que al instante un guardia fue corriendo hacia el desembarcadero más cercano. Aunque el aire era tenue y casi inexistente en el techo, pudieron arreglárselas para preparar una nave para un tripulante, la más rápida que la técnica de Barsoom hubiese producido jamás.

Besé a Dejah Thoris mil veces, le ordené a Woola - que de otra manera hubiera venido detrás de mí - que se quedara a cuidarla, y salté con mi antigua agilidad y fuerza hacia las altas murallas del palacio. En un instante más iba rumbo a la meta de la esperanza de todo Barsoom.

Tuve que volar bajo para tener el aire suficiente para respirar. Tomé un rumbo directo a través de un viejo lecho de mar y de ese modo tuve que elevarme sólo unos pocos metros del suelo.

Viajé a una velocidad tremenda, ya que mi viaje era una carrera contra el tiempo y la muerte. El rostro de Dejah Thoris estaba constantemente ante mí. Al volverme para darle una última mirada, cuando dejé los jardines del palacio, la había visto tambalearse y caer al suelo al lado de la pequeña incubadora. Sabía bien que

había caído en estado de coma y que podía terminar en la muerte si el suministro de aire permanecía interrumpido. Por lo tanto, olvidándome de ser precavido, eché todo por la borda, excepto la máquina y la brújula incluso mis ornamentos, y echado boca abajo sobre la cubierta, con una mano sobre el volante y con la Otra apretando el acelerador al máximo, atravesé el tenue aire del planeta muriente, con la velocidad de un meteoro.

Una hora antes que oscureciera, los grandes muros de la planta atmosférica empezaron a distinguirse delante de mí. Con un rugido horrendo me precipité hacia el suelo delante de la pequeña puerta que arrebataba la chispa de vida que aún les quedaba a los habitantes de un planeta entero.

Al costado de la puerta, una gran multitud de hombres había estado trabajando para atravesar los muros, pero apenas habían logrado rasguñar la superficie de piedra. Ahora, la mayoría de ellos yacía en el último sueño del que ni siquiera el aire podría despertarlos.

Las condiciones parecían mucho peor allí que en Helium. Yo respiraba con dificultad. Había unos pocos hombres todavía conscientes. Le hablé a uno de ellos.

- Si puedo abrir las puertas, ¿hay algún hombre que pueda hacer funcionar las máquinas? - le pregunté.

- Yo puedo contestó, si las abres rápidamente. Puedo aguantar muy pocos minutos más. Pero es inútil: nadie, en Barsoom, salvo esos dos hombres que han muerto, conoce el secreto de estas horribles cerraduras. Durante tres días, muchos hombres, enloquecidos por el pánico, han trabajado sobre este portal en un vano intento por resolver sus misterios.

No tenía tiempo de hablar. Me estaba debilitando mucho y era con mucha dificultad que podía controlar mi mente.

Con un esfuerzo final, mientras caía débilmente de rodillas, lancé las nueve ondas de pensamientos a esa horrible cosa que estaba delante de mí. Los marcianos se habían arrastrado hasta mi lado y con los ojos sobre el único panel que estaba delante de nosotros esperamos en un silencio mortal.

Lentamente, la poderosa puerta retrocedió delante de nosotros. Intenté levantarme, pero estaba demasiado débil.

- Después de esto – grité -, y si alcanzan la sala de las bombas, libérenlas todas. Es la única posibilidad que tiene Barsoom de existir mañana.

Desde donde estaba abrí la segunda puerta y luego la tercera. Mientras veía la esperanza de Barsoom arrastrarse débilmente de manos y rodillas a través de la última puerta, caí inconsciente al suelo.

28

En la cueva de Arizona

Estaba oscuro cuando volví a abrir los ojos. Mi cuerpo estaba extrañamente vestido, con vestimentas que se rasgaron y soltaron polvo cuando adopté otra posición para sentarme.

Me sentía recuperado de píes a cabeza y de pies a cabeza estaba vestido, aunque cuando había caído inconsciente en la pequeña puerta estaba desnudo. Delante de mí había un pedazo de cielo iluminado por la luz de la luna, que aparecía a través de una abertura desigual.

Cuando mis manos palparon mi cuerpo, encontraron unos bolsillos. En uno de ellos habla una pequeña caja de fósforos envuelta en papel encerado. Prendí uno y su débil llama iluminó lo que parecía ser una cueva hacia cuya parte trasera descubrí una extraña figura, inmóvil, apoyada sobre un pequeño banco.

Cuando me acerqué, vi que eran los restos momificados de una pequeña anciana, de largo cabello negro. La cosa sobre la que estaba apoyada era un pequeño carbonero sobre el que descansaba una vasija redonda de cobre con una pequeña cantidad de polvo verdoso.

Detrás de ella, colgada del techo por correas de cuero crudo, y extendiéndose a lo largo dé toda la cueva había una hilera de esqueletos humanos. De la cuerda que los sostenía se extendía otra hasta la mano de la pequeña anciana. Cuando toqué la cuerda, los esqueletos se movieron produciendo un ruido semejante al crujido de hojas secas.

Era la escena más grotesca y horrible que había visto jamás. Corrí hacia el aire fresco de afuera, feliz de escapar de un lugar tan horrendo.

Lo que encontraron mis ojos cuando me asomé a una pequeña saliente que se extendía delante de la entrada de la cueva, me llenó de consternación. Mi mirada encontró un nuevo cielo y un nuevo paisaje. Las montañas plateadas a la distancia, la casi estática luna en el cielo, el valle tachonado de cactos que se extendían delante de mí, no eran de Marte.

Apenas podía creerlo que mis ojos veían. Pero la verdad se fue abriendo camino lentamente en mí Estaba contemplando a Arizona desde la misma saliente desde la que diez años atrás había mirado con ansia hacia Marte.

Hundí mi cabeza entre mis brazos, y volví, deshecho y lleno de pena, a bajar por el camino que nacía en la cueva.

Sobre mí brillaba el ojo rojo de Marte, reteniendo su horrible secreto a setenta y cinco millones de kilómetros de distancia. ¿Habrían alcanzado los marcianos las salas de las bombas? ¿Habría llegado a tiempo el aire vital a aquel distante planeta para salvarlos? ¿Estaría viva Dejah Thoris, o su hermoso cuerpo se hallaría helado por la muerte, al lado d& la pequeña incubadora, en el jardín del patio interior del palacio de Tardos Mors, Jeddak de Helium?

Durante diez años he esperado y rogado una respuesta a mi pregunta. Diez años he esperado y he rogado que me transportaran de vuelta al mundo de mi amada. Preferiría yacer allí, muerto a su lado, antes que vivir aquí, a tantos horribles millones de kilómetros de distancia como me separan de ella.

La vieja mina, que encontré intacta, me ha hecho fabulosamente rico, pero, ¿qué me importa la riqueza?

Hoy, sentado aquí, esta noche, en mi pequeño estudio que da al Hudson, sé que han pasado veinte años desde la primera vez que abrí los ojos en Marte.

Esta noche vi el planeta a través de la pequeña ventana de mi escritorio.

Esta noche parece llamarme de nuevo como no me ha llamado más desde aquella noche de muerte. Me parece ver, a través del horrible abismo del espacio, una hermosa mujer de cabello negro, de pie en el jardín del palacio, y a su lado un niño que la rodea con los brazos mientras le señala en el cielo el planeta Tierra, y a sus pies una enorme y horrible criatura con un corazón de oro.

Creo que ellos me están esperando y algo me dice que pronto lo sabré.

Fin

